

# HAMBRE DE CAZA

*Francesco Vitola Rognini*



**Editorial**  
Milinviernos



**Mil**inviernos

La colección cuenta con 12 volúmenes.  
Reservados todos los derechos. No se permite la explotación económica ni la transformación de esta obra. Queda permitida la impresión en su totalidad.

# Hambre de caza

Francesco Vitola Rognini

*Radicado en la oficina colombiana de los Derechos de Autor  
# 1-2013-14812*

*Padezco, pero medito.*

**Fernando Gonzales**

*En campaña has de ser rápido como el viento; si avanzas en pequeñas etapas, majestuoso como el bosque; en la incursión y el pillaje, semejante al fuego; en los altos, incommovible como las montañas. Insondable como las nubes, desplázate como el rayo.*

**Sun Tzu, El Arte de la Guerra**

## INTRODUCCIÓN A LA NOVELA HAMBRE DE CAZA

*Por: Andrés Felipe Escovar y Luis Cermeño  
(Editores de Mil Inviernos)*

Así como se puede afirmar que Philip K. Dick fue el escritor de la administración Nixón y la política McCarthy, por la estructura paranoica de su narrativa, podemos extender este ángulo político de la literatura y afirmar que, en esta primera novela, Francesco Vitola Rognini se perfila como el autor del Uribismo. Esto no obedece a que haya urdido un panfleto que promocione “la mano dura y el corazón grande” del ex presidente de Colombia, sino que encuentra en la angurria por cazar la metáfora que mejor describe el período que cubrió la primera década del siglo XXI.

La ejecución de Vitola ha pasado por una máquina que ha transformado a los seres de esta dimensión, de modo tal que el controvertido expresidente de Colombia se llama Urbáin Beleño (Beleño también es otro de los nombres que recibe la planta del borrachero, de donde se extrae la escopolamina). Uno de los pasajes más esclarecedores y que, sin duda, esbozarán lo que fue gran parte de la década Cero en este país es cuando Urbáin, con pantuflas y aterido de un candor inesperado, tiene una gran erección después de varios años de estar sometido a la flacidez absoluta. Entonces aprovecha dicho embate fisiológico para acceder a su sirvienta y antigua amante. En el entretanto, él habla con diminutivos, semejando aquellas matronas antiguas que imponían autoridad con vocablos tiernos y enjuiciaban sin una pizca de misericordia pero con una mueca de dulzura en sus palabras.

La novela ofrece una multiplicidad de lecturas que no se agotan en lo político o en lo bizarro. Hacemos aclaración en este punto pues vemos cómo se ha incrementado el número de buscadores de “rarezas” en géneros o espacios como los ofrecidos por una novela como la que en este momento está frente a vuestros iris. Por el ritmo y las escenas de sangre, podríamos emparentar esta ficción con el género de la acción moderna, como *Rambo Primera Sangre* de David Morell; no obstante, pensamos que es mejor dejar sin clasificar o encerrar en un género esta novela puesto que es un híbrido que pone en evidencia la capacidad creativa del lector y su trabajo compartido con el escritor, despojando a este último de esa aura romántica de creador absoluto y omnipotente.

El entrar a esta novela como un retrato del uribismo<sup>1</sup> es una muestra de cómo narrativas de esta especie no son construcciones de un solo sujeto sino que, a través de ellas, habla toda una época y toda una literatura. Por lo tanto, esta perspectiva política sirve de base para subvertir el manido argumento de los cultores del realismo y las crónicas “urbanas” que acusan a otras estéticas de escapistas y ausentes de criterio.

En unos años poco interesarán los cientos de columnas laudatorias o condenatorias a un gobernante, en cambio, *Hambre de Caza* siempre encontrará lectores hambrientos de escritura vertiginosa. Prueba de esta supremacía de la ficción sobre la opinión es que Philip K. Dick aún se lee mientras pocos recuerdan a los detractores de prensa de Richard Nixon.

Los sueños también forman parte de todo un entramado de decepción y violencia en el que el orden de las cosas es gaseoso al punto que la vigilia y el dormir resultan indiferentes a la locura. Por eso todos los personajes que aparecen en el curso de esta ¿historia? son sometidos al tamizaje del LSD. No hay cura para poder enfrentar una realidad que nos fue hurtada cuando apenas era una promesa de futuro.

Asimismo, las referencias a la cultura pop son constantes, la música rock siempre está presente, ya sea en los parlantes de un laboratorio o en una huida de huestes asesinas. Estas referencias no son un obstáculo para los menos versados en ese mundo y de allí que la novela sea legible y no se convierta en un artefacto susceptible para los fetichistas que buscan hacerse diferentes por escuchar rock y defenestrar a Ricardo Arjona. En definitiva, *Hambre de Caza* surge como una de esas tentativas de algún objeto que nos insinúa, al menos, que estamos vivos, y, por lo tanto, bajo la constante amenaza de ser perseguidos por alguien que nos matará con sevicia.

---

1 *Entiéndase Uribismo no solo como el proselitismo de esta corriente política sino a toda una cultura que entrañó estéticas, formas de medir el tiempo, la relación con Dios, el bien, el mal, lo varonil, la mujer, lo moral e inmoral. En ese orden de cosas, el uribismo como cultura es algo que no se agota en el personaje que dirigió al país durante 8 años pues, seguramente, el propio mandatario, en algún momento dado, cometerá el error de no ser uribista y las huestes más enfurecidas lo habrán de incinerar y condenarán al olvido por haber dejado que aquella mano, otrora dura, tiemble como la de Mohammed Alí, es decir, como la de cualquier persona con Parkinson.*

I.

Bellaquería, Puerto Serpiente y  
La Cangrejera

## I

El día que El Químico cumplió 62 años recayó después de estar cinco años sobrio. Al día siguiente, cuando despertó, encontró el mismo vacío que durante tres semanas lo venía atormentando. Su tercera mujer, con la que vivió 30 años, lo abandonó, dejándole como única explicación una nota escrita con pintalabios en el espejo del baño: No me busques y si me encuentras no me hables. Con amor, Trixie.

Cada vez que entraba al baño miraba el beso estampado en el espejo. Había evitado borrarlo para recordarla sin resentimientos, pero esa mañana su mano descoordinada tachó la huella dactilar de los labios de Trixie. Lloró desconsolado sobre los mosaicos con estampados submarinos hasta que se sintió ridículo. Entonces se bañó, se cambió, y fue tomar un desayuno. Fue hasta la caja de herramientas que estaba en la cocina, la abrió, sacó la bandeja superficial llena de los clavos y tornillos, quitó el trapo rojo que ocultaba una caja de aluminio; en ella dormía un revolver Ruger Hunter calibre 45 de la fábrica Colt. Fue hasta el armario de su cuarto, sacó una caja de zapatos que decía *München*. Buscó la caja del calibre que le servía y devolvió la caja a su antiguo puesto. Fue a la cocina, tomó el sacacorchos, un pan francés, un trozo de queso parmesano, un chorizo español y bajó al bunker. Con la primera copa de la mañana sintió de nuevo la vieja sensación de comodidad proporcionada por el alcohol, la segunda copa lo sumió en una agradable melancolía llena de ambición y positivismo. Cortó trozos de queso y de salami usando su navaja de bolsillo y se quitó las sandalias para disfrutar de su película favorita.

Trixie eligió reencontrarse con sus hijos, exiliados en la Unión Americana. Tenían quince años de no ver a sus hijos, que vivían ocultos bajo otras identidades. Las Fuerzas de Control le habían prometido protección, pero a los pocos días de estar en Bellaquería la acribillaron encapuchados que dispararon desde un vehículo negro sin placas y con cristales ahumados, mientras



ella se fumaba una cigarrillo en la puerta de la casa “segura” en la que la habían instalado. Urbain Beleño era un tipo de finales más que de principios. Prefirió faltar a su palabra antes que desperdiciar recursos necesarios para su guerra personal contra los rebeldes cada vez más numerosos.

El Químico sabía que sus horas estaban contadas. Subió los pies a la mesa frente al sillón, tomó una rodaja de chorizo y estiró el brazo para alcanzar el control remoto.

Calavera, al que llamaban el caza fenómenos, seguía sus movimientos desde un promontorio vecino. A las nueve de la noche de su último día con vida, después de beber todo el día en el bunker, El Químico salió a respirar con el arma en la mano. Se dejó caer en una silla playera y cerró los ojos para disfrutar del sonido del viento. Tomó una siesta breve de la que despertó atolondrado. Tronaba. Una tormenta se acercaba. El cúmulo gris que se deslizaba hacia la casa roncó, la tierra tembló. Calavera se tomó unos minutos para estirarse acostado, bostezó, y luego volvió a mirar a través de la mira del rifle. Buscó una ración militar y activó el mecanismo para calentar una que decía: Pollo BBQ y papas gratinadas. Comió -mientras vigilaba a través de unos binóculos con trípode- lo que ocurría en la casa a oscuras. Sabía que El Químico usaba una linterna poderosa para rondar por la casa, y que pasaba la mayor parte del tiempo en su bunker antiaéreo con paredes de hormigón de un metro de espesor.

El Químico volvió a su refugio. Los sensores de movimiento que funcionaban con energía solar recolectada durante el día, se activaron. Pausó *Dirty Harry* y conectó un cable azul que salía de la pared a una batería de camión que tenía sobre una mesa hecha con madera de mangle. La extensión se conectaba con los alambres de púas que rodeaban la propiedad. Harry, malhumorado, quedó congelado, apuntando a la cámara. El Químico fue a una nevera pequeña sobre la que tenía bolsas de pistachos y nueces del Brasil. Extrajo dos goteros de cristal oscuro con dos etiquetas diferenciadoras: Volarcieli y Trepidona. Tomó tres gotas de cada una. Subió al segundo piso con el arma empuñada. Vio al intruso deslizarse entre las sombras. El Químico sentía la adrenalina subiéndole el ritmo cardíaco, le sudaban las manos.

Buscó un mejor ángulo en la ventana de la habitación que fué de su hija, metió el cañón entre las celosías de cristal y disparó dos veces. Los tiros dieron en una vieja bañera de cobre pintada de blanco, que consiguió para sembrar girasoles y que nunca usó. Los disparos casi matan del susto al intruso, que corrió como un demonio y saltó al muro. En el bunker algo explotó, encontró que la batería se había sobrecargado y que la explosión había derribado el televisor pantalla plana. Tras desconectar todo fue a calzarse unas botas militares y a ponerse su camuflado *Woodland* que tenía años sin usar.

Desde la óptica de Calavera aquello fue una ejecución texana. Oyó los disparos, los cristales rotos, vio al ladrón carbonizándose, y finalmente, escuchó la explosión. Esperó a que las Fuerzas de Control aprovecharan la distracción para atacar, pero no lo hicieron. Los vecinos permanecieron a oscuras, en completo mutismo. El Químico salió al patio, tomó el cadáver y lo arrastró hasta la parte de la casa que enfrenta al mar. Le tomó cuarenta minutos moverlo porque la piel se le desprendía. Calavera siguió la operación a través de unos binoculares con visión calórica. El Químico arrastró la bañera hasta el borde del barranco y metió en ella al muerto. Con un machete cortó unas ramas y las tiró sobre el cuerpo. Vertió un galón de líquido rojo sobre las ramas. Una escoba de paja sirvió de antorcha para encender la pira. La llamarada roja con amarillo subió en dirección a la nube gris, el viento frío revolvía las cenizas con el olor a combustible y el humo negro. El Químico se refugió en la cocina con aire acondicionado, donde bebió un vaso de limonada. La humareda se volvió espesa como la niebla y rodeó la casa. Bajó a la cava, cueva y laboratorio, donde se sintió seguro de cerrar los ojos. Soñó que iba en un bus púrpura de dos pisos, sin techo ni conductor. Ensoñó caminos sinuosos y brillantes como piel de serpiente, bosques oscuros con árboles antropomorfos de caras lúgubres. Era un barrio de casas coloniales en cuyos antejardines sobresalían tumbas a medio enterrar, algunas dejaban ver cadáveres y esqueletos en harapos. Supuso -en su ensoñación- que una inundación reciente había hecho boyar los ataúdes. El autobús atravesó una nube de humo negro que le hizo toser hasta despertar. Olía a carne chamuscada. Abrió los ojos y encontró a Calavera, de pié, a su lado.

-Pensé que ibas a dejar que me acribillaran los de las Fuerzas de Control -dijo el Químico con una sonrisa-

Calavera empujó la bayoneta con lentitud en el pecho de El Químico. Un borbotón de sangre manó de la hendidura, le salpicó las manos enguantadas y el sobre todo. Afuera, la cola del huracán Petrol, que en ese momento circulaba por el corazón del Caribe, rompía las ramas del bosque de árboles frutales cultivado sobre la pendiente del acantilado que separaba la casa del mar. La marea chocaba contra el muro de piedras que a duras penas podía contener su furia. El humo empujado por la brisa se colaba por las rendijas de las puertas y ventanas, con un sonido parecido al que harían las almas que se lleva el diablo. Las paredes del bunker eran de hormigón de un metro espesor, pero la casa era de madera. Una teja se aflojó y comenzó a sacudirse contra el techo. Para Calavera, quedarse atrapado en una tormenta era cuando menos, algo de principiantes. Oyó ladridos en las cercanías. El impulso natural que lo prevenía de ser la presa lo llevó a la cocina, superó un charco de líquidos pestilentes y sangre coagulaba, bajó al sótano y regresó con una botella de cristal llena de líquido rojo inflamable. La dejó destapada, en el ángulo que forman la puerta y el muro. Sacó el encendedor que había robado a El Químico y lo sostuvo en su mano derecha. Se aplicó cuatro gotas de Trepidona en la lengua, para ello tuvo que levantarse parte de la máscara de tela negra que cubría su cara. Aseguró los dos frascos -de Trepidona y Volarcielo- por separado, uno en cada bolsillo del pecho. Fue hasta el sillón de espaldar alto que estaba al fondo de un pasillo y se sentó. El monótono golpeteo de las gotas sobre el tejado lo adormiló hasta que sintió voces y pasos afuera de la casa.

Al tumbar la puerta, los agentes rompieron la botella con líquido inflamable, pero lo pasaron por alto cuando vieron al muerto en la penumbra exacerbada por la sangre. El cadáver del El Químico colgaba en reposo de una viga del techo, en la parte más oscura del salón. La sangre dibujaba un pozo negro en el piso de madera, unos libros tirados cerca del charco absorbían parte del reguero. El cadáver, abierto en canal, tenía la cabeza rapada, con surcos en el cráneo hechos con tenedores calientes, y medio centenar de alfileres clavados en el cuero cabelludo. Calavera se levantó con lentitud hasta desplegar sus dos metros

de altura. Jugó dándole chispa al encendedor y luego mostró las palmas de las manos. A través de las cortinas entró la luz oscilante de los reflectores del silencioso helicóptero Apache, la fuente de luz dibujaba a Calavera como una sombra de dos metros, con el rostro tapado por una máscara de muerte. El cabello largo le caía sobre la cara, los hombros y la espalda. Permaneció inmóvil, sin evidencia de nerviosismo, midiendo las posibilidades, era violencia latente esperando un descuido. El viento azotaba la puerta y los cuadros colgados en las paredes. El olor a muerte y a aditivo inflamable se mezcló con el de la lluvia, humo y con el de vegetación maltratada por la tormenta. Los bastones eléctricos en manos de los nerviosos agentes rompían la oscuridad con una crepitante tensión de energía azulada, algunos sonreían con el arma accionada, ansiosos por utilizarlas. Un agente estornudó y su bastón calló al suelo. La alfombra se encendió, el fuego subió por las paredes, las escaleras, y Calavera retrocedió hasta perderse de vista dentro de la casa.

El piloto del Apache hizo una maniobra evasiva para no chocar, retrocedió con dificultad dando bandazos y se elevó para desaparecer en dirección contraria a la tormenta. Calavera saltó a través de una ventana y corrió en dirección al bosque que separaba la casa del mar, tres agentes dispararon a ciegas, sin embargo, la sombra que huía se perdió entre las ramas. Sangraba, tenía cortadas en la cara y en los brazos. La adrenalina le hizo pasar por alto el dardo tranquilizante que tenía en la espalda. Cuatro soldados humeantes alimentados de esteroides lo buscaron y lo llevaron cargado hasta un *Humbee*.

La casa ardió como un horno crematorio que ni siquiera la lluvia pudo sofocar.

Una lechuza sobrevoló, silbó, chasqueó la lengua, lanzó un agudo saludo, seguido de ronquidos y gruñidos emitidos en tono más bajo. Calavera abrió los ojos, las piernas no le respondían. Estaba encerrado en un vehículo blindado. Tensó las cadenas, reconoció la lechuza de su visión y se irritó por no poder eliminarla de su subconsciente. El *Humbee 4x4* blindado pasó sobre una zanja, la cabeza de Calavera golpeó contra el piso y perdió el conocimiento. Se vio en un bosque de pinos durante

una nevada, un jabalí blanco adulto salió de entre los arbustos, masticó unas moras, resopló desaprobando su presencia y amagó con atacar. Calavera sacó su bayoneta plateada. El animal se escabulló al trote entre los matorrales de frutillas maduras que mancharon sus costados de púrpura. Una mujer pelirroja cubierta por un velo semitransparente lo llamó desde la cima de una pendiente. Tenía los labios encendidos y los pezones duros por el frío. Calavera levantó la palma de su mano derecha, como saludando o haciendo señas para que le esperara, pero una bruma fría y densa como algodón bajó por la pendiente como una cascada de hielo seco sublimado, hasta cubrir la lúbrica aparición. Calavera soñó que su cabeza era un balón de fútbol durante un entrenamiento; imaginó que un león le masticaba el cráneo. El blindado insonorizado enfrascó el grito angustiado evocado por el subconsciente. Mariana, la comandante del operativo, iba de copiloto en el vehículo que lo transportaba. Sintió taquicardia, comenzó a hiperventilar. Se sintió como un conejo acorralado. El soldado de cabello engominado que conducía sintió la adrenalina controlar la situación. Todo se ralentizó. En una fracción de segundo miró a Mariana: tenía la manija de la puerta en la mano. Los gritos, la sensación de ahogo que le oprimía el pecho le hicieron querer abrirla a la fuerza. Al soldado le costó mantener la atención en el camino, la leona que llevaba a la derecha lo miraba, fuera de sí. El conductor comenzó a sudar profusamente, lo que hizo que el gel para el cabello le comenzara a bajar por la frente. A lo lejos vio lo que parecían unos perros. Los músculos del cuello se le tensionaron. Se pasó la mano por la frente y se limpió el sudor viscoso. Se limpió la mano izquierda con el pantalón y volvió a tomar el timón con las dos manos. Mariana parecía dormida. El soldado volteó a verla. Ella abrió los ojos y gritó:

-¡Cuidado con los chivos!

Una docena de animales, peludos como carneros, con cuernos curvos algunos, otros con cuernos puntiagudos y barbas de chivo, fueron embestidos. El *Humbee* siguió sin contratiempos, sortearon una curva y cuando pasaban junto a la selva que crecía frente a la cancha de fútbol, les llovió plomo, el vehículo dio una vuelta en el aire. Luego vino la oscuridad. El vapor del

motor se escapaba como un geiser, la arena absorbía el agua con rapidez. Unos perros de monte de ojos feroces aparecieron agitados de entre la maleza. Los más grandes, que parecían hienas, tomaron la iniciativa, agarraron los cadáveres y los arrastraron hasta perderse en la selva.

El conductor del cabello engominado salió despeinado, con varias cortaduras en los antebrazos, la mano enguantada ocultaba la herida, pero parecía tener un par de dedos rotos, la nariz le sangraba. Mariana, rengueando, se arrastró entre los arbustos hasta el cauce seco de un arroyo y esperó escondida, empuñando su cuchillo de comando. Un camión cargado de soldados alimentados con esteroides los seguía. Dos bajaron a buscar a Calavera y lo subieron a su vehículo, lo lanzaron al fondo del camión de suministros y lo esposaron a una barra de acero. Tenía las costras sangrantes cubiertas de arena y una raspadura en la cara que dejaba expuesta parte de su cráneo, visible aún con la máscara de la muerte puesta. La comandante y el conductor también recibieron ayuda.

Una vez dentro del complejo militar Monte Negro encerraron a Calavera en una sala sin muebles, de paredes forradas con Nylon blanco. Doctores, científicos y militares observaron la operación a través de las cámaras de seguridad. El laberinto de laboratorios subterráneos de una superficie de quinientos metros cuadrados para cada nivel, sumaban el equivalente a siete rascacielos. Geo ciencia, ingeniería, biología de materiales, astrofísica, física, formaban en total tres subniveles de laboratorios (superficial, nivel intermedio y laboratorio profundo). Calavera fue alojado provisionalmente en el piso superficial. Luego de anestesiarlo y curarle las heridas lo trasladarían al nivel más profundo.

## II

-¿Despertó la bella durmiente? -preguntó el General Saqueo.

-Señor, despertó hace un rato, pero sigue sentado. Los tranquilizantes y el aislamiento insonorizado parecen agrardarle. No habla, pero sonrío -respondió el doctor Radamante, psiquiatra clínico asignado al caso por disposición directa del presidente Beleño-

Radamante era el loquero de Palacio de Bolívar, arribó la mañana anterior desde la capital a bordo de uno de los nuevos mini jets de fibra de carbono donado al ejército por el gobierno más poderoso del hemisferio occidental. Con él vino su esposa, con cinco meses de embarazo. Fueron alojados en Megalita, una mole de tres kilómetros de alto, con una base circular de cinco kilómetros de ancho. El apartamento que les asignaron tenía 350 metros cuadrados, quedaba en el piso noventa y tenía una vista panorámica de la desembocadura del río Magdalena.

-Parece sufrir de episodios esquizofrénicos -explicó el doctor Radamante a Saqueo- el accidente se produjo luego de una pesadilla. Es probable que el cloroformo le haya provocado las alucinaciones, lo extraño es que ahora no hay indicios de migrañas, que usualmente acompañan a las alucinaciones. Tendré que esperar unas doce horas para poder sedarlo de nuevo y hacerle las pruebas de laboratorio. Podríamos aplicarle el suero de la verdad dentro de un par de horas, cuando el efecto sedante haya mermado.

-¿Doce horas? ¡Imposible! ¡Esto es una operación contrarreloj!, si se muere será un riesgo necesario que asumiré. A este fenómeno no le va a importar un poco más de daño cerebral. Necesitamos mantenerlo sedado.

-Señor, no puedo hacer eso a menos que el Presidente lo ordene. Correríamos el riesgo de comprometer órganos vitales, o dejarlo atrofiado de por vida. No quiero una demanda por *mala praxis*.

-Soldado Tourette, llame a la Casa de Bolívar. ¡Necesitamos esa autorización! Si vamos a mantenerlo despierto mejor trasladarlo al subnivel tres.

Mientras el soldado e ingeniero Tourette intentaba hacer el contacto solicitado, Radamante fue al baño, llamó por teléfono a su mujer y le contó la situación.

-Ten mucho cuidado, piensa en el bebé que viene en camino. Tómale una foto a Calavera, nuestro Robin Hood de carne y hueso -dijo Oriana, una morena de veinte años con ojos almendrados, de curvas atractivas, mientras reposaba los antebrazos en el balcón-

Usaba un vestido largo de lino holgado que la corriente de aire acondicionado arremolinaba. Un buque cargado de contenedores estaba siendo descargado en el mega puerto construido sobre un estuario vecino a la desembocadura del río. Sobre el agua achocolatada eran visibles las estelas blancas dejadas por las lanchas deportivas y por los ferris llenos de turistas extranjeros.

-¿Cómo se ha portado el bebé?

-Ha estado pateando mucho -dijo Oriana mientras seguía con la vista el movimiento en el puerto. Bajó la mirada hacia la selva entorno a la mole. El cristal blindado que cubría la edificación impedía que los vientos destruyeran el interior de los apartamentos. Los tripulantes del barco que estaban en cubierta no pudieron evitar contemplar el cono de vidrios tornasolados que se erguía entre la vegetación espesa.

-Cuídate, tengo un mal presentimiento.



-No te preocupes, mi hermosa diosa personal. Sabes que de pensar en ti sobrevivo hasta a una catástrofe nuclear. Esta noche te prometo aceite de almendras sobre esa barriguita -dijo Radamante, sintiendo una excitación en la próstata-.

-Me leíste la mente... encontré unas sales de baño en una canasta de regalo que había en el cuarto y que venía con una nota del presidente Beleño. Pero antes del baño tibio en la tina tengo una sorpresa para la cena.

Permaneció con una amplia sonrisa, pensando en los frutos de mar que tendrían esa noche, cortesía del Gobierno Nacional, directo de la cocina para ejecutivos de Megalita.

- Mi diosa preciosa, tengo que volver al trabajo. No quiero que sospechen y me manden apagar el celular.

-Te espero esta noche, te amo.

Colgó y entró al baño. Se lavó las manos, e intentó vaciarse de nerviosismo. Pero estaba tan ansioso y tenso que no salió nada. Necesito comer más fibra, pensó. Abrochó su pantalón, se refrescó la cara con agua y se peinó hacia atrás con las manos. ¿Cómo evitar volver a la sala donde Saqueo destrozaba los nervios con sus gritos? Recordó cuando era niño y pedía permiso para ir a la enfermería solo para evitar escuchar al profesor de matemáticas; lo acostaban en la camilla y le daban a oler un algodón impregnado de alcohol. Necesitaba el dinero, pero no deseaba dañar a quien consideraba un hombre digno de su tiempo. Estuvo meditando largo rato, con las manos bajo el agua. Sacó un pastillero de su bolsillo y se tomó un par de grajeas. Una explosión lo envió hacia la pared, quedó inconsciente, con las piernas atrapadas bajo los escombros y el chorro de agua cayéndole sobre la cabeza.

-Entremos en materia señores. Nos atacan y eso es todo lo que necesito para dar la orden. No vamos a desperdiciar el tiempo esperando. ¡En Monte Negro mando yo, carajo! Inyéctenle el suero de la verdad. Estos degenerados merecen ser torturados, no interrogados -ordenó Saqueo.

-Mis órdenes son esperar órdenes del presidente, señor  
-intervino Mariana Denubile, subiendo la voz-

Nunca había contradicho a un superior. Se sintió como una adolescente que discute con su padre, reclamándole por no haber cumplido alguna promesa. Comprendió que veían a Calavera como un trofeo; ella había tenido suerte de capturarlo y traerlo con vida, como para dejar que le volvieran puré el cerebro. Guardaba la imagen de sus ojos brillantes ocultos detrás de la máscara estampada, recordaba como la miraba con ternura a través del cabello largo que le cubría la cara, a pesar de estar rodeado y de ser amenazado por hombres armados. Ella no se había sentido tan especial desde la adolescencia, cuando un vecino enamorado le escribía poemas cursis y le hacía llegar flores y chocolates de manera anónima, por cobardía, porque tenía la seguridad de que iba a ser rechazado, por no ser digno de su belleza.

-Me importan un carajo sus órdenes, aquí mando yo. O ¿va usted a impedírmelo? ¡Tourette, llame al equipo de extracción y trasladen a ese malparido!

El ingeniero Tourette, frente a los monitores, guiñaba el ojo derecho y gagueaba cada pocas palabras. Varias alertas aparecieron en el monitor, a Tourette se le intensificaron los tics nerviosos.

-General, me preocupan dos cosas, la...la primera es... que la temperatura de la habitación de Calavera va en aumento (guiño con el ojo izquierdo) inclusive después de haber puesto el aire acondicionado al máximo (guiño con el ojo derecho). La...la segunda es que las alarmas no... no se han disparado, y estamos...si...siendo atacados por un grupo de encapuchados... bien armados (guiños sucesivos con ambos ojos).

-Alerte a todo el personal disponible en la base. Un equipo que lleve a este tipo al bunker subterráneo. ¡Los demás que defiendan! ¿Cómo es posible todo esto? Los gringos nos aseguraron que teníamos una seguridad idéntica a la del pentágono.

¿Qué pasó con la comunicación directa con el presidente Beleño? ¿Para qué tenemos toda esta tecnología?

Mariana buscó un lugar al fondo de la sala, se sentó en el suelo, apoyando la espalda a la pared de acero. Se cubrió los oídos con sus manos en una maniobra desesperada para intentar aislarse de los gritos. La puerta blindada del puesto de mando se aseguró ruidosamente, en lo que pareció un martilleo sucesivo. La luz de la sala pasó de blanca a amarilla pálida. El personal no militar corría por pasillos iluminados intermitentemente por las luces rojas de emergencia, siguiendo las rutas de evacuación. De las tres salidas usadas normalmente en los simulacros, dos estaban bloqueadas por el humo, así que debieron arreglárselas para pasar por un pasillo que tenía una fuga de agua, terminado en una puerta angosta, que conducía al lugar seguro en medio del bosque.

El ingeniero Tourette logró aislar el temor que le infundía la autoridad y organizó la operación a través de las cámaras de seguridad. Calavera fue removido de la habitación sin problemas, pero cinco minutos después de haberlo extraído, una oleada de calor hizo que los agentes pidieran ayuda.

-¡Tourette!, nos estamos cocinando...no...podemos respirar -dijo el Teniente Díaz, quién estaba a cargo-

Dos de los agentes, los más cercanos a Calavera, cayeron de rodillas, boqueando como peces fuera del agua. El Teniente Díaz reculó, quitó el seguro de su fusil G36 y esperó la orden de disparar. El visor protector se empañó y el rango de visión fue reduciéndose en proporción al tiempo de espera.

-Métenlo al congelador de la cocina. Creo que intenta una combustión espontánea. -dijo Tourette antes de girarse en su silla rodante para encarar al General- ¿Qué hacemos?

-Deberíamos dejarlo que se cocine.

El General tomó el intercomunicador para dirigir a los que ejecutaban la acción:

-¡Los últimos tres del grupo, retrocedan! ¡Alisten las pistolas eléctricas! Vanguardia: ¡En cuanto encierren a ese hijeputa, aléjense de ahí! Si pestañea dispárenle a las rodillas.

Soltó el intercomunicador y le dijo Tourette que solicitara al laboratorio de genética varios soldados alimentados con esteroides.

-Señor, con todo respe...pe...to, esos soldados no están listos (guiño del ojo derecho), aún son...son...ic...ig... inestables. Po...po...dría pasar lo mismo que con Hiperfff...reak, que escapó enloquecido por la adrenalina y los calmantes para sopor...tar (guiños con ambos ojos) el dolor de las ci...ca...ca...trices.

-Tourette, necesitamos media docena, son nuestra única posibilidad de sobrevivir. Que les den doble dosis de adrenalina, aplíquenles parches de Fentanilo, esteroides, entrégúenles fusiles, chalecos antibalas y ropa de camuflaje. Para dentro de diez minutos es tarde.

-¡Si, Señor!, ¡Atacar con ve...hemencia! (guiño con el ojo izquierdo) Entendido. Señor, los intrusos se han separado en pa...pa...rejas... de los treinta que conté al principio... veo sólo cinco... (Guiño con los dos ojos) Las cámaras infrarrojas muestran que son humanoides... (Guiño con el izquierdo) Los demás son huma...ma...nos. Miré el cráter que quedó en el muro por donde entraron:

-¡Mieerdaa! ¡Usa las Gatling! Beleño se va a comer las gafas cuando sepa esto. ¡Páseme la radio!

Saqueo le arrebató el intercomunicador para dar la orden por los altavoces ubicados en los pasillos del Complejo Militar Monte Negro:

-¡Soldados, dispáren a matar! Pónganse sus máscaras antigás y lentes de visión nocturna. Desde este momento estamos en modo anti ratas.

El General inhaló profundamente hasta llenarse los pulmones, exhaló lentamente. Dejó el quepis junto a una pantalla llena de las alertas rojas con amarillo. Se secó el sudor de la frente con un pañuelo. Maldijo entre dientes. Ordenó a Tourette que gaseara todos los pasillos con la sustancia experimental. El ingeniero sintió una corriente fría que le recorría desde la base de la columna hasta la base del cráneo, donde se produjo un breve hormigueo. Tourette cortó la electricidad. En los pasillos y en la sala de control se encendieron luces rojas parpadeantes, que combinadas con las verdes que ya estaban encendidas, producían vértigo. Rociaron con gas de escopolamina los pasillos y esperaron callados, como tripulantes de un submarino evitando ser detectados por el sonar del enemigo. En el palacio de Bolívar dijeron que Urbáin Beleño estaba reunido con inversores de los Emiratos Árabes.

Calavera aprovechó el desconcierto de los escoltas para meterse al cuarto frío que estaba cerca y evitar así inhalar el gas. Adentro buscó una bolsa con arvejas y metió la cabeza en ella.

-La sustancia es fuerte -dijo LoJack (el capitán de los atacantes) por el intercomunicador grupal- Tenemos por lo menos veinticinco quietos. Escuadrón Omega, en cuanto terminen su misión perforen conductos de ventilación para que salga este gas. Está haciendo mucho calor aquí. Jeserac, ¿alguna idea de que sustancia es?

-Como nos habían prevenido, se trata de una sustancia nueva, -dijo Jeserac, el humanoide especializado en infiltración y armas químicas- parece que han hecho volátiles los cristales extraídos de la planta conocida como borrachero, estramonio, brugmasia, o belladona. De esta planta se deriva la escopolamina. Los pueblos amerindios usaban pequeñas dosis de la planta para prácticas chamánicas o espirituales...

-Bien Jeserac, de vuelta al modo de combate. Nosotros los distraeremos un rato por el flanco derecho, mientras tú vas por Calavera -ordenó Lo Jack- ¡Arranca, sácalo de ahí!

-Entendido, señor.

En el laboratorio de genética avanzada, Raúl vio la luz roja parpadeante sobre la puerta de emergencia. La energía sufrió un bajón, en una de las torres de ventilación se encendió automáticamente un generador alimentado con biodiesel. En este laboratorio la temperatura debía ser permanente, como en la morgue. Raúl estaba despeinado, escuchaba en la amplificación envolvente del laboratorio a Chino Moreno de los Deftones, cantando Crenshaw punch. Raúl tarareó un verso de la canción antes de apagar la música y levantar el teléfono:

-Tourette, ¿por qué soltaron los gases experimentales? Yo no tengo todo el equipo de protección necesario.

-Necesitamos que envíes hiper...violentos (guiño con el ojo izquierdo). Nos invaden y tienen robo...bo...ts.

-¡Mieerda! Te mando los diez que tengo, van forrados con su uniforme negro habitual, por ninguna razón vayan a quitarles los pasamontañas, lentes o guantes. No están presentables. Estos son los últimos ejemplares de nuestro proyecto, amigo.

Saqueo tomó el intercomunicador.

-Soldado, recuerde que si no sobrevivimos sus creaciones también morirán.

-¡Señor! Van en camino los refuerzos, pero son los últimos y no tienen buen aspecto.

-Vístelos de frac si te da la puta gana, pero mándalos ¡ya! Inyéctales esteroides y ponles algunos parches de Fetanilo. O lo que sea que tú hagas. No se te olvide armarlos con chalecos Ke-

ular, aquí tenemos seis biorobots de construcción rusa atacándonos con AK 47, junto con una docena de comandos.

-Irán programados solo para recibir sus órdenes General. Grabaré un registro de su voz.

-¿Está grabando soldado?

-Sí señor, estoy listo.

-¡Mándeme a esos pobres cuerpos sin vida! Y busque refugio.

Colgó el teléfono y regresó su atención a los monitores.

Raúl inyectó su mezcla personal de esteroides, metanfetaminas, cocaína, y fenobarbital. Los cuerpos respondieron al impulso adrenalínico generado por los chips insertados en la separación de los hemisferios cerebrales. No pensarían, serían títeres perfectos del General Saqueo. En la armería los pertrecharon con chalecos, fusiles, cascos y fusiles israelíes. La edificación se sacudió con una explosión. Una nube de polvo cubrió a todo el personal que luchaba por su vida.

-Alfa ¿Hay bajas? -preguntó LoJack-.

-Todo en orden, Omega. Esa explosión fue nuestra, para sacar las ratas de las cañerías.

-Guarden las explosiones para el final, no se dejen llevar por la emoción. Solo plomo desde ahora. ¿Entendido?

Radamante alcanzó a salir del baño antes que el cielo raso colapsara y se mezcló entre los funcionarios no militares que evacuaban el edificio. Consiguió un casco que algún ingeniero había botado, y salió con la manada. Cuando llegó al lugar seguro cerca del bosque notó que había perdido el teléfono celular. Les entregaron un tapaboca y los conminaron a esconderse en el monte.

En el centro de control el intercomunicador se iluminó. Tourette se puso al teléfono, cuando le hablaron asintió. Colgó, se deslizó en la silla hasta el computador de seguridad, el único con reserva de energía. Abrió la carpeta que decía: Antes de destruir...por favor escuche. El sonido sería audible sólo fuera del recinto, así que no mencionó nada al General. Raúl, al otro lado de la línea, colgó, se arrellanó en su silla mullida, subió los pies sobre el escritorio más cercano y encendió un cigarrillo sin filtro, liado con papel de arroz sabor a chocolate. Los estímulos adecuados modifican al ser humano, pensó Tourette. Con *Regular John* de Queens of the Stone Age, saliendo por los altavoces del complejo militar, todos, con excepción de los híper violentos, hicieron una pausa para mirar la fuente de sonido. Raúl seguía todo desde las cámaras que llevaban los híper violentos sobre los cascos. Los invasores dispararon sus AK-47 contra los muertos vivientes que atravesaban paredes de niebla de gas nervioso, como si de rocío primaveral se tratara. Los cuerpos caían y volvían a levantarse. No había sangre o expresión de dolor en los uniformados vestidos de negro. Mantenían su posición y los invasores tuvieron que plegarse.

El polvo que caía del techo combinado con el gas nervioso, se adhería a la ropa como el barro. La nube de fango volátil se coloreaba a intervalos con la luz verde y roja.

-Necesitamos a los humanoides aquí, pero antes saquen al que llena el balde -dijo LoJack por el intercomunicador- dejen que la música guíe el gatillo.

Los fognazos de ambos bandos hacían turbulencias exiguas en la nube líquida cubierta de cal. Las máscaras empañadas aumentaban la sensación de asfixia, y la piel expuesta al gas escocía de manera insoportable. La balacera rompió las tuberías escondidas sobre el cielo raso y un manantial comenzó a manar sobre los combatientes.

Los humanoides escoltaron a LoJack y al resto de comandos fuera de la zona de riesgo. Dos permanecieron devolviendo el plomo de los híper violentos, tres escalaron las paredes exteriores del edificio hasta el techo enterrando sus manos y pies



en el muro. Estrangularon una ametralladora Gatling y huyeron de las otras dos metiéndose por los ductos de ventilación.

Ahmed, el humanoide cetrino con rasgos del medio oriente tenía la capacidad de autoregenerarse. Estaba hecho para confundir al enemigo. Se infiltró inalámbicamente en el sistema electrónico de seguridad y descargó el virus *Deux ex machina*, lo que apagó el fluido eléctrico y abrió todas las puertas, menos la del centro de mando. El sonido de las puertas desasegurándose reverberó a través de los cuatro niveles de laboratorios y recintos. Calavera salió del cuarto frío usando la bolsa de arvejas congeladas como máscara, respiraba el aire frío que desprendían los vegetales congelados mientras una nube opaca retrocedía por el techo. Afuera llovía de nuevo.

Cuatro de los humanoides parecían rusos albinos de dos metros. Estaban programados para atacar, someter y destruir. Eran sanguinarios como trogloditas celosos, además de prácticamente indestructibles. Los llamaban Atávicos. Su objetivo: defender al personal humano. Eran capaces de aplicar una tonelada de presión con sus manos titánicas, podían torcer metales, desmembrar humanos y boxear con columnas de hormigón. Al llamado de LoJack, los humanoides se sacudieron los trozos de escombros de los uniformes y salieron de los pasillos en los que se enfrentaban con los hiper violentos. Atravesaron las paredes del edificio como si fueran de yeso.

El biorobot que respondía al nombre Karma estaba programado para labores de inteligencia militar, espionaje, suplantación de humanos, Kama Sutra, y diplomacia. Parecía una joven diosa griega de ojos grandes, oscuros, y labios carnosos. Su misión: curar y cuidar a Calavera, en caso de lograr la extracción. Mientras los Atávicos embestían lo que se les pusiera de por medio, Karma usaba los ductos de ventilación para llegar al que buscaba la salida con una bolsa de vegetales congelados como máscara antigases. LoJack los esperaba cerca de los vehículos. Los hiper violentos venían pisándole los talones.

Karma encontró abierta la puerta del congelador, permaneció unos segundos buscándole sentido al hallazgo. Se comu-

nicó telepáticamente con Ahmed que le sugirió dirigirse al punto de encuentro. La noticia se extendió y LoJack dio la orden de retirarse. Los vehículos arrancaron y dejaron enfrentados, una vez más, a los Atávicos contra los híper violentos.

-¿Por qué no tenemos nosotros de esos? -preguntó Saqueo a Tourette.

- Recuerde (guiño con ambos ojos) aquella vez que usted le asegu...guró al ministro de asuntos exteriores que ningún robo...bot superaría... (Guiño con el ojo derecho) a un grupo de soldados alimentados con esteroides y estimulantes.

-Si sobrevivimos tenemos que conseguir varios de esos.

El General Saqueo solía regresar bajo situaciones de estrés a las torturas que El Químico le había infligido veinte años atrás. Una noche entró en su casa, luego de dormir a su cuerpo de seguridad con dardos tranquilizantes. Alimentó a las pirañas de panza roja de su tanque-pecera, con su gato y su chiguagua. En estados de trance como este, si le hablaban no contestaba. Permanecía con los ojos nublados de malos recuerdos, los músculos del cuello tensos, y los hombros entumecidos.

-Señor, los híper...per violentos mantienen su posición, pero los intrusos ya abandonaron Monte Negro. Calavera desapareció también (guiño con el ojo derecho), y parece que uno de los humanoides ino...cu...culó un virus en la memoria central... en breve no funcionará nada que se alimente de elec...ckk...tricidad -reportó Tourette, antes que el aire acondicionado se apagara y todos comenzaran a sudar.

-Usen sus máscaras. Tendremos que esperar a que vengan por nosotros, no tenemos forma de comunicarnos con el exterior o de saber si hay riesgo químico. Esperemos que los robots no vengan a nuestra puerta. No queda nada más que podamos hacer, salvo esperar -y dirigiéndose a donde suponía estaba la teniente Mariana - sea tan gentil de usar la máscara, y evitemos hablar o movernos -dijo Saqueo-.

Mariana pasó del estado de conmoción al desmayo sin haberse puesto la máscara antigás. Despertó en una densa oscuridad; miró alrededor y tanteando, avanzó. Contuvo el deseo de gritar al percibir el olor penetrante, ácido, que acechaba a su izquierda. Giró la silla rodante, aguantó la respiración mientras buscaba desesperadamente y a ciegas una máscara antigás. La mano supo primero lo que era, luego el olfato, finalmente el cerebro tuvo la imagen: el pie del General Saqueo. Por reflejo, al sentir que le apretaban el pie, el veterano robusto se levantó. Tuvo un accidente al tropezar con una maraña de cables de computador. La aparatosa caída fue estruendosa.

-Perdone señor, me desperté pensando que ese olor... es que me desmayé antes de ponerme la máscara -dijo Mariana.

-¿Por qué dice usted que es mi olor? -la interrumpió Saqueo- ¿Por qué asume usted? ¿Acaso no puede ser el olor de Tourette? -el General calló y encendió la luz de su reloj para ver la hora- Llevamos sólo quince minutos en la oscuridad... Tenemos que controlarnos.

Bajo aquella luz eran evidentes las profundas ojeras de Saqueo, estaba despeinado, la papada le temblaba. No miró atrás aunque arrastraba algunos cables de computador enredados a sus tobillos. Recogió los mocasines y el quepis, fue hasta un casillero al fondo del recinto y los guardó, sacó un par de botas militares, se las calzó y las anudó. Fue hasta la manguera de incendios, rompió el cristal con la silla más cercana, tomó el hacha y se instaló a tumbar las bisagras de la puerta. La taquicardia atacó a Tourette. Mariana sintió que la migraña tomaba el control. Era como estar dentro de una campana.

Los híper violentos salieron a la tormenta con los labios apretados, en las comisuras asomaba una sombra blanca de espuma reseca que fue borrada por el agua; llevaban los ojos abiertos e inquietos, empuñaban sus fusiles con la naturalidad del ejecutivo que lleva su portafolio a la oficina cada mañana. Tocaron la puerta como evangélicos insidiosos.

-¿Estos huevones esperan que les abra?

-¡Señor, venimos a liberarlo, por favor retroceda!- gritaron en coro.

Arremetieron contra la puerta hasta que el techo se les vino encima. Saqueo bajó la mirada y mientras negaba con la cabeza, dijo:

-No tenemos ni una posibilidad. Estos hiper violentos son idiotas al cubo.

El fluido eléctrico del complejo militar Monte Negro se reactivó.

### III

Calabrese entró a almorzar en el *pub* Patio Mapaná, de Puerto Serpiente. Mientras esperaba su pargo frito con patacones y ensalada, se distrajo programando los videos que deseaba ver en la pantalla-mesa. Presionó el botón que decía *Fenómeno TV*. La primera imagen provino de una cámara montada en un *drone*. El sobrevuelo mostraba las calles rebosantes de basura esparcida por las jaurías de animales asilvestrados. Los únicos rostros humanos que fueron visibles vestían camuflados pixelados y con fusiles M4A1. El aparato sobrevoló una iglesia, hizo un giro de 360 grados grabando la situación de las calles aledañas. Harapientos que intercambiaban vegetales y animales en una antigua plaza levantaron sus brazos y gritaron obscenidades a las cámaras montadas en el robot volador. De flancos opuestos dispararon un par de cohetes y derribaron al helicóptero teledirigido. La cámara, en una toma perpendicular, siguió rodando. Una sombra enmascarada y greñuda se aproximó. El robot expulsó un gas venenoso que impregnó de amarillo todo a cinco metros a la redonda. Los harapientos esperaron a que la nube de cianuro se disolviera para caerle con piedras y palos. A los soldados con los M4A1 les mandaron órdenes en inglés por radio. Respondieron y desaparecieron en la manigua. Un helicóptero Apache llegó a recogerlos y de paso a rescatar el *drone*. Encontraron el robot rodeado por una hoguera avivada con los uniformes pixelados de los soldados que habían sido amordazados y que esperaban desnudos, amarrados a unos árboles. Calavera dejó su rostro pintado con aerosol negro en una de las paredes de la iglesia en ruinas y luego desapareció entre la maleza. Una música incidental de trompetas y violines *in crescendo* acompañó al silenciado helicóptero que transportaba a los diez soldados desnudos en dirección al atardecer caribeño. Una voz ronca de fumador crónico narró mientras se mostraba una toma en gran angular de la selva sobre la que volaban:

-En Bellaquería sobrevivieron los que buscaron refugio en lugares altos y se armaron contra los hidrofóbicos. La disociación psicológica producida por el envenenamiento con la sustancia alucinógena XLSD, vertida en el acueducto como parte de un plan de control mental, fue cediendo con el paso de las semanas. Algunos convivieron con las patologías psicológicas que desarrollaron durante la intoxicación, como Calavera y sus contrapartes: El Sádico, Licsiviado, El Paramédico y El Payaso Muerte. Otros mantuvieron un perfil bajo y se adaptaron a la ley que imponían las pandillas que se dividían el control de la ciudad. Muchos optaron por volver a construir sus casas en los árboles, lejos de los afectados mentales que reptaban por el suelo luchando contra sus demonios internos. El cinco por ciento de la población murió en medio de alucinaciones durante las primeras doce horas, en situaciones que de otro modo no hubieran representado ningún riesgo: infartos como consecuencia de los ataques de pánico, accidentes por erróneas percepciones ópticas; embolias y aneurismas luego de taquicardias crónicas y migrañas; vómito y diarrea imparables ante la imposibilidad de sincronizar las funciones corporales.

Calabrese salió del trance producido por el recuerdo personal de aquellos días al percatarse de que el mesero estaba de pie a su lado, mirándolo con reprobación. Gruñó un pedido:

-Dame dos cigarrillos de la sierra, un Pargo Mapaná con agua de coco.

El mesero sonrió, anotó en su libreta y se retiró con andar desgarrado.

En la siguiente escena Calavera surgió de las sombras, como un ninja, estaba en la habitación del dictador de Petrolífera. Espolvoreó mezcalina dentro del vaso de agua que Huno Chaveta bebía cuando regresaba del baño, a las tres de la mañana. En un plano panorámico de toda la habitación, con el amanecer dibujándose en el cielo visible a través de la ventana, Huno Chaveta esperaba sentado en la mitad de su cama, dentro del mosquitero. Abrazaba una cobija granate de terciopelo y repetía: "JodiosYankees y sus mosquitos radioactivos tripulados a dis-

tancia". Los asesores, ministros, los guardaespaldas, el vicepresidente y el médico de planta de palacio estaban desconcertados.

Calabrese siguió la trama de la historia que le contaban, sin embargo, no podía disfrutarla. Sus recuerdos diferían con muchos detalles de la película. Por unos momentos se distrajo recordando lo que vio cuando bajaba en el hidroavión, notó que la selva se había tomado las calles, de las torres residenciales vecinas a un centro comercial manaban grupos de aves que anidaban allí. La arena se acumulaba en los charcos atrayendo a la fauna local; la flora retomaba gradualmente las calles. Recordó las luces del helipuerto, junto a los muelles de la marina de Puerto Serpiente, que le anunciaron que había llegado a su destino.

El mesero que llegó con su pedido lo sacó de la ensoñación. Le explicó los cinco tipos de salsa, tres de ellas picantes, todas hechas con vegetales cultivados en el patio del establecimiento. Viendo que no deseaba nada más se retiró. Dio el primer bocado y volvió su atención hacia la película. En la pantalla un vagabundo escarbaba entre los botes de basura; caía una lluvia tenue. Media docena de ratas se paseaban impasibles y un gato receloso las observaba desde lo alto de un muro. En las sombras alguien acechaba al vagabundo, era visible su espalda, eran apreciables los guantes de goma negra, el traje verde con manchas grasosas con el logo de la empresa de aseo en una de sus mangas. A cada paso las botas de goma dejaban salir aire exprimido por el pié desnudo contra el interior del calzado: ¡Squiiisch, squiiisch! Los sonidos pasaban desapercibidos entre los chillidos de las ratas peleándose las sobras. El gato se erizó en el muro y cayó del lado de atrás. Las ratas corrieron a devorarlo. El revuelo hizo que Calavera, disfrazado de vagabundo, girara. Cazaba con señuelo. Licsiviado, con metro ochenta y cien kilos de peso, embistió a Calavera, se hundieron de espaldas en la basura desparramada por gatos, perros, buitres y ratas. Licsiviado estaba sobre Calavera. Permaneció con la cabeza fuera de las basuras, tomando aire mientras sus manos cubiertas de goma fétida asfixiaban a Calavera. El rostro sucio y ulceroso enrojeció por el esfuerzo, luego mostró una expresión de dolor. Por unos segundos el viento cálido de la noche recorrió las calles, desperdigando hojas de papel periódico. Licsiviado se levantó y escupió.

Palpó con sus dedos la mancha sobre su estómago y descubrió que un dolor agudo lo atravesaba. Lentamente, de entre la basura reapareció Calavera empuñando su bayoneta ensangrentada.

Calabrese dejó de masticar, el corazón se le aceleró. Estos gringos cada vez hacen películas mejores, se dijo en voz baja.

-Estás en tu elemento, Licsiviado. -Dijo el actor que representaba a Calavera, tras empujar a un lado el cadáver del villano.

Fundido a negro.

Calabrese tomó un trago largo de su agua de coco. La siguiente escena era dentro de una ambulancia en movimiento. Dejó el plato limpio y encendió un cigarrillo, el extractor de humo ubicado sobre la mesa se encargó de absorberlo.

-Salvación, déjame conducir -dijo El Paramédico a la colega de rasgos indígenas que conducía-

El Paramédico estaba en la parte posterior de la ambulancia. Con la mano derecha desnuda acarició la delicada nuca de Salvación Maltrecha. Ella miró por el retrovisor. Sus ojos se encontraron. Él desvió el impulso primario y dijo:

-Para. Necesito salir.

-Pero...

-¡Ahora!

Salvación frenó y la ambulancia se detuvo dando trompicones sobre los huecos de la calle, con una serie de chillidos interrumpidos. El Paramédico se mantuvo en la oscuridad, sin abrir la puerta. Ella le gritó, le pidió explicaciones y al no obtener respuesta le dijo imbécil, machista, insensible. No sintió



nada, no lo vio venir. Cuando El Paramédico terminó de limpiar, encendió las sirenas y llevó a su ex colega a un solar enmontado donde la abandonó a los carroñeros. Unos días después la escena se repetía: una ambulancia zigzagueaba a toda velocidad por las calles llenas de huecos de Bellaquería, conducía El Paramédico. Calavera, disfrazado de doctor, con guantes de látex azul y el estetoscopio al cuello, lo estranguló mientras conducía. La secuencia terminó con el vehículo empotrado en la sala de una casa, luego de arroyar la reja exterior. Los vecinos cacareando alrededor buscando culpables, más que sobrevivientes.

Calabrese terminó su bebida y encendió un cigarrillo de la Sierra. En la pantalla apareció El Payaso Muerte, con su peluca multicolor, la cara pintada de blanco, y las cuencas de sus ojos pintadas de negro. Acechaba a unos jóvenes campistas que celebraban reunidos junto al fuego, en una playa solitaria. La noche era clara, cálida, con luna menguante. El Payaso Muerte caminó en dirección a ellos empuñando un machete reluciente. Calavera salió de la noche y embistió lateralmente a El Payaso Muerte, sacándolo del encuadre. Le fracturó la muñeca derecha con la cacha de la bayoneta y le dio un golpe con el codo en la sien. Al final de la escena Calavera caminaba hacia la penumbra, dando la espalda a los jóvenes excitados que pateaban al caído al calor de la fogata y del aguardiente que bebían.

Calabrese aplastó la colilla en un cenicero y permaneció mirando por la ventana que daba a la calle. En Puerto Serpiente solo eran permitidas las bicicletas como medio de transporte, había bici taxis esperando clientes en los centros de acopio ubicados en las esquinas, cada dos cuadras. Era eso o caminar. Pidió la cuenta, pagó y salió. La pesadez que acompaña al almuerzo lo invitaba a tomar una siesta. Se imaginó en una hamaca bajo un árbol cerca del mar. Caminó cerca de las palmeras y trupillos, sin rumbo fijo. La brisa despeinó el desorden que alguna vez fue una cabellera abundante. El calor era insoportable, tenía sueño y necesitaba un corte de cabello, pensó. Cruzó la calle en dirección a una barbería pintada con un grafiti blanco, azul y rojo que rezaba: Hip Hot Chop. Se detuvo frente a la puerta de cristal que anunciaba: Tenemos aire acondicionado. En la silla del fondo un joven delgado, con tatuajes en los antebrazos, cráneo afeitado y barba de chivo lo miró de pies a cabeza.

- Pana ¿te vas a quitar unos años de encima?

-Exacto, quiero un corte. Hace mucho calor -dijo Calabrese, señalándose con el índice la desordenada, cana y cada vez más ausente cabellera.

-Seguro maestro, ¿lo quiere rapao o bajito no más?

-Algo intermedio. No quiero parecer un recluta.

-Pagó, de una.

-¿Cómo así?, ¡Cuándo vea el resultado te pago!

-Fresquéate, lo que dije es que te sientes para comenzar. ¿No eres de por aquí?

-Nací aquí, pero hace mucho no venía.

-Se nota. ¿Afeitada también?

-Nada extravagante.

El barbero subió el volumen del Reggaetón: “Muévelo sabroso, sabes que me gusta... Ven, déjame lamerte, mi princesa golosa”. El tatuado se concentró en su trabajo siguiendo el ritmo con una ceja, cuando terminó Calabrese despertó. Parecía uno de los cantantes que adornaban las paredes de la barbería, se sintió esquilado por un granjero ciego. Lo miró con rabia y pagó de mala gana. Sin embargo, cuando la brisa cálida corrió por su cuero cabelludo, se sintió con varios kilos menos, sin rastro de la depresión que los últimos años le había hecho esclavo a la comida chatarra, la televisión y la masturbación. Piropeó a una morena que pasó a su lado, ella lo miró de pies a la cabeza y le dijo ridículo. El legin contenía un culo perfecto. Lo imaginó como un durazno aterciopelado y se le hizo agua la boca. Caminó distraído, olvidando por primera vez en mucho tiempo lo que era estar atento al entorno. Cruzó la calle en dirección a

los baños públicos, donde entregó unas monedas a cambio del rollo de papel higiénico. Entró a la cabina y se tomó su tiempo. Recién llegado, luego de dejar las valijas en el aparta hotel El Pulpo, se había devorado un coctel de mariscos en un vaso de 16 onzas, sentado en la terraza de una cevichería con vista al muelle, al final del cuál había una parque de diversiones con rueda de Chicago incluida. Recordó los gritos de los turistas asustados por el viento, en las alturas. Rió, terminó y salió. Lo primero que encontró en la calle fue la cara de Hiperfreak, un fisicoculturista con problemas de autocontrol, que lo miraba directamente con los ojos irritados, brillantes. La señora que mantenía aseado el baño gritó histérica mientras los dos tipos se revolcaban en la acera. Calabrese intentó luchar, pero el otro sabía Jiu-jitsu brasileño y lo sometió con facilidad. Le hizo una guillotina y cuando estuvo inconsciente se lo echó al hombro, cruzó la calle en dirección a las bicis taxi ignorando los gritos de señora y de los curiosos que comenzaban a reunirse. Subió a un bici taxi y le ordenó al escualido conductor que le llevara al puerto privado. Las pantorrillas del delgado muchacho se esforzaron al máximo, haciendo que el vehículo se moviera lentamente.

-¡Muévete, microbio! ¡Si no quieres que te aplaste!

La expresión en los ojos del psicópata, las muecas y tics involuntarios con la boca hicieron que el muchacho pedaleara a su máxima velocidad, la adrenalina le ayudaba, pero aún le costaba mover el vehículo. En breve llegaron a su destino. Hiperfreak tiró un billete a la espalda del sudoroso transportista y se bajó haciendo crujir la bicicleta. Volvió a echarse a Calabrese al hombro y se dirigió a la lancha que estaba encallada en la playa.

-¿Lo mataste? -preguntó El Sádico, escondido detrás de unos lentes negros de surfista. Llevaba pantalón camuflado y botas para el desierto, camiseta amarilla y gorra roja.

-No, está inconsciente. Se ablandó con los años. Creo que fue uno de esos que murió sin aprender un arte marcial. Armas, fuerza bruta y pocos escrúpulos.

-Como tú. Anabólico, artrítico.

-Yo no he mencionado la artritis, pecueca. Si yo fuera fuerza bruta sin conciencia tú no respirarías.

-Huevos de codorniz, mejor sube al Jabalí, que nos esperan. Esto no lo vamos a resolver en un cruce de líneas rápidas.

-Renacuajo, no me costaría nada partirte en dos y echarte a los tiburones, lo sabes, ¿no?

-Sé que te gustaría, ¿pero cómo harías para llegar entonces? Además de la fobia al agua, no sabes manejar un bote.

Hiperfreak hundió los zapatos en la arena mojada de la orilla, sujetó con una mano la camisa y con la otra la correa de Calabrese, tomó aire, enderezó la espalda y subió el peso muerto que cayó de cara a una superficie acolchada. Exhaló, miró a El Sádico y le dijo:

-No creo que tenga mucha ciencia... si un enfermo mental puede hacerlo.

Subió al bote, haciendo que sus más de cien kilos mecieran la lancha *Go Fast*. El Sádico sintió aprehensión hasta que Hiperfreak se sentó dándole la espalda. Se alejaron a toda velocidad, rompiendo las olas. El Sádico reía como una hiena sobre la presa fresca. El cuerpo boca arriba se deslizaba y rebotaba dentro del bote, recibiendo oleadas esporádicas de agua salada. En la proa de la lancha Hiperfreak aprovechó para afilar su cuchillo de buceo con un pedernal, llevaba un chaleco salvavidas alrededor de uno de sus brazos. Tomó un par de analgésicos para calmar el dolor de espalda, mientras bebía para tragar las pastillas, visualizó pechugas de pollo a la brasa con salsa teriyaki, ensalada y maíz cocido. El dolor lumbar lo hizo volver a la realidad y fantaseó con deformar a El Sádico a golpes. Rió. Buscó en uno de los bolsillos de la camisa un frasco plástico que contenía cápsulas anaranjadas, tomó una. Llegaron a Playa

Fantasma al anochecer, envueltos en la penumbra ácida de las tierras cenagosas. Las tres siluetas bajaron del bote, Calabrese caminaba con dificultad. El Sádico arrastró con esfuerzo una nevera de polipropileno. A un kilómetro de ahí, cerca del estuario, un década atrás encontraron la fosa común que evidenciaba los abusos de poder de Urbain Beleño. Casi le cuesta la segunda reelección. Los mamíferos, reptiles, peces, y crustáceos de la zona se adaptaron a esa fuente inagotable de proteína y nutrientes. Se sabía que rondaban los campamentos humanos buscando bocados frescos. A modo de reparación simbólica el Gobierno cubrió todo con tierra, colocaron senderos de grava y bancas de cemento. En el centro levantaron un muro de mármol con los nombres de los desaparecidos. Los panfletos de la época profesaban: Once es la hora de la muerte patinadora.

-Jabalí, ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en un pantano?

-¿Jabalí? Eres muy joven para saber esa historia.

-Tengo 50, joven no soy. A mí me dijeron que te reconocería por el jabalí blanco que tienes tatuado en tu antebrazo izquierdo. Es todo lo que necesitas saber, es todo lo que necesito saber.

El Sádico orinaba con vista a una ciénaga rodeada de manglares. Calabrese caminó hacia una piedra romboide, miró que no hubiera una culebra escondida detrás y se sentó. Vio que Hiperfreak sacaba una soga de un maletín negro.

-¡Anormal!, hay que cazar un cerdo.

El grito de Hiperfreak interrumpió temporalmente el flujo de orina, El Sádico pareció excitado.

-Aquí hay una familia completa embarrándose. Lechones incluidos.

Terminó la micción, se abrochó el pantalón y disparó tres veces.

-Tú lo sacas del barro, yo no me voy a meter ahí.

-Huy...qué delicado.

Hiperfreak se metió al cieno oscuro, más pestilente a cada paso. Agarró al animal que había recibido los tres tiros, le amarró las patas con una cuerda y lo sacó arrastrado hasta el mar, donde lo destripó, lavó y cortó. Cuando regresó con los cortes estaba sudado pero con cara de triunfo. El Sádico se había puesto el uniforme completo, parecía abstraído, llevaba lentes oscuros y una sonrisa demencial.

-¿Sabes hacer una fogata? ¿O también tengo que hacerla yo?

El Sádico sacó un mechero, lo apuntó hacia la base de un árbol que había sido cortado hace mucho y lo carbonizó.

-Lanzallamas de bolsillo, invención de El Químico. Tiene montones en su casa.

Calabrese apenas si podía soportar el sonido de las voces, pero cuando oyó ese nombre sintió que algo se le quemaba en la base del cráneo, el dolor le hizo arrodillarse.

-Si tienes dolor de cabeza tómate una de estas, y dos de estas. -Le ofreció Hiperfreak en su palma callosa, le extendió una botella de agua sellada.

Colocaron una parrilla con algunas batallas encima sobre cuatro piedras, lavaron los cortes con agua dulce, les aplicaron sal marina y una mezcla de especias picantes. Calabrese volvió a sentarse en la piedra.

-La noche en el manglar es mejor pasarla protegido de

los insectos.

-No me vengas con tus lecciones de niño explorador, anormal.

-Tú puedes ver en la noche, imbécil, se lo decía a El Jabalí Blanco.

-Calabrese, mi nombre es Calabrese. Hace mucho que Jabalí Blanco murió.

Recordó la vez que tuvo que huir por los pantanos de Luisiana; casi pierde la cordura ante las interminables oleadas de mosquitos. En esa época le decían Vroc. Se acercó al fuego intentando no tropezar. Los secuestradores le ofrecieron vino tinto helado, de caja, que le sirvieron en un vaso plástico.

-Gracias por no esposarme... Es la primera vez que tengo secuestradores tan amables.

-No te pongas confianzudo, abuelo. Puede ser tu última cena, así que mejor cállate y come. -Hiperfreak señaló el cerdo en una estaca; sobre la nevera, el cuchillo de caza evitaba que los platos plásticos salieran volando.

Calabrese disfrutó la comida y se bebió tres vasos de vino, al terminar fue hasta la playa a lavarse. El sol se ocultaba. Pudo ver el mar tranquilo del estuario. En el horizonte era visible la silueta oscura y borrosa de la reconstruida Isla Verde. Contempló el paisaje y descartó la posibilidad de huir. Volvió a la fogata donde el crepitar de la leña encendida, los insectos suicidas y las chicharras en el monte acompañaron a los campistas el resto de la noche.

- ¿Para qué quieren a un viejo como yo? No tengo dinero ni familia.

-No es por dinero, abuelo -lo interrumpió Hiperfreak-, te necesitamos para atraer a tu hijo.

-¿Mi hijo? ¿De qué están hablando?

Calabrese sintió que perdía el conocimiento, respiró hondo por la nariz, apoyando las manos en los muslos y sujetando las rodillas. Lo hizo hasta que volvió a ver en colores.

-No nos tomes por imbéciles, Calabrese -dijo El Sádico-, tu actuación es patética y anticuada. ¿Crees que no sabemos porque estás aquí? Nos haces perder tiempo y eso no nos gusta. Aquí no eres más que un matón caduco en medio de la nada.

-En manos de dos matones impacientes y bien alimentados -Intervino Hiperfreak-.

-Señores, hasta el día de hoy pensaba que Antonio estaba muerto.

-Si oíste hablar de Calavera -dijo Hiperfreak, mientras se repantingaba, luego de apoyar su espalda en un árbol que cedió ante el peso- ya conociste a tu hijo. ¡Ahora déjame Intento disfrutar la paz que precede a la guerra!

Calabrese guardó silencio y permaneció con la mirada baja. Aún no estaba en condiciones de levantarse, mucho menos de contestar algo coherente.

-Hay algo allá afuera -dijo El Sádico, sin dejar de mirar el cielo oscuro- mañana tendremos un día agitado.

Calabrese creyó recordar al tipo que escrutaba el infinito, había pasado mucho tiempo, pero por la forma en que hablaba y actuaba era sin duda él.

-Tú solías vestir de rojo todo el tiempo, ¿no?

Sólo fueron audibles los insectos suicidas lanzándose al fuego. El día de morir es uno solo, ¿Por qué no hacerlo con honor?, pensó Calabrese. Permaneció sentado, esperando que le atacaran.



El Sádico levantó la vista, hizo una mueca con la boca, sus ojos brillaron una milésima de segundo, miró al suelo y exhaló.

-Te recomiendo que duermas en una de las hamacas, dormir en la choza no es garantía para evitar despertar lleno de sanguijuelas.

Hiperfreak los miró con curiosidad y le ordenó:

-Ponte estas, para que lo pienses dos veces antes de escapar. En este monte es mejor llevar las manos sueltas.

-¿Son necesarias las esposas? Ya comienzo a sentir el efecto sedante de esas pastillas que me dieron.

Como su hijo, Calabrese se especializó en aterrorizar sin ser visto, se hizo respetar por métodos orgánicos de tortura, como aplicar gusanos urticantes, miel y hormigas, o aplicar en zonas sensibles del cuerpo, materiales del entorno, desde fibra de vidrio y pringamoza en las partes íntimas, hasta ají picante en las axilas y en los ojos.

-Los seres humanos somos la única especie que se encamina al auto exterminio, megalómanos egocéntricos formados en orfanatos con libertad condicional, nuestras casas fueron hogares sustitutos. ¿Para ustedes no fue así?

Hiperfreak y El Sádico asintieron. Lo vieron ponerse las esposas, retirarse en silencio, subió a gatas la escalera de troncos que llevaba a la cabaña. Colgó la hamaca lo mejor que pudo en medio del sopor que le nublabla la vista y se acostó. Soñó que estaba en el avión que lo trajo de regreso desde Europa. Se vio adentro, empuñando un lápiz bajo la manta, seguro de que lo iban a matar. Recordó que bebió whisky, comió macademias e intentó seducir a una aeromoza para mantenerse despierto. El avión atravesó una nube cargada de agua, lo que hizo que se estremeciera la nave. Las luces se apagaron y volvieron a encenderse. Afuera de la cabaña se oyeron truenos y el sueño cambió. Tenía treinta años y su hijo seis. Tony, como el niño pedía

que le dijeran, había crecido lo suficiente para sentirse superior al papá, lo retaba constantemente a hacer carreras. Calabrese sonrió, se agitó y cayó de la hamaca. Tirado sobre las tablas de madera que conformaban el suelo del refugio, unas lágrimas le corrieron por su rostro mientras los secuestradores tomaban café y discutían junto al fuego. Sintió que las esposas le cortaban la circulación, sentía pesadas las manos, con hormigueo.

-¿Ya te diste cuenta de que el Jabalí está convulsionando y que se cayó de la hamaca?

-No convulsiona, tiene sueños placenteros. Pero voy a soltarlo, no vaya a ser que le dé un infarto.

Hiperfreak fue y le quitó las esposas. El Sádico contemplaba el cielo de la noche con una sonrisa de oreja a oreja.

-Nueve paracaidistas armados. La guardia personal de Beleño

-Esos implantes oculares han sido la mejor inversión que has hecho para tu vida.

Hiperfreak fue a la nevera, dentro, bajo una lona verde estaban sus dos fusiles M4A1, una Glock 17 automática, un silenciador y tres cargadores, propiedad de El Sádico. Hiperfreak se enfundó su Colt Magnum al lado derecho del cinturón. Metió la caja de municiones en un maletín de nylon negro que le colgó a la espalda. Antes de despertar a Calabrese, El Sádico le obsequió a Hiperfreak el otro lanzallamas de bolsillo que El Químico le había regalado. Hiperfreak lo tomó como un gesto de despedida. Sonrió, dio las gracias, y lo guardó en uno de los bolsillos laterales del chaleco. El Sádico sacó un gotero de su pantalón y le ofreció a Hiperfreak.

-Eso te va a matar, Sádico.

-Esto te ayudará a salir con vida, compañero.

-No ha ni amanecido.

-Se llama Trepidona, creación de El Químico. Te agudiza los sentidos.

Las carcajadas le dieron tranquilidad a Calabrese, lo que le permitió profundizarse aún más. Se vio en el antepenúltimo piso de un edificio de once plantas, en el centro de Roma. Bebía whisky sentado en la silla mecedora junto a la ventana, usaba la mira de su fusil Barret ligero calibre .50 para ver las turistas. La botella de Chivas Regal esperaba la siguiente servida dentro del refrigerador. Sintió el sabor del alcohol en sus labios, recordó la cara de la pareja de novios que se tiró al suelo luego de que estallara un farol cercano, o el tipo que se orinó encima en una tarde de verano, o el viejo que ni espabiló y que en cambio miró en su dirección para maldecirlo. Se vio abriendo al congelador y sacando una pizza empacada. Tocaron la puerta con los nudillos. Somos la policía, dijeron en italiano. Dejó la pizza afuera del refrigerador y corrió a desarmar su rifle en dieciocho segundos, como en los viejos tiempos. Lo guardó en una caleta bajo el horno. Un momento por favor, dijo tranquilo antes de dar un sorbo del trago. Subió el volumen de la televisión, donde pasaban un espagueti western de Bud Spencer y Terrence Hill, la música de Ennio Morricone reemplazó el sonido ambiente que subía de la calle. Se guardó el control remoto en un bolsillo de los pantalones cortos, tomó un trago largo de whisky y con el vaso en la mano fue a abrir la puerta.

-Buena noche. ¿Para que soy bueno?

-Buena noche señor, soy el Detective Pazzo y este es el Carabinieri Cazzo ¿ha notado algo extraño últimamente en los alrededores? -dijo el oficial con sobrepeso, con las manos cruzadas sobre la barriga inflamada y mirando al interior del apartamento, haciendo un escaneo fugaz-

-He aprendido que la vida no es tan mala, que la soledad es buena para entender los males del mundo. Eso, y que la calvicie es un problema irreversible, influido por las circunstancias particulares del individuo.

El experimentado detective y el joven uniformado se miraron y luego recorrieron con la vista al personaje que se sostenía de la puerta.

-¿Podemos echar un vistazo? A menos que tenga una objeción y tengamos que traer un permiso del juez -dijo Pazzo-

-No hay problema. Espero me disculpen por el aspecto del lugar. Mi mujer...se fue...enviudé hace un par de meses y las cosas...bueno, aún no me acostumbro a la falta de ayuda.

Svetlana, su rubia compañera de los últimos años había emprendido un viaje solitario al sur. El hasta pronto se convirtió en hasta siempre. Ella le confesó, por teléfono, que se había ido para morir en la tierra que siempre había querido conocer. Un cáncer de pulmón no iba a impedir que conociera Buenos Aires y Machu Pichu, a donde subió ayudada por las hojas de coca, un guía, un argentino enamorado y una alpaca. Al día siguiente de la llamada, subiendo las sinuosas pendientes peruanas se desprendió por un desfiladero como una roca suelta, y se le dio por muerta, ya que nunca encontraron su cadáver.

Calabrese se revolcó en el polvoriento suelo de madera, afuera había comenzado a llover y El Sádico e Hiperfreak entraron en silencio para no interrumpir el descanso. Hiperfreak permaneció con la vista perdida en el gélido y oscuro nubarrón.

En el apartamento recreado en sueños por Calabrese las ventanas abiertas dejaban entrar una corriente fría que limpiaba los rincones de malos olores, las paredes desnudas de arte recordaban que en pisos altos es mejor evitar colgar cuadros. Los representantes de la ley revisaron con cuidado, sin tocar. El joven policía se distrajo viendo una pelea de la película.

-Cazzo, andando. Por ahora hemos visto suficiente -dijo Pazzo-.

-Gracias por su tiempo -dijeron a Calabrese-.

Calabrese, acurrucado sobre los tablones mostró los dientes y algo de polvo se le metió en la boca. Giró y quedó acostado sobre su espalda. Recordó que después de la visita de los policías bajó en el ascensor junto con tres jóvenes mujeres vestidas con ropa deportiva, sus pliegues y hendiduras atrajeron su atención. ¿Hace cuánto tiempo no tenía sexo con una joven?, se preguntó, sin poder evitar las miradas lascivas. Las mujeres se miraron entre ellas, y al bajar, lo miraron con desagrado y miedo. Recordó que se sintió aplastado por el tiempo. La puerta del ascensor se cerró y él se llevó las manos a la panza hinchada

por años de sedentarismo, alcohol y exceso de comida grasosa. Salió del edificio, cruzó la calle y entró, como todos los días, al bar El Sueco. A la mierda todo, dijo después de cinco cervezas. Fue en taxi hasta la estación de trenes, tomó uno en dirección a Nápoles, donde se quedó unos días para conseguir unos documentos falsos. Desde Italia voló a España y de ahí a Caracas. Recordó el episodio paranoide ocurrido en el vuelo, durante el desayuno.

-Señorita -dijo Calabrese a una aeromoza de dientes blancos, como sacada de comercial de productos para el blanqueamiento dental- necesito saber si ustedes llevan paracaídas de emergencia.

-Señor ¿por qué pregunta eso?

-No es por nada malo -dijo Calabrese, sonriendo y arrastrando las palabras- es que siempre me pregunté si les hicieron hincapié en la teoría de la probabilidad, después de todo, si te pones a pensar...trabajando todos los días al año, por ¿10?, ¿20? años, es cuestión de tiempo antes de...

-Ay Dios mío, señor ¿qué insinúa?

-Lo que dije. Pero no importa. Discúlpeme, no quise molestar...a veces pregunto necedades...es que fui periodista. Es deformación profesional.

-¿Cómo es su nombre? -preguntó la otra azafata que se acercó para ver qué pasaba.

-Carlo Morano.

Les sonrió. Las asistentes de vuelo volvieron al final del pasillo y se dedicaron a conferenciar lo ocurrido. Al fondo de la clase turista un fornido agente vestido de paisano se acercó furtivamente para saber qué había ocurrido. La fila para entrar a los baños crecía.

Las mujeres le dieron el número del asiento del sospechoso. El policía encubierto decidió esperar a que todos estuvieran sentados para evitar encarar a la persona equivocada. Cala-

brese le buscó conversación al pasajero que ocupaba el puesto del pasillo, un calvo gordo, trajeado, de un metro sesenta de estatura. Aunque tenía los ojos entreabiertos no se podría decir que estuviera despierto.

-Hola... ¿Qué tal el vuelo hasta ahora?

-¿Cómo dijo?

-¿Como le parece el viaje?, ¿usted lo ha disfrutado?

-¿Si? Supongo. ¿Por qué?

-Es que verá, yo sufro de flatulencia sonambular. Pero solo ocurre cuando no puedo estirar las piernas. También ronco, por supuesto, si estoy lleno de gases no puedo respirar bien. Son los cornetes, se me taponan, por eso ronco; lo de la flatulencia es por problemas digestivos. El doctor dice que tengo tendencia a eso, demasiado estrés, pocas frutas, falta de vegetales en la dieta, que debo beber mucho líquido, agua, té, extractos de frutas, bebidas hidratantes, todo lo cual me da muchas ganas de ir al baño. Le estoy pidiendo que considere cederme el puesto del pasillo, probablemente tenga que ir varias veces antes de aterrizar. En la noche, durante el viaje tuve que resistirme las ganas para no pasar de nuevo por encima de usted, que dormía plácidamente. Sí me cede su puesto podré sacar las piernas hacia un lado y nos ahorraremos molestias -calló, se acercó hasta quedar a pocos centímetros del calvo, con la mirada fija en sus ojos, bajó la voz y le dijo casi al oído- mientras durmió no se dio cuenta, pero ahora que estamos todos despiertos sería una falta de delicadeza de mi parte no avisarle que lo recomendable con las flatulencias es no contenerlas. No quiero desarrollar una peritonitis. La clase ejecutiva aún no está hecha para gente de mi tamaño. -Volvió a subir el tono de voz, posó sus manos pesadas y regordetas sobre la panza- ¿Entiende mi preocupación? No quiero incomodarle, ni dañarle el resto de su vuelo. Ojalá pueda ayudarme.

-Yo había pedido pasillo porque soy claustrofóbico, pero en estas condiciones prefiero hacerle el favor.

-Gracias, buen hombre, Dios lo bendiga; pida una copa de vino, el desayuno quizá demore otra media hora -le estrechó

la mano, le señaló el baño, esperó a que dos pasajeros de los puestos contiguos se levantaran y los siguió. Hizo la fila y entró al baño, cuando salió encontró al vecino buscando algo en los bolsillos. Calabrese se sentó en el puesto del pasillo y estiró las piernas. El oficinista se quitó los lentes y comenzó a limpiarlos con un paño que sacó del bolsillo de su camisa. Sudaba y miraba a los lados, como queriendo librarse de la situación. Comenzaba a sentir un olor desagradable y no sabía bien si provenía del vecino o de su imaginación.

Minutos antes el policía encubierto se había acercado furtivamente a la azafata, le miró las nalgas redondas resultado de los años de Pilates y sexo oral en cuclillas, y le dijo:

-Necesito, por la seguridad del resto de los pasajeros, echarle esto en la bebida del señor.

-¿No tendré problemas luego? - Respondió la mujer, sonrojada.

-Tranquila, encanto. Esta es mi jurisdicción.

Estiró la mano y antes de dejar caer el contenido de la cápsula en la bebida le rozó la mano con la yema del dedo, lentamente, mirándola a los ojos. Ella respiró profundo y revolvió el polvo con una cuchara plástica que buscó luego de darle la espalda al policía, siempre consciente de que él la miraba. Algo positivo pasará después de todo esto, se propuso ella mentalmente.

La espuma efervescente bajó y se borró cualquier evidencia. La mujer volvió a sonreír, recorrió el pasillo bamboleando las caderas, entregó dos vasos con jugo de naranja a Calabrese. El calvo lo bebió de un trago y quedó profundamente dormido. Quiso decir algo, pero las palabras se volvieron algodón. Calabrese lo cubrió con una manta de lana azul y pidió otra para él. Mientras los pasajeros se distraían viendo películas, oyendo música o navegando la red, Calabrese se adormiló como un bebé mientras su vecino se babeaba la ropa. El contenido de su vaso de jugo lo vertió, con disimulo, en el piso. Desembarcó sudado, el taxista se horrorizó al verle los ojos desorbitados cuando se quitó los lentes oscuros de piloto y le pidió que lo llevara a la terminal de transportes.

Hiperfreak y El Sádico alistaban todo para partir. Amanecía, y Calabrese comenzó a despertar. Se levantó, el mareo lo hizo apoyarse en el marco de la puerta. Sintió sed. El cielo estaba despejado, las estrellas dejaban de ser visibles, la bruma fría que envolvía el manglar comenzaba a replegarse. Superando la migraña Calabrese hizo un esfuerzo y bajó de la plataforma.

-Algo para el dolor de cabeza, y agua, por favor.

El Sádico le entregó dos pastillas que sacó de un bolsillo del chaleco, y sin decir que eran se adentró en el monte con ayuda de un machete. Le entregaron una botella de un litro de agua y un cuchillo de combate en su funda de cuero, que incluía pedernal. En el bosque, la maleza empapada de rocío resplandecía, las sombras retrocedían gradualmente hasta desaparecer aplastadas por la luz.

Calabrese vio cómo El Sádico se alejaba con sus pastillas, pensó en su corazón fuera de forma y miró en dirección a Hiperfreak esperando que se apiadara y le ofreciera un trago. El musculoso dejó los contenedores con gasolina en el suelo, buscó en el maletín y sacó un bolso deportivo negro.

-Estábamos enterados de tu gusto por el ron y la marihuana. Aquí tienes, espero que treinta cigarrillos y una botella te alcancen. También incluí la parte superior de un camuflado, te va combinar bien con ese jean embarrado y esas botas tejanas que llevas.



## IV

El presidente Urbáin Beleño dormía poco, pero respetaba religiosamente las cuatro horas que dedicaba cada noche a soñar. Eran las diez de la noche, la hora en que la mucama uniformada entraba a la habitación con una bandeja plateada sobre la que traía una taza con “té para la sabiduría” hecho con hojas de coca y valeriana. Beleño estaba arropado bajo un edredón relleno de plumas, en pijamas de seda blanca con franjas gruesas verdes que la atravesaban verticalmente. La señora dejó la bandeja en la mesa de noche, Beleño levantó el teléfono y dio la orden al Ministro de Defensa, Julián Querubín:

-Manténgame informado de los movimientos de los paracaidistas, voy a dormir unas horas; mande un helicóptero a recoger al General Saqueo. Necesitamos retomar el control de la zona norte de Bellaquería antes del amanecer, nuestro futuro económico depende de ello.

Los capataces del latifundio de Beleño en Montuna preparaban el primer envío de reses, por tren, hasta Bellaquería. La puntualidad era indispensable. Los inversores creían que si un negocio iniciaba mal terminaba peor, y se lo hicieron saber a Beleño antes de firmar el contrato.

Beleño se tomó el té y luego de apagar las luces se adentró en su mundo personal. Con el nuevo día comenzaría su nueva vida de multimillonario, sus hijos podrían construir hoteles cinco estrellas en las playas protegidas más hermosas del país. En un año haría dinero suficiente para cinco generaciones. Lo vigilaba la virgen de los terratenientes que decoraba un rincón de su habitación, era una imagen tamaño natural envuelta en un manto de hilos de oro y lazos hechos con hilachas de Euros. Soñó con un hombre alto, flaco, de cabello y barba blanca que lo invitaba a mirar en un pozo rebosante de agua oscura,

que reflejaba una brillante luna creciente. Venía acompañado de tres mujeres pálidas de labios rojos, gráciles, de yemas cálidas, ojos grandes y atentos. Los cinco se miraban en el agua, donde también se veían las estrellas. El viejo sabio señaló la noche. telepáticamente los seres le invitaron a despedirse del mundo y hacer un viaje con ellos. Por turnos las mujeres provocaron a Beleño. Tras eyacular despertó aturdido por la lúcida escena. Se sintió culpable con la señora del aseo que todas las mañanas encontraba la ropa pegajosa. Fue al baño, se quitó los pantalones y lavó la mancha en el lavamanos, lo escurrió y lo colgó sobre la puerta de la ducha. Se envolvió una toalla alrededor de la cintura y regresó a la cama.

Despertó tarde, exhausto y con migraña. Lina, su mujer, que hace varios años dormía en otra habitación, entró con el desayuno en una mesa para comer en la cama.

-Buenos días, Urbain ¿cómo amaneció?

-Bien Lina, con ganas de comerme el mundo.

El Presidente fue al baño, se miró en el espejo, se lavó la cara. Volvió a la cama, levantó el teléfono y luego de pensarlo mejor decidió desayunar primero. Comió viendo el resumen de los videos grabados la noche anterior desde los *drones*. Luego de unos cuarenta minutos apagó el televisor. Se sirvió la primera taza de té de coca del día, saboreó las hojas molidas mezcladas con la azúcar disuelta por la leche tibia. Miró hacía el patio interno de Palacio. Era sábado, todo estaba tranquilo. En el pasillo el jefe de seguridad conversaba en voz baja con unos agentes. Urbain corrió descalzo hasta la puerta y pegó la oreja a la madera unos segundos. Pensó si llamar al presidente Ambush para pedirle apoyo militar. Tuvo un ataque de tos, Lina le habló desde la puerta del baño, con la sudadera húmeda en la mano:

-Mijo, ¿seguís con esa tos tan maluca?, ¿te tomaste la medicina?, no me digás que sigues con los sueños húmedos. Vea pues, yo pensaba que eso solo les pasaba a nuestros muchachos. Aquí tiene las pastillas para esa gripa que tiene, son otras nuevas, sin seudofedrina. Ya le hago traer un agua de panela caliente.

Es mejor cuando se pone violento a cuando está lloriqueando por todo, pensó Lina cuando dejó la habitación.

Se tomó un par de cápsulas que le entregó su mujer y fué a darse una ducha. Desnudo frente al espejo analizó minuciosamente las consecuencias del paso de los años, del exceso de trabajo y del poco tiempo que destinaba a descansar. El del reflejo no era él, se vio como un sátiro entre paredes de mármol. Sintió una leve erección.

-Lina, hija, es la primera vez en mi vida que duermo hasta las ocho de la mañana. Venga, que le voy a mostrar algo que le va a gustar. ¿Oyó?

Nadie le respondió.

La mucama entró a la habitación, traía ensalada de frutas, pasteles integrales recién horneados rellenos con dulce de guayaba y queso, acompañados con un granizado de maracuyá. Urbain la oyó en la habitación y salió con una erección a medias, se le acercó por la espalda sin que ella lo notara, tal y como le había enseñado Klaen, el mercenario Israelí que había contratado tres décadas atrás para que entrenara a sus mejores hombres. Le apretó su miembro contra las nalgas y le sujetó con ambas manos la cintura. La mucama miró hacia atrás y se encontró con los ojos entrecerrados de Beleño. Quiso girar para que cumpliera su fantasía de meterle la cara en su escote perfumado. Era una mujer divorciada, con cuatro hijas, dos ex maridos, y veinte años trabajando para “El Papi” como lo llamaba mentalmente, mientras se masturbaba los fines de semana. La mujer se desabotonó los dos botones superiores de la camisa del uniforme. Tenía unas tetas medianas, con pezones oscuros visibles a través del brasiere blanco. Urbain sintió que una mano le acariciaba la rodilla, también percibió el olor del sexo excitado de ella, tan cerca que podía saborearlo. Beleño pasó los dedos de la mano izquierda por la frondosa selva de vellos púbicos, luego se distrajo con los labios húmedos antes de meterle primero dos, luego tres dedos. Siguió con el vaivén hasta que vio que ella ponía los ojos en blanco, señal que buscaba para tomarle la mano y ponérsela en excitado miembro. Él se desnudó y quedó en pantuflas. Ella se torció los pezones, se mordió los labios, se apretó las nalgas mientras él la penetró sin preámbulos o preservativos. Urbain

la besó con el romanticismo apocado de las películas en blanco y negro, mientras visualizaba la bisagra peluda de la mucama.

-Señor, hace tanto que...esperaba que esto pasara de nuevo.

-Yo también Susanita, hace más de 15 años que no... -le agarró ambas nalgas bruxando los dientes de placer- disfrutaba de esta magia que tiene usted para hacer las cosas. Póngase la pañoleta roja que tengo en la mesita de noche, y luego grite que es una bandida de La FART, para darle por donde me gusta.

Urbaín se quedó en la cama abrazando a su amante mientras sus subalternos daban la vida por un sueldo y por la promesa de un futuro mejor.

Al despertar, Susanita no estaba.

## V

LoJack pensó que habían fracasado hasta que encontraron dormido a Calavera dentro de uno de los *Humbees* robados. Arrancaron muertos de la risa, esperando que los Atávicos pudieran retrasar a los hiper violentos. En el reproductor de música *Gets me through* de Ozzy Osbourne cubría el golpeteo que producía la cabeza de Calavera rebotando contra el vidrio blindado del *Humbee*. Karma, el humanoide programado para seducir, interpuso su mano biónica cubierta de piel sintética, para que Calavera no se lastimara. Con la otra mano lo peinó mientras le arrullaba al oído: Todo va a estar bien.

El aire acondicionado del vehículo se filtró en los sueños de Calavera. Imaginó que una niebla espesa proveniente de un bosque cubría una aldea. Un anciano de barba blanca le señaló un sendero de tierra que lo llevó -en medio de una oscuridad en la que no se podía ver a un metro de distancia- a un refugio de madera elevado sobre una piedra, en medio del bosque. Lánguidos individuos fumaban y discutían en torno a una fogata pequeña, cuidando la entrada de lo que parecía un templo.

Calavera abrió los ojos, miró a Karma y le dijo:

-Errsss perrfectúa.

El biorobot sonrió, sintió algo parecido a lo que le producían los documentales de animales en los que las crías de carnívoros juegan con la presa fresca. ¿Lo entendía?, ¿por fin sus sistemas internos comenzaban a sentir con autonomía? Le habían dicho que algo así pasaría cuando tuviera la experiencia básica acumulada.

Los *Humbees* recorrieron una de las muchas trochas que servían de enlace para el comercio agrícola entre las comunas, esta en particular era conocida como La Cangrejera. Karma miró a los niños semidesnudos corriendo asustados ante el arribo intempestivo de los vehículos. Las mujeres corrían con el cabello suelto, vestidas con largas faldas y camisetitas cortas de colores claros. Tras los desmanes ocurridos en la noche de los trastornados, muchos abandonaron la ciudad. Algunas personas se agruparon en comunas para defenderse mejor, o buscaron lugares apartados donde asentarse para comenzar de nuevo. Guardias armados con AK-47 les hicieron señas para que se detuvieran, dos más estaban ocultos detrás de ametralladoras calibre cincuenta, en trincheras cavadas en los promontorios cubiertos de vegetación agreste.

LoJack dio una orden por radio y les dieron paso; no tuvieron que bajar la velocidad. El vehículo tomó una pendiente y la ciénaga fue visible. Los paneles solares resplandecían sobre las cabañas de madera pintadas con colores vivos. Karma enfocó su visión telescópica hacia las cocinas comunitarias que funcionaban con hornos solares, unos artilugios como antenas satelitales que reflejaban la luz sobre un plato ahuecado donde se colocaban las ollas. Columnas de humo gris subían al cielo, las fragancias a comida parecieron surtir efecto en Calavera, que volvió a abrir los ojos, olfateó el aire y sonrió.

Afuera de las cercas custodiadas por harapiientos armados, una jauría de perros de monte miraba desde las dunas, como posando para una foto. Eran los sobrevivientes de la peste de rabia. Los ejemplares sanos se volvieron cuidadosos con los extraños, solo los mejores se adaptaron a las condiciones propias de la vida en el monte. Calavera volvió la mirada hacia la belleza mediterránea de la biorobot. El humanoide dejó de prestarles atención a los perros de monte cuando su radar le indicó que Los Atávicos veían al trote pisándoles los talones. Saltaron por encima de los *Humbees* y cayeron delante del convoy.

Esa noche La Cangrejera estuvo de fiesta, hicieron tres fogatas para iluminar la plazoleta central, había comía y baile, pero no alcohol. Calavera dormía boca arriba en una camilla,

dentro de una choza, vigilado por Karma. Una lámpara de gas proporcionaba la única fuente de luz en el recinto, lo que generaba sombras profundas en la cara de Calavera. Los ojos sintéticos le brillaban levemente cuando usaba la visión nocturna. Recorrió con la mirada la piel de Calavera, leyó lo que decía el tatuaje que tenía en el interior de la muñeca izquierda: *ni lento ni suicida*. Karma humedeció la piel de Calavera con una esponja empapada de agua y procedió a curarle las heridas de la cara y los brazos. El ardor producido por el desinfectante lo despertó, se sentó en la camilla, y permaneció estático, perdido en los ojos malva de la mujer robot.

-¿El Sádico e Hiperfreak siguen sueltos? -preguntó, desviando la mirada en un intento por desentrañar los secretos de la oscuridad circundante.

-Tendrás que hablar con LoJack, fue quien ordenó rescatarte y traerte acá -dijo Karma, con voz melodiosa- le entregó una camiseta negra en la que estaba estampada la frase: Baterías Viejas. En la oscuridad Calavera no pudo leer el estampado, solo distinguió la calavera que brillaba en la oscuridad, se la puso con indiferencia.

-Llévame donde él.

Se sintió desorientado. En el camino encontró una pareja que le saludó amablemente, sus hijos se acercaron a verlo, quisieron tocarlo pero Karma se los impidió. Prefirieron volver a sus juegos entre las ramas de un viejo árbol de ciruelas. Las parejas más amorosas seguían senderos que los llevaban a lugares oscuros guiados por antorchas alimentadas con grasa de cerdo. Un grupo de mujeres desnudas bañándose en la piscina comunitaria les saludaron. Karma imitó la mueca mecánicamente, siguiendo su programación. Calavera pensó: Si no es el paraíso, se le parece. Los hombres en torno al fuego tenían un asado preparado, carne de chivo, cerdo, res y caimán. Yucas, papas y mazorcas cocidas, frutas frescas. Un manco servía tragos de ron que sacaba de dos barriles, uno para el blanco y otro para el añejo. Por los amplificadores ubicados bajo las luces del alumbrado público salían melodías de guitarras tanto eléctrica como acústica, de una batería, un bajo eléctrico, una armónica, un clavicémbalo y una voz cavernosa. Baterías viejas sonaba así:

*-Se los voy a contar despacio. Siempre hay una mujer, por lo menos, que nos agite el corazón. Qué bueno es cuando ella goza contigo, qué malo cuando dejan de amarte y comienza el odio. Hay que recuperar el instinto, camarada. Cosmos es un beso, un orgasmo, iris como galaxias y sus pupilas dilatadas, el oleaje que rompe contra las piedras, una mujer menstruando...*

Calavera sin su máscara pasaba por un deportista de vacaciones. Se sentó cerca de una de las fogatas. Karma lo imitó.

-¿Quieres alimento? Según calculo, desde anteayer no comes.

-Huele bien...tener apetito es señal de mejoría, como decía papá. Quisiera comer algo de proteína animal asada, ¿podrías ayudarme con eso?

*-...Somos un capricho de la naturaleza, somos una partícula de arena en medio de la nada ingrávida y asfixiante del cosmos, a salvo en esta burbuja de aire que llamamos Tierra. Déjame explicártelo amor, déjame decírtelo con mi piel.*

-¿Eres vegetariana? No te veo muy interesada en la idea de comer.

Karma lo miró, él le sostuvo la mirada y le sonrió. Ella reflejó en su cara lo que había visto en la cara de él.

-Vamos a alimentarte primero, luego iré yo a buscar un poco de energía.

Lo llevó de la mano hasta el lugar que ella consideró más seguro, donde otros de su grupo de confianza podrían cuidarlo mientras él engullía una variedad de carnes asadas acompañada de tubérculos, maíz cocido, crema agria y picante casero. Cuando lo vio comiendo se excusó y fue a recargar las baterías. Él se distrajo viendo a las mujeres ligeras de ropas, con axilas y piernas velludas, que bailaban en torno al fuego desplegando amplias sonrisas con los ojos rojos entornados.

Karma se adentró en la selva y luego de veinte minutos regresó a La Cangrejera. Hizo una escala en la cabaña de Lo-



Jack. Permaneció de pié frente a la casa, escuchando los gemidos de placer provenientes del interior; su piel sintética sudaba. Una gota bajó por la columna vertebral y se coló por entre las nalgas, bajó hasta sus finos vellos vaginales, el calor de sus labios íntimos le hizo llevarse la mano a la vulva, cerró los ojos, movió su mano circularmente sobre los labios, sintió que las rodillas le fallaban. Buscó un matorral donde esconderse, se quitó el pantalón, metió su mano de nuevo y acarició su clítoris húmedo. Se mordió los labios para evitar que sus gemidos se escuchasen. Sonrió. Siguió masajeándose hasta que oyó unas ramas romperse en el monte, se sacó la mano de su secreto húmedo, se vistió y envió una señal inalámbrica a los otros biorobots, que interrumpieron los procesos de interacción y se acercaron a las coordenadas recibidas. Karma tocó la puerta y se identificó, LoJack fue por el arma que estaba en el suelo, junto a la cama.

-¡Tenemos visitas! -dijo Karma mientras recorría con su visión de calor los cuerpos recién separados-

LoJack le dijo a Amrta que se vistiera. Rodó la cama y abrió la portezuela que llevaba a los túneles subterráneos. Antes de cerrar la puerta le dijo:

-Cuida ese bebé por encima de todo, y no vuelvas a salir por esta puerta. Toma esta pistola y sigue los túneles iluminados. Te amo, Amrta. Volveré por ustedes.

El tiroteo duró varios minutos, los paracaidistas que rodearon la cabaña traían fusiles de asalto IMI Tavor TAR-21 con los que redujeron la cabaña a jirones. Karma cubrió el cuerpo de LoJack con el suyo para evitar que lo hirieran. Sus ojos se encontraron, y a pesar de las balas y cristales rotos, sintió la erección en proceso. Los Atávicos neutralizaron a los paracaidistas a pesar de recibir varios disparos. Ignoraron el daño y aseguraron el perímetro. Cuando cesaron los disparos LoJack y Karma se miraban con otros ojos.

Karma se levantó del suelo y tendió la mano para ayudarle. En ese preciso momento entraron por la puerta los Atávicos. LoJack les ordenó:

-Busquen a los niños, a las mujeres y a los viejos. Llévenlos al refugio usando los túneles.

LoJack entregó armas, municiones, radio teléfonos y visores para la noche. Armó tres escuadrones de voluntarios y los mandó al monte con instrucciones específicas.

El General Saqueo, Los híper violentos, Tourette y la Mariana Denuible fueron evacuados de Monte Negro en un helicóptero Apache. Al pasar sobre la comuna desolada el General Saqueo ordenó a los híper violentos que saltaran. ¡Cacen a esos cerdos!, les gritó. Raúl seguía la operación desde su laboratorio, a través de las cámaras ubicadas sobre los cascos de los híper violentos.

-0030, 0031, 0032, desde ahora recibirán solo órdenes tácticas que yo apruebe. En caso de perder contacto conmigo deberán regresar al laboratorio en cuanto les sea posible. Ahora repitan en voz alta: Señor, en cuanto nos deje a una altura segura nos lanzaremos.

-Señor, en cuanto nos deje a una altura segura nos lanzaremos -gritaron al tiempo los híper violentos.

-¿Qué demonios se creen? ¡Hagan lo que digo, malditos engendros!

- 0030, 0031, 0032, eliminen a Amrta Ventura, la mujer de LoJack, a LoJack y a Calavera.

Desde la comuna les dispararon dos cohetes, el piloto intentó una maniobra evasiva en reversa. Mariana, y Tourette se aferraron con fuerza para recibir el impacto, los híper violentos saltaron, Saqueo maldijo.

Desde Megalita el espectáculo en la comuna fue, como mínimo, inquietante. Oriana observó con atención, temiendo lo peor. La taquicardia tomó el control y tuvo llamar al servicio de emergencia para que la asistieran. La tormenta sofocó el fuego, pero Oriana no pudo verlo, dormía sedada por las soluciones de última tecnología que le habían administrado por vía intravenosa. Una enfermera joven supervisaba los monitores y el goteo

del flujo del líquido a través del catéter. Los pararrayos absorbieron las descargas eléctricas y los mecanismos de limpieza automática se activaron sobrecargados. Uno se dedicó a limpiar los vidrios, otro a aspirar la alfombra, otro a lavar el baño. El apartamento tenía las cortinas cerradas y permanecía en completa oscuridad. La tormenta abrazaba a Megalita con ráfagas de viento mientras los truenos hacían temblar los cimientos. Oriana soñó que su hija lloraba dentro de la barriga y que un chimpancé albino atendía su parto. Ella le dijo que apagara el cigarro que tenía en los labios y el animal le contestó:

-Tengo los permisos necesarios para fumar mientras opero.

Los híper violentos se levantaron humeantes. No era visible criatura o planta. La materia carbonizada comenzaba a enfriarse. El sistema de comunicación se había chamuscado. Por primera vez se miraron entre ellos, algo de su antiguo color volvió a sus ojos pálidos, parpadearon y se pasaron las manos por los ojos irritados. Los arroyos de agua lluvia comenzaban a meterse a un túnel subterráneo. 0030, 0031, 0032 caminaron hasta el vórtice de agua y lodo que se formaba a la entrada del túnel y se lanzaron con los pies por delante.

El Sádico, Hiperfreak y Calabrese iban por la playa camino a la comuna cuando vieron la explosión y la caída del helicóptero. Una vez en la Cangrejera El Sádico tiró las cosas que cargaba detrás de una piedra gris que descansaba a la sombra de un árbol de aguacate. Hiperfreak, como león al acecho, se lanzó a través de una de las trampillas decidido a explorar el túnel, con su pistola a una mano y una linterna en la otra, se perdió bajo tierra. El Sádico sintió el chapoteo de unas pisadas corriendo, giró violentamente y vio a Calabrese lanzarse en el hueco de tierra lodosa. Sonrió y soltó una sentencia:

-¡Cómo les gusta embarrarse!

La adrenalina le hizo seguir el impulso. Se colocó la máscara de diablo amarillo con cuernos rojos de tela, revisó que las correas de su chaleco estuvieran aseguradas y con la alegría de un niño disfrazado se lanzó al hoyo. Se deslizaron por un tobogán pestilente hasta una poza con agua lodosa cubierta de

serrín, leños quemados, espuma y cenizas. Las luces del túnel los guiaron por una leve pendiente que subía hasta perderse en la oscuridad.

Raúl esperó nueve horas en el laboratorio, pero no aparecieron sus experimentos. Dejó la edificación con actitud sombría, oyendo *Gravedigger's song* de Mark Lanegan en sus audífonos. Todo estaba húmedo por la lluvia. Evitó pisar un camino de hormigas que trasportaban pedazos de hojas verdes, pasó la mano por el asiento de la cuatrimoto para sacudir las gotas de agua, se subió y antes de arrancar pensó si olvidaba algo. Encendió la moto, se apretó las tiras del morral, bajó y entró de nuevo al laboratorio. Salió con un casco negro. A media hora de ir por la trocha comenzó a llover de nuevo, intentó cruzar un arroyo bajo, la moto se atascó. Alcanzó a sentir el rugir de la corriente a sus espaldas.

## VI

Cinco grados bajo cero era la temperatura constante de la sala que alojaba los diez flotarios, dispositivos de privación sensorial donde los pacientes yacían en agua tibia mezclada con sales de Epsom y drogas diluidas, en completo silencio y absoluta oscuridad. Dentro reposaban diez vagabundos. Los científicos seguían el experimento a través de unas cámaras diminutas acopladas al interior de los flotarios. Cada cinco minutos les proporcionaban un estímulo sensorial, junto con las gotas que eran administradas con gotero sobre los labios de los pacientes. Las luces de colores y la música hacían el resto. Quienes rescataron al General Saqueo abrieron todas las puertas eléctricas del completo militar Monte Negro, la sala de flotarios estaba alojada en el subnivel 3, entre los laboratorios de genética y neurociencia. El vapor que escapó de los flotarios se condensó en forma de gotas en el techo de la habitación. Los cuerpos tendidos dentro de los dispositivos fueron saliendo de sus ataúdes metálicos, los pasillos solitarios recibieron a los resucitados en silencio, nadie monitoreaba las imágenes entregadas por las cámaras. Los diez cuerpos desnudos y rapados se arrastraron siguiendo las señales que marcaban la ruta de evacuación. Las Fuerzas de Control los habían traído. Eran vagabundos, drogadictos y enfermos mentales sin hogar, condenados a vivir en la miseria, sin más alternativa que esperar la muerte o la locura, lo que primero viniera. Se aseguraron de que estuvieran en condiciones de soportar los experimentos. Les vacunaron, los alimentaron, les calzaron las muelas que aún servían y les hicieron tratamientos de higiene dental.

Uno de los diez entró a una habitación y luego de descubrir que era un almacén repleto de prendas militares intentó llamar a los demás, pero la voz no le salía por la falta de uso. Intentó sentarse en una silla, pero el dolor de no poder doblarlas lo hizo caer.

Estaban embarrados, temblaban, algunos no podían evitar que sus dientes castañearan, sufrían espasmos musculares en pecho, piernas y cuello. Uno sugirió:

-Vamos donde El Loco.

Los demás murmuraron y asintieron. Cuando arribaron a la choza de El Loco la encontraron vacía. Cerca del fuego había un caldero con sopa de verduras, se sirvieron un pocillo cada uno. La lluvia los hizo resguardarse bajo el techo de paja de la cabaña, se quedaron dormidos.

Bajo una cavidad formada por dos peñascos prehistóricos, cubiertos con impermeables negros, El Loco y Camila esperaban a que escampara.

-Para no desperdiciar el chubasco. ¿Un poco de té de Salvia Divinorum?

El Loco tenía envasado un líquido verdoso en un frasco de vidrio, tomó un trago y lo pasó a Camila. La tormenta arreció, olía a humo, a sebo quemado. El viejo de barba blanca se alegró por las plantas que había logrado sembrar a lo largo de los años, monte adentro. La lluvia les hará bien, pensó. Aunque los vecinos del barrio donde reciclaba creían que estaba loco, los compañeros recicladores lo tenían por un curador, y gracias a ellos habían llegado a sus manos, semillas y brotes de plantas usadas con fines rituales por tribus indígenas a lo largo de América. En su bolso llevaba unos cuantos hongos secos con Psilocibina, un pequeño recipiente que contenía una poción hecha con polvo pulverizado de cactus de San Pedro, previamente cocinado en agua y jugo de limón, y unas cuantas hojas molidas de Salvia Divinorum para usar como rapé. Los llevaba para compartirlos, y los tomaba sólo cuando el aislamiento era propicio y no existía riesgo de ser intervenido por personas externas al entendimiento del rito. Su planta de uso cotidiano era la marihuana, que también cultivaba y de la cual llevaba siempre un poco consigo. Pasaron la noche allí para evitar una neumonía. Al amanecer se dirigieron por senderos que atravesaban el bosque seco tropical... Salieron del monte y atravesaron una calle desolada. La soledad de la mañana le pareció típica de un domingo y el silencio reinante le devolvió un poco la fe en la especie humana.

Retomaron el camino a través del monte, y una hora después llegaron a su cabaña. Antes de subir los escalones hechos con leños de mangle, El Loco fue a la huerta, recogió unas habichuelas y frijoles y volvió a la cabaña. Entró sin sorprenderse por la presencia los visitantes. Los vagabundos miraban evasivamente, algunos temblaban. El Loco miró al cielo y vio una columna de buitres haciendo espirales. Calculó que se trataba de más de cincuenta y que pronto llegarían las malas noticias. Cerró los ojos, presintió fuego, caos y destrucción. Creyó distinguir el sonido de las sirenas, el olor a caucho y madera quemados. Abrió los ojos y vio que por diferentes puntos del paisaje pasaban pájaros en desbandada. Los están buscando, pensó. Vio que Camila, la esposa enamorada, la madre preocupada, la hija temerosa, lloraba de rodillas frente a un limonero deshojado. El Loco cerró los ojos cansados, recordó que esa mañana el limonero estaba vivo, abrió los ojos ante el ruido producido por el *Hércules* que venía cayendo en dirección a la choza. Miró cómo la estructura de su refugio se fracturaba y era arrancada del suelo. Se oyeron ráfagas de fusil. Siguió el hostigamiento desde el monte. El avión desprendió una nube de humo gris en uno de los dos rotores, se desvió y metió la nariz en la selva. Camila giró hacia la explosión con las manos en los oídos. La onda expansiva la derribó. El Loco vio su fin en tecnicolor.

Puerto Serpiente amaneció con un sol radiante, el agua del mar se veía limpia, digna de una postal del Caribe. El tren de carga con el cargamento de vacas provenientes de Montuna estaba a dos horas de su lugar de destino.

# II.

**Fenómeno TV presenta:  
La noche de los trastornados**



## I

A las cuatro de la mañana del sábado de carnaval del año 2016, uno de los vigilantes del acueducto municipal se acercó a una de las piscinas de agua potable, se agachó aprovechando el resguardo que las sombras imponían a la cámara de seguridad y vertió la sustancia verde y espesa contenida en su termo. Por cumplir esa misión su familia disfrutaba en ese preciso momento de los parques de diversiones ubicados en La Florida. La TIA -Tecnología e Inteligencia Aplicada- les había entregado identidades nuevas. Ambrosía, la esposa, apenas podía disimular frente a sus tres niñas. La más pequeña, de cuatro años, era la que menos molestaba, iba en su cochecito para bebés sobrealimentados -como dentro de un Lincoln- contemplando versiones en miniatura del mundo imaginado por el dibujante, pornógrafo y propagandista más famoso de la historia moderna. Las niñas querían subir a todo y la madre a nada, así que optó por dejarlas entrar recomendadas de la mano de alguna empleada del parque, mientras ella se quedaba cuidando la nena. Detrás del coche, dentro de un morral, llevaban paquetes de chocolates, dulces, y una bolsa descomunal de *cheetos* con doble queso. Cada vez que tenían la oportunidad se entregaban a una permisiva consumición de azúcar y fritos, luego iban y hacían la siguiente fila para entrar a la nueva atracción mecánica. Ambrosía trataba de hablar lo menos posible para no delatarse, las hijas mayores solo querían divertirse, conocer más de ese reino mágico. La actitud de la madre no les extrañaba, de cariño le decían “cara de puño”. Mientras el líquido verde se disolvía en la piscina del acueducto ellas se tomaban fotos junto a jóvenes disfrazados de animales, princesas y superhéroes, comían perros calientes con salsa de frijoles y carne molida, hamburguesas con carne aceitosa, pan hecho con maíz transgénico, queso sintético, acompañado con litros de bebidas azucaradas. Cada noche, cuando se dormían las niñas, Ambrosía acababa con el mini bar de la nevera mientras veía series que ya había visto, pero traducidas. Parecía gozar mucho los comerciales, aún sin entender lo que decían las

palabras. Buscó canales de noticias en español, pero el único que encontró hablaba de belleza, moda, cirugías estéticas, bares, restaurantes y playas que visitar. Le daban más rabia que tranquilidad; con las niñas no podía ir a ningún lado que ella pudiera disfrutar a solas. Un sábado en la madrugada, a eso de las 3, pasaron un documental sobre el conflicto Colombiano. En algún momento Beleño apareció gritando desde su púlpito:

-Con los drones artillados que recién hemos adquirido vamos a aplastar a los bandidos de La FART como si fueran cucarachas, es una promesa de varón, querido pueblo. Armaré a todo el que desee un sueldo, salud y educación en una escuela con valores católicos: Respeto, amor a un ser superior y humildad.

Rodolfo Rapapolvo volvió a su puesto dentro de la garita. Dejó el termo a un lado, estiró los brazos. Comenzaba a verse luz en el horizonte. Caminó hacia el baño con el termo a la mano y la frente en alto, seguro de que su familia estaba bien. Pronto él también estaría viviendo su sueño americano: Cervezas a centavos, comida abundante y bares topless en cada esquina. Estarían seis meses ocultos bajo otra identidad, luego volverían para ser reinstalados en la capital. Rodolfo untó el interior del termo con dentífrico, lo cerró y agitó, luego lo limpió con abundante agua. Lo cerró y volvió a su puesto llevándolo en la mano. Enfundado en su uniforme parecía un niño regordete esperando la hora de salir del colegio.

Al otro lado de la ciudad, en una calle solitaria cercana al parque de Los Santos, tres jóvenes que iban a pie fueron secuestrados por tres musculosos vestidos de negro que los subieron a un vehículo todo terreno negro de cristales oscuros.

Rodolfo se dispuso a hacer el papel del somnoliento para una cámara. Eligió una banca rodeada de eucaliptos. Se sentó, las hojas movidas por un viento frío producían un sonido similar al del oleaje marino. Se cruzó de brazos y cerró los ojos. Lo despertó la voz por el radio teléfono:

-¿Me copia, Rapapolvo?

-Sí, señor.

-Estamos esperando para que nos deje entrar.

-Sí señor, disculpe, enseguida voy.

Salió de su turno a las seis y media, con lentes de sol para ocultar los irritados y ansiosos ojos que buscaban sicarios en las sombras. Estaba seguro de que Beleño le iba a enviar un par de matones, para que se llevara el secreto a la tumba. Las calles estaban desoladas. El viento ululaba cuando llegó el bus, eran casi las siete de la mañana. La cara del conductor estaba desenchajada, tenía los ojos desorbitados, hizo una sonrisa mecánica:

-Adelante, suba, que el tiempo es arena que no volverá a ser roca.

Las manos parecían pegadas al timón con *Super Glue*. Adentro del bus iban cinco ancianos aterrorizados, temblaban sin atreverse a hablar. Algunos tenían golpes y cortadas sangrantes. Tras el volante, con la cara a diez centímetros del cristal, el engendro balbuceaba un monólogo ininteligible.

-¡Gracias, pero yo me voy en el que sigue! -dijo Rodolfo desde la acera-

-¡Cállate y súbete al bus! -respondió el energúmeno que iba detrás el volante, transformado súbitamente en una especie de morsa sudorosa enojada -.

El conductor vio que Rodolfo no iba a subir y aceleró. Media cuadra más adelante frenó en seco y volvió a arrancar, en la primera calle que encontró dio un giro violento y desapareció. Rodolfo consideró que lo mejor sería caminar hasta su casa, tratando de buscar rutas en las que fuera posible esconderse para evitar encuentros desagradables. Cuando entró a la casa lo primero que hizo fue buscar una cerveza. Por la calle pasó un jeep con los vidrios plateados y sin capota, el equipo de sonido vomitaba un vallenato que decía:

-Una mujer me dijo que quería un pelao, la enganché, y luego ella me dijo engánchame otra vez, y yo la enganché...

Puso tranca a la puerta y se sentó en uno de los cuatro si-

llones que ocupaban la sala de estar. Había caminado una hora y veinte minutos, tenía cortaduras por intentar cortar camino atravesando un solar enmontado, pero estaba en una pieza. Sacó un purito santandereano y lo encendió. Desabotonó la camisa y su barriga pudo explayarse. Comió unas albóndigas enlatadas con pan calentado sobre la tapa de la olla. Lavó los platos prestando atención a los ruidos de la calle, a las alarmas de las ambulancias, a las explosiones como de pirotecnia. El servicio eléctrico falló. Buscó unas velas y se fue a dormir acompañado de un revólver calibre 38 que adornaba la mesa de noche.

Los mosquitos lo despertaron a las cuatro de la mañana. Empapado en sudor preparó un café y se sentó a tomarlo detrás de la ventana enrejada que daba a la calle. El contenido putrefacto de las bolsas de basura abiertas por los perros hambrientos endulzaba el aire; a media cuadra, dos jaurías de perros rabiosos peleaban. Miró como despezaban al retador, y luego, cuando no pudo más, cerró los ojos. El teléfono celular repicó en su habitación, al fondo de la casa. Fue a buscarlo.

-Pacho, ¿salió todo bien?

- Gorda, todo está mejor de lo planeado -dijo, haciendo un esfuerzo por sonar creíble-. La calle es una locura, no hay ley que valga, pero hasta ahora nadie parece enterado de quien fué. Todo está bajo control, tengo municiones, comida, las puertas están cerradas. ¿Y ustedes qué tal?, ¿qué dicen las niñas?

-Están contentas, algo preocupadas, sienten que algo pasa. Preguntan por ti todo el tiempo. ¿Cómo ves la salida de ahí?

- En unos días espero sea más fácil, cuando la policía retome el control de la ciudad. Ambrosía, en cuanto puedas llámenme de nuevo.

-En el cajón de los interiores dejé mi radio y un paquete de baterías. Úsalo para oír las noticias, no abuses del atún y soportarás. No te desesperes, aquí estamos pendientes de cómo marchan las cosas. Los niños y yo te mandamos besos.

-Dale muchos besos de mi parte también. En unos días,

espero, mejore la situación, pero te digo la verdad, creo que esto va para largo. Temo que se metan por el techo y me maten.

-¡No me digas eso! Nadie sabe lo que viene. Cuando puedas, toma esa lancha rápida. Aquí te esperamos, rezamos por ti cada noche.

- Permanece pendiente al teléfono, por si hay alguna novedad. Mañana llámame temprano para hablar con las niñas.

-Bueno. No te desanimes, come algo y trata de dormir.

-Sí, lo intentaré. Gorda, te amo.

Rodolfo Rapapolvo se dirigió a la cocina, miró en la despensa y vio pilas de latas de atún, latas de frijoles, albóndigas en salsa picante, varias bolsas de pasta, harina de trigo, arroz, lentejas, soja y garbanzos crudos, 6 litros de agua, 4 botellas de aceite, 48 huevos, un par de botellas de ron, una linterna y varios paquetes de baterías. Le puso las baterías a la linterna y la probó. En las calles solitarias se escuchaban gritos ocasionales, y seguían las peleas de perros. Calentó el contenido de una lata de maíz desgranado en un sartén, rompió dos huevos y mezcló. Comió en silencio sentado en la mecedora. Al terminar fue hasta su habitación a descansar. Tenía poco de haberse quedado profundamente dormido cuando un ruido seco proveniente del techo de la casa lo despertó. Tomó el revólver y esperó a que el sonido se repitiera.

## II

*¿Aburrido de tener que lidiar con palomas en su edificio? ¿Busca un método seguro para deshacerse de ellas sin verse atacado por los remordimientos? Le ofrecemos una forma natural de eliminar el problema: ¡halcones entrenados! Llámenos y en una semana la invasión de palomas será sólo una anécdota graciosa que contar a sus vecinos. Nuestro servicio está garantizado, si no cumplimos, cuénteles. Mientras trabajamos ustedes pueden seguirnos a través de su dispositivo móvil, en tiempo real. Trabajamos en el más absoluto silencio, usamos la madrugada para atraparlas mientras duermen. Las rebeldes serán cazadas al amanecer usando halcones entrenados. Cuando ustedes despierten solo verán un camión azul alistándose para partir. Sólo encontrarán algunas plumas esparcidas por el viento. En la página web encontrarán videos, fotos...*

-Halconeros, buenos días. Habla con Maryori Diazgranados, ¿Para qué somos buenos?

-Estoy interesado en su anuncio, pero necesito hablar con uno de los entrenadores.

- ¿En qué podemos ayudarle?

-Comuníqueme con el entrenador, quiero saber qué tan carniceros son los animales que tienen, porque aquí tenemos una plaga de palomas cagalotodo. Postergando el problema solo lo hemos empeorado, hemos llegado a extremos insoportables.

-Señora, ¿de qué grande calcula usted es la colonia?

-Unas setenta, si viera usted, todo está embarrado y hace dos semanas habíamos pintado, ¡Dios! Parece que lo hicieran a propósito -lloriquea- parece la broma pesada de algún enemigo. Anoche eligieron chorrear las ventanas, la otra noche fueron los balcones, el otro día los carros que ocupaban el estacionamien-

to, y esta mañana sobre mi anciana madre. No podemos seguir así, las plantas del antejardín se están secando por su culpa también. ¡Son dueñas del edificio!

-Señora, tranquilícese, podemos ayudarle.

-No me diga que me tranquilice, usted no entiende lo que es vivir así, se han hecho hasta sobre el gato anciano que vive con doña Laura, en el segundo piso. Ayer en la mañana encontré una paloma dentro de la cocina, se metió por un calado que pensamos tapado con la lavadora. Y hoy, hace media hora, encontré otra picoteando los huevos revueltos del niño. Yo estaba terminando de alistarlos para el colegio... no fueron ni cinco minutos -sollozos-. Es insoportable, los vecinos hace mucho querían llamarlos pero yo me oponía. Hoy pienso diferente -traga saliva, la voz se le oye despejada-, estoy de acuerdo con ellos y por eso los llamo. Nuestros balcones son una vergüenza.

-Señora, respire profundo, ha hecho bien en llamarnos. El entrenador encargado de mirar su caso no se encuentra en la oficina en este momento, atiende una plaga similar a la suya que hay en un centro comercial.

-La dirección es Calle 85 # 37- 04, edificio Campotenese ¿Cómo es su nombre señorita?

- Maryori Diazgranados ¿por quién preguntamos?

-Margarita Rosales, soy la administradora de edificio.

-En el transcurso de la tarde pasará a visitarle uno de nuestros representantes.

-Es usted muy amable.

-Con gusto señora.

Los halconeros prestaban un servicio social, o al menos eso decía la placa en la entrada del lote donde funcionaba la empresa. Desde la calle podían apreciarse dos contenedores superpuestos, habían sido modificados para albergar una oficina en

el segundo piso y una sala de atención al cliente en el primero. En el centro del jardín -entre árboles de *Azadirachta Indica*- estaba la jaula de diez metros de alto por cinco de ancho. Las aves eran esquivas al ojo humano y pasaban la mayor parte del día a la sombra del voluminoso follaje, excepto al atardecer, cuando se reunían en la parte alta de la jaula para presenciar la partida del sol.

La secretaria recibía a los visitantes con una sonrisa metalizada, les entregaba un formato, sin lapicero y los invitaba a completar el formulario. Los clientes en la sala de espera se pedían prestados los lapiceros para llenar los espacios en blanco del documento, apoyados en revistas de ornitología. Una vez diligenciados correctamente la secretaria sonreía hipócritamente, recibía el papel y luego pedía al cliente que esperara. Los casos eran estudiados por Dickson Gonzales, biólogo especializado en aves rapaces y propietario del negocio, quien, antes de tomar cualquier decisión se entrevistaba con el cliente. Pero ese día en particular, no era un buen día para tratar con clientes. Esa mañana uno de sus halcones amaneció muerto, tirado sobre la tierra con un tiro en el cuerpo. Venía recibiendo panfletos intimidatorios, pero nunca les prestó atención, hasta esa mañana. Va a llover hoy, pensó. Su padre solía decirle lo mismo cuando las cigarras parecían enloquecer por el calor. Él sabía que era solo una coincidencia con su ciclo de reproducción, así que se concentró en disfrutar el frío de la habitación. Levantó el citófono y le dijo a la secretaria:

-Atendamos a los clientes con los que ya nos comprometimos, pero no quiero que tomes más casos por ahora. No voy a arriesgar la vida de nuestros halcones. Necesito consultar a mi abogado antes de tomar cualquier decisión, si alguien llama estoy atendiendo un caso importantísimo.

El teléfono móvil vibró en el bolsillo de la camisa de Simón, uno de los halconeros:

-Plaga de palomas. Realice diagnóstico para determinar el número de ejemplares en la colonia.

Leyó la dirección que mostraba el mensaje, regresó el dispositivo al bolsillo y reanudó la marcha del vehículo. Para



después del almuerzo, se dijo. Entró a la zona de descarga del centro comercial. Recogió el halcón de alas rojas que llevaba los ojos cubiertos por una funda de cuero amarillo, lo subió al antebrazo protegido con un guante, cerró la puerta del vehículo, siguió a uno de los vigilantes de la seguridad privada que lo condujo por pasillos solitarios, subiendo escaleras estrechas y vertiginosas. Subió usando una mano, era parte de la rutina, así que no se afanó. En la azotea unas pocas palomas levantaron vuelo. Buscó un nido donde hubiesen huevos, quitó la máscara al halcón, lo acercó al nido y lo dejó picotear los huevos. El animal dio un salto y sorbió el contenido que se estaba desperdiciando. Hizo pausas esporádicas para mirar al cielo. El entrenador roció gasolina sobre los nidos y los encendió. El halcón levantó el vuelo y comenzó a perseguir palomas. Dos horas después bajaron del techo de la edificación dejando atrás veinte palomas muertas dentro de un saco. El vigilante que supervisaba la operación firmó la planilla y los acompañó -al pájaro y su entrenador- de vuelta al vehículo. Simón guardó el ave rapaz en la parte posterior la furgoneta, dejó abiertas las puertas del vehículo para que se ventilara la jaula, miró al guardia de seguridad y le dijo:

-Dígale al personal de limpieza que las recojan antes que se endurezcan, sino les va a ser imposible separarlas, ni qué decir de transportarlas. Ellos ya saben cómo es, tenemos un acuerdo en relación a este tema.

-Pensé que ustedes se encargaban de llevarse los pájaros muertos.

-Generalmente lo hacemos, pero las políticas de seguridad del centro comercial impiden que una cuadrilla de hombres, que no sean empleados del lugar, suban al techo.

Cerró las puertas, subió las ventanas y encendió el aire. Dejó al vigilante alterado hablando por el radio, revisó que el ave de presa estuviera tranquila. Cuando llegó a la oficina, dejó al halcón en la jaula con sus compañeros de encierro, fue a lavarse la cara y a tomarse un té, antes del almuerzo.

Melisa Aguamanil, la veterinaria del turno diurno, estaba sirviéndose un café.

-¿Mal día?

-¿Alguno es bueno?

-No te entiendo. Tienes trabajo, no te pagan mal, y aun así vienes aquí cada día con esa actitud.

-Tú estudiaste para soportar ver sufrir animales, yo estudié para protegerlos y verlos en libertad, no para usarlos como esclavos para limpiar la ciudad de ratas voladoras.

-¿Y qué, vas a hacer algo al respecto?

-El karma se las cobrará. Yo no puedo hacer nada por los animales, no se está rompiendo ninguna ley. Nos podrían mejorar las condiciones laborales, desde hace dos años no hay día sin ajetreo, incluidos los fines de semana en los que nos programan limpiezas nocturnas... ¿y nos dan sólo 15 días de vacaciones al año? Por favor, esto es feudalismo.

Melisa le sonrió y le dijo:

-Te voy a conseguir una aspirina, ven conmigo.

-Quiero tomarme un café, y más que una aspirina necesito un masaje.

-Yo de masajes no sé nada.

-¿Nada en absoluto?

-No

-Yo suponía que tú intuías la forma de hacer todo bien.

-Tú no cambias, solo piensas en eso.

-¿Existe algo más gratificante y perfecto que dos cuerpos desnudos recorriéndose con curiosidad lujuriosa?

Se miraron hasta que Melisa desvió la mirada, se levantó y fue por su almuerzo, regresó con la bandeja y se sentó en el mismo lugar que ocupaba antes. Luego de almorzar y dormir

la siesta en una de las sillas de la sala de espera, Simón fue por las planillas para realizar las visitas evaluativas que tenía programadas para la tarde. Llegó al edificio en cuestión, timbró y preguntó por la administradora. La señora lo recibió, y subieron a la azotea. El experto recorrió el lugar llenando la información requerida en la planilla creada para medir el impacto de las palomas en el inmueble afectado.

-Parece una colonia próxima al centenar de ejemplares. Hay nidos en calados, salientes, en los balcones para aires acondicionados. También hay heces de rata cerca de los nidos.

Siguió el rastro de los excrementos. Anotó algo en el formato apoyado en una tabla plástica con gancho metálico. La señora, asqueada, regresó con los brazos cruzados hasta la puerta de acceso a la azotea y permaneció observante, con la nariz arrugada.

-Señora, tiene un problema de palomas y de ratas. Nuestros halcones pueden con la colonia de palomas, aproximadamente nos tomará dos noches eliminarlas. Para las ratas necesita un exterminador, podemos recomendarle uno, si desea.

-Ay mi Dios, qué problema vivir junto a un restaurante. ¿Y cuánto costará deshacerse de las palomas?

-Depende, cobramos 5.000 pesos por cada paloma muerta, digamos que son cincuenta, serían 250 mil pesos. Nos encargamos de llevarlas a un relleno sanitario, sin ningún costo adicional.

-¿Eso es lo mínimo?

-Señora, tendremos que trabajar con varios halcones, no podemos usar la misma ave por más de dos horas, es una política interna de la empresa. No queremos a la sociedad protectora de animales denunciándonos por abuso. Usted entiende.

-Está bien, ¿Dónde firmo?

-Aquí. Recuerde que debemos agendarla y que hoy mismo se le avisará el día en que comenzaremos el trabajo.

Simón volvió a su vehículo, antes de arrancar anotó en el formato: Colonia de unos cien ejemplares, dos noches de trabajo. También hay ratas, no vi ninguna, pero encontré mucho excremento.

A la mañana siguiente la administradora del edificio recibió la llamada esperada:

-Buenas tardes señora, soy Dickson Gonzales, gerente y propietario de Halconeros. La estoy llamando para saber si habría algún problema con que trabajásemos la noche del viernes.

-¿Viernes de carnaval?

-Señora, sería ideal, mucha gente sale de la ciudad esos días, lo cual haría aún más discreta nuestra presencia.

-Claro. Entiendo.

-Si le parece, vaya conversando con los vecinos, nosotros la llamamos mañana y nos cuenta qué concluyeron. Nosotros nos reuniremos hoy a planear la estrategia para eliminar su numerosa colonia de palomas.

-Está bien.

-Señora, me informaron también que tiene un problema de roedores. Le recomendamos que un par de semanas después de nuestro trabajo busque a especialistas en esa área. Si le parece, luego le recomiendo a un conocido que puede hacer el trabajo. En todo caso, quitaremos los nidos y dejaremos veneno, eso ayudará a reducir la población de ratas.

-¡Jesús de Nazaret y las enfermedades venéreas que le transmitió María Magdalena!, parecen las plagas de Egipto.

Luego de colgar, Dickson se reunió con su equipo de ocho personas. Los empleados tomaron asiento en la sala de espera, mientras los halcones revoloteaban en su jaula buscando un lugar donde dormir. Maryori trajo una caja con pasteles recién horneados, unos rellenos con dulce de guayaba, otros de carne, pollo o queso. Los empleados aclamaron la iniciativa y atacaron sin sutilezas, usando servilletas en vez de platos. La

mayoría comenzó masticar sin esperar a que Maryori trajera las bebidas gaseosas reglamentarias. Armando comió y esperó a que todos acabasen, luego los miró y les dijo:

-El viernes de carnaval, pasado mañana, está programada una cacería. Los primeros cinco voluntarios reciben una bonificación en efectivo. Cuando amanezca el sábado esa colonia tiene que estar empacada y despachada hacia el relleno sanitario. Otra información más: Usen guantes, anteojos, tengan cuidado, hay excremento de las ratas por todos lados. No queremos otro episodio de leptospirosis como el del año pasado. Perdimos un buen trabajador, una buena persona.

La tarde del viernes se fue en subir las cosas necesarias. Al amanecer del sábado soltaron a los halcones y luego de recoger los cadáveres de las palomas rociaron veneno en los rincones. Cuando venían de regreso del vertedero fueron abordados por dos vehículos blindados de vidrios oscuros. Los halcones se pudrieron en sus jaulas.

### III

De la lluvia de estática que ocupaba la pantalla del televisor salió, como atravesando la cortina de un teatro, el presentador estrella de Fenómeno TV:

*Hoola amigos y amigaas -mostró los dientes blancos casi perfectos, algunos rumoraban que eran una prótesis, igual que sus uñas barnizadas- vengo a hablarles del dispositivo de realidad virtual interactiva. Somos los primeros en ofrecerte una programación televisiva en la que prima la experiencia personal. Podrá ser quien desee, podrá ir a donde guste sin salir de casa. Ordene nuestro servicio, iremos gustosos a implantarle el chip en la comodidad de su casa, con absoluta discreción y sin recargo.*

Le hicieron un acercamiento hasta los ojos de cordero que ocultaban los de un verdugo. Hizo una mueca para formar el hoyuelo distintivo, arqueó la ceja izquierda y continuó:

*Es momento de ver sus sueños hechos realidad, no lo piense más: Adquiera Fenómeno TV por solo \$99.95. Medio millón de personas usan nuestros chips. Experimente usted mismo la nueva experiencia televisiva. ¡Llame a los teléfonos correspondientes a sus países, nuestras operadoras tendrán el gusto de atenderlo!*

Apareció un catálogo de banderas acompañadas por números telefónicos. Dos minutos después, una voz femenina salió del televisor:

*- Para volver a nuestra programación pulse Salir.*

La pantalla se apagó, la sala del apartamento quedó en penumbras. El sensor de movimiento del dispositivo Fenómeno TV se reinició cuando percibió que alguien estaba acostado en el sofá cama. Volvió a aparecer el presentador en la pantalla. La silueta

humana en el sofá roncaba. Medio inconsciente estiró la mano y dejó presionado el botón de encendido del control remoto. La oscuridad y el silencio volvieron a pesar durante unos minutos. Edward dio vueltas queriéndose dormir de nuevo pero el calor acumulado en el sillón terminó por despertarlo. Se sentó, estiró los brazos, se levantó y fue hasta la ventana más cercana. Traía puesto sólo uno de los calcetines, pantalones cortos de atletismo, camiseta manga corta de botones abierta hasta el pecho, los pocos pelos que aún le quedaban sobre la calva estaban despeinados y tenía los ojos enrojecidos. Se miró los pies, bostezó. Chasqueó los dedos porque recordó que debía pagar la cuenta de Fenómeno TV. Fue a la cocina con una sonrisa pintada en sus labios, los ojos casi cerrados y arrastrando los pies. El cuerpo le pedía café, pero la migraña con la que se estaba despertando últimamente se lo impedía. En las últimas dos semanas le había pasado seis veces. Según le explicaron los del servicio al cliente de Fenómeno TV la migraña se producía por excederse en el uso del dispositivo. Se imaginó el chip sobrecalentado insertado en su cerebro y tuvo calosfrío. Se sirvió hielo y agua del grifo, bebió el contenido, dejó el vaso y metió la mano en el gabinete alto buscando la caja de cereal de arroz inflado cubierto de chocolate. Recordó la imagen de uno de los roles representados la noche anterior, el cazador de lagartos. Se miró la mano donde recibió la mordida. La piel, aparte de amarillosa, no presentaba nada extraño. Sin embargo recordaba con vivacidad cómo los dientes desgarraron su carne para dejar libre en el torrente sanguíneo el viscoso veneno destructor de nervios, tejidos y órganos vitales. Resopló, sintió un palpito en la cien. Acercó su mano lentamente a la caja amarilla con cereal y la sacó en un parpadeo. Se pasó la mano por el parietal, del lado derecho, y sintió la pequeña muesca cicatrizada. Sudaba por la frente, los sobacos y la espalda.

Encendió el último cigarro de los que había enrollado la noche anterior, fue hasta la ventana, la abrió y se sentó a fumar en una silla mecedora. Permaneció unos minutos rascándose la cicatriz. Sentía que el chip se calentaba cada vez más y deseó no habérselo puesto. Corrió y bajó los controles principales de energía del apartamento y por consiguiente de Fenómeno TV. Terminó el cigarrillo y reflexionó. Su vida tenía sentido gracias a ese dispositivo tecnológico, estaba seguro que nunca lo dejaría.

Calculó cuántas horas al día pasaba encerrado en su apartamento fingiendo ser otro. Se divertía, le servía de escape de la rutina, incluso lo veía como entrenamiento mental. Los fines de semana se conectaba de diez a doce horas cada día, en las vacaciones era cuando menos descansaba, unas tres horas cada noche. El resto del año trabajaba de ocho a cinco como oficinista en un instituto deportivo. Cuando salía pasaba por el supermercado, llegaba al apartamento, organizaba los víveres, se servía tragos de ron, hielo y coca cola y revisaba las libretas de bolsillo numeradas que llevaba almacenando desde hacía unos cinco años. Elegía dos al azar y entre sus ocurrencias combinaciones de personajes excéntricos y situaciones hipotéticas buscaba unos que sirvieran para la ocasión. Generalmente comía su porción mediana de proteínas, vegetales y carbohidratos sin procesar, acompañados de una bebida con proteína de clara de huevo, mientras contemplaba los pros y los contras del reto. Después de un café se sentaba en el sillón, hacía un plan de juegos y se conectaba de cuatro a seis horas cada noche. En la mañana, después de desayunar y bañarse, sacaba la basura y se iba a trabajar.

Dejó el vaso con agua tornasolada en la mesa, pero luego el recipiente huyó por un sendero de malvaviscos boyantes en café humeante. El refrigerador hizo como un oso polar. El humano creyó estar convirtiéndose en un albino y se desmayó. Sintió de caía dormido sobre un montículo de plumas blancas de cisnes escaldados. El olor lo sugería.

Despertó -no supo bien cuánto tiempo después- con un presentimiento que le erizó los nervios. Estaba arropado, en su cama. Unos pasos pesados por el pasillo le oprimieron el corazón. Le sobrevino una arcada que el estómago supo contener. Mientras dormía se había mordido la lengua y notó que sangraba. Se sentó en el borde de la cama con los pies plantados en la alfombra blanca; sintió náuseas cuando las fibras del tapete tocaron su piel. Fue descalzo hasta el refrigerador, oyó a la perfección las micro fracturas del hielo que puso en el vaso cuando le sirvió un poco de agua del grifo, el sonido lo hizo estremecerse, bebió como quien bebe sales de fruta. El sabor le recordó los jarabes que le daban en la infancia. Recordó que un rato antes había oído pasos, reflexionó al respecto. Supuso que sería la misma resaca. Buscó dónde sentarse. Bebió el agua helada y



permaneció meditabundo, con la ventana abierta y los ojos cerrados para que los ruidos provenientes de la calle le dibujaran la panorámica real de la situación. Oyó una lechuza que atravesaba volando el cielo gris. Vio que la piel del dorso de su mano era como un desierto barrido por el viento. Corrió a cerrar las ventanas del cuarto para que la brisa no lo desintegrara, cuando terminó regresó a su cama. Durmió hasta que un estrépito en la calle lo arrancó de la protección ofrecida por las sábanas. Los ojos le dolían, tenía la visión nublada. Por entre las ramas de los árboles logró distinguir un camión cisterna volcado en medio de la vía, un líquido oscuro, rojizo, manaba de él y se escurría calle abajo. Unos borrachos amanecidos vestidos con camisas de colores vivos y sombreros de campesino intentaban sacar al conductor herido que estaba atrapado en el camión. En los edificios vecinos se asomaban rostros atormentados, algunos gritaban pidiendo ayuda. Un calvo barbudo con barriga cervecera y pelos en pecho, hombros y espalda, estaba apoyado en la baranda del balcón de su apartamento gritando incoherencias.

En el cielo Edward vio un arcoíris a blanco y negro. Se pasó las manos por los ojos, cuando volvió a abrirlos se sintió bajo el agua, los árboles danzaban como algas melancólicas por la vecindad de la tormenta. Sintió que todo iba en cámara lenta. De la calle llegaban los lamentos de un indigente arrinconado por perros hambrientos que lo devoraban vivo. Los gritos parecían cebar a los perros; giraban en torno al cuerpo para ablandarlo a dentadas. Edward buscó su corneta para el estadio y la asomó por la ventana. Los animales se asustaron con el sonido, pero luego de calcular mejor los riesgos, uno que tenía aspecto de hiena decidió terminar con la vida de la presa de un mordisco en el cuello. Lo arrastraron hasta el portal de una casa para protegerse de la lluvia y comenzaron a comer, los ruidos de la ropa y la carne desgarrada llegó hasta Edward. Sintió náuseas, se sintió ebrio de algo más fuerte que él. Corrió al baño, tropezó con la pata de la cama y se fue de boca contra el escaparate donde guardaba la ropa interior. Tirado en el suelo hizo una evaluación de los daños, movió cada una de sus extremidades lentamente. Nada. Se levantó, vio que su meñique izquierdo estaba en carne viva, su hombro derecho le dolía y en la cara comenzaba a formársele un moretón. Por la ventana entraron los gritos de un hombre que pedía ayuda, hubo cuatro disparos y luego todo que-

dó en silencio. A la distancia, en dirección al río, divisó una espesa columna de humo negro. El que amaneció fuera de su casa está perdido, pensó. Dos tiros sonaron en la calle donde estaba el camión cisterna. Los gritos se tornaron un coro de lamentos, quiso ir a ver qué sucedía, pero sentía que se iba a desmayar. Apoyó su espalda en la pared y se deslizó hasta quedar sentado. Recordó la bolsa con las medicinas que tenía en su armario, a gatas fue a buscar algo que lo hiciera sentirse mejor. En la calle unos soldados que iban patrullando a pie con fusiles Galil terciados sobre el pecho hablaban con los dos tipos de las camisas de flores. Señalaban a algún lugar entre las decenas de edificios de la zona. De los edificios vecinos llegaron insultos y gritos de auxilio. La cuadrilla permaneció en la escena hasta que el agua del arroyo comenzó a arrastrar el vehículo. El cadáver del desconocido conductor sin suerte no sintió la diferencia.

Las sirenas provenientes de extremos opuestos de la ciudad hicieron llorar a Edward. Urbán Beleño se había hecho reelegir luego de dejar que su protegido fuera presidente, para probarlo. Todos los demás presidentes de la región habían desarrollado cáncer, menos él. Ahora todo tenía sentido.

Ese maldito es “El Patas” encarnado, sabía que algún día intentaría controlarnos, pero nunca imaginé que fuese más allá de los púlpitos y televisores, se dijo en voz baja.

Un par de horas después despertó dormido sobre un tapete. Se sentía un poco mejor. Por lo menos estoy en casa, pensó. Le apeteció comerse una mandarina. Fue a la despensa; tenía enlatados para un par de días. La carne fresca que el día anterior había comprado le preocupaba. Tendría que comérsela esta misma noche, pensó. Caminó y verificó que el gas funcionara, cuando lo hizo decidió que se iba a hacer unos huevos revueltos con carne desmenuzada recién asada. Se puso en la tarea de comer y olvidó la mandarina. Al terminar, llevó los platos a la cocina y los lavó. Se sintió la barriga como la de los viejos cerveceros que caminan como mujeres embarazadas, como en bajada, con la espalda arqueada para hacer contrapeso al sebo acumulado entorno al ombligo. Revisó la despensa: tenía velas, mecheras, cigarrillos, café, un galón de agua filtrada, varias botellas de vino, no había azúcar. La ansiedad dibujaba en su mente una tasa de ese

café cultivado por indígenas de la Sierra Nevada. Fue hasta la habitación, se calzó unos zapatos deportivos, aseguró las llaves del apartamento en uno de los bolsillos, buscó un pocillo grande y un cuchillo de filetear, envolvió el filo con servilletas y se lo acomodó en el bolsillo trasero del pantalón corto. Bajó donde el vecino del 403, un neurótico lisiado que le entreabrió la puerta, le preguntó qué deseaba fingiendo voz de anciana y empuñando un revolver 38 corto detrás de la puerta. Se reconocieron y el del 403 le repitió la pregunta, pero con voz grave.

-¿Qué quieres?

-¿Me puedes regalar azúcar?

-Puedo, -bajó el arma- entra y siéntate, estoy viendo el desfile en directo. Supongo que también bebiste agua del grifo.

-¿Tanto se me nota?

-Solo lo notará quien no esté como tú.

-¿Tu no bebiste o te bañaste hoy?

-No con esa agua. Entra, ya te traigo el azúcar.

En la televisión a blanco y negro eran distinguibles personas que parecían bocetos pintados por un caricaturista. A pesar de la mala señal podía verse una porción del caos generalizado. Una cámara del noticiero del Canal Escorpión transmitía en directo, al parecer por accidente. Edward le entregó la tasa, Gregorio la recibió con la mano desocupada, entró murmurando a la cocina:

-¡Maldita la hora en que me quedé en este moridero de mierda!

Gregorio golpeó un par de veces la puerta del gabinete blanco con la cache del revólver.

- Tengo medicinas solo para una semana, ¿que voy a hacer después?

Gregorio caminó hasta donde Edward y le entregó la

taza rebosante de azúcar. Estupefacto la recibió, abrió la boca para dar las gracias pero lo que vio en la televisión lo distrajo: un camión cargado de personas arrolló al río de disfrazados embriagados que corrían confundidos bajo el sol, al ritmo de la música programada por Las Fuerzas de Control. Algunos alcanzaron a saltar del camión pero la turba reaccionó atacando el vehículo, lo volcaron, le arrancaron los brazos al conductor y le prendieron fuego. La turba frenética corrió al oír las sirenas de la policía, cientos de mujeres, niños, ancianos y jóvenes murieron aplastados. El vehículo explotó y unos minutos después la señal de Fenómeno TV fue interrumpida. Un anuncio escrito sobre un recuadro amarillo atravesó la pantalla de derecha a izquierda: *Por motivos técnicos Fenómeno TV estará fuera de servicio durante unos minutos; por favor no se impaciente, trabajamos para mejorar el servicio.*

-¿Tú te imaginas cómo debe estar la cabeza de quién esté conectado en este momento?

-A estas alturas deben haber muchos muertos. Es bueno saber que no soy el único en esa pasarela al matadero.

-Yo tenía que recoger hoy mi prescripción. Ahora dependo de un poco de yerba.

- Lo mejor es eso, tómalo con calma que esto va para largo.

Gregorio activó el percutor del arma, entreabrió la puerta y se asomó, Edward salió y la puerta se estrelló detrás de él. Las manos le temblaban y el azúcar comenzó a derramársele. Sentía gotas gordas resbalándole por la cara. El azúcar comenzó a verse amarillenta, las vetas azuladas destacaron en los escalones, la pared opaca se tornó amarillo calabaza. Las hojas de los árboles de la calle le parecieron cubiertas de escarcha, sintió que sus fuerzas eran insuficientes para procesar todo lo que estaba sintiendo. Cerró la puerta de su apartamento con la clara convicción de que las hojas de los árboles brillarían esa noche. Sonrió, pero su sistema nervioso lo hizo sentirse culpable de disfrutar la intoxicación, las oleadas de tormento para los sentidos parecían no tener fin. En su apartamento el ruido proveniente de la calle le pareció insoportable y revelador, prefirió cerrar todo, ence-

rrarse en sí mismo. Aseguró la puerta principal con los tres cerrojos y se sentó a fumar en el sofá de la sala. Recordó que tenía guardado un viejo cuchillo de campaña, de los tiempos en que jugaba Airsoft. Sonrió, se sintió más tranquilo. Tarareó *Hurt*, de Jhonny Cash. Las cenizas y el pucho aplastado quedaron en el cenicero, Edward volvió a la cama y soñó que un anarquista había liberado a los animales más temidos del zoo. Vio cómo los animales visitaban sitios con música estridente, primero bebían y pretendían pasar desapercibidos, luego asesinaban a los borrachos ruidosos, especialmente a los de barrigas infladas por la dieta popular entre los bebedores de cerveza: sopa de tubérculos y carnes, embutidos o fritos. Un par de horas después lo despertó una rama que golpeaba su ventana. La brisa de la tormenta tropical movía los árboles como metrónomos. El cielo plomizo era espeso como una nube de humo expulsada por un camión movido con combustible diesel. Recordó lo que vio en la televisión de Gregorio, para los que estaban en la calle todo ese caos había sido como el purgatorio. Se sentó en la cama, aún sentía náuseas. Pensó en las personas drogadas que a esas horas arrastraban sus miedos sobre el cemento, preguntándose por qué ningún dios respondía a sus plegarias. Edward sintió la pared de agua cada vez más cerca, calculó que si el tiempo entre trueno y relámpago era de diez segundos, la tormenta estaría a unos veinte minutos de distancia, a unos veinte kilómetros de ahí. Las primeras gotas de lluvia que chocaron contra los cristales sonaron como granizos. Los aullidos de las ambulancias le regresaron la esperanza a Edward, era un alivio saber que por lo menos seguían trabajando los servicios de emergencias. Cerró la ventana luego de analizar el vuelo de unos pájaros despavoridos que huían del temporal. El vecino del piso de arriba vomitó por el balcón. Edward permaneció estático, temblando. Nadie los salvaría, el líder del país era un saqueador neocolonialista de cuarta generación. Quiso llorar pero no le salieron lágrimas. Fue al baño y se miró al espejo: No había nada familiar en su rostro, el reflejo del espejo estaba vacío de su esencia.

-El niño interior está asqueado del adulto que soy. No tengo familia, nadie me va a extrañar, no tengo a quién alegrarle la vida, si desaparezco nadie me extrañará.

Lo pensó con la mirada fija en el reflejo de sus ojos. Se

dio una ducha y cuando terminó sintió un fuerte remordimiento. Sintió que su piel se convertía en manantiales de montaña. Llegó nadando a su cama, se desnudó y volvió a acostarse. Su mente lo llevó hasta el tranvía panorámico recién inaugurado que hacía la ruta Bellaquería-Puerto Serpiente. A los trenes los imaginó volcados y desbalijados. Recordó que hace unos días un circo había llegado a la ciudad. Visualizó a los tigres albinos aterrizando a sus entrenadores. Recordó a los animales del zoológico, era cuestión de tiempo antes de que se escaparan o murieran de hambre. Se rascó el cráneo, más o menos por donde debería estar el chip. Comenzó a oír un sonido de estática intermitente, un pitido repetitivo lo hizo acercarse al control remoto para sacarle las baterías. En la pantalla negra apareció en letras amarillas: Dispositivo Fenómeno TV activándose con batería de reserva. La programación comenzó ofreciendo un menú de alternativas, en ese momento se estaba ofreciendo gratis las parodias de series de 1980. El cerebro de Edward tomó una decisión y la banda sonora comenzó a marcar la entrada triunfal de McGaver. Se sentó en el sillón, metiendo una almohada como apoyo en la zona lumbar de la espalda y se dejó ir en la proyección.

Era de noche en la selva tropical. Los insectos nocturnos armaban una sinfonía no apta para supersticiosos; llovía afuera de la plataforma construida entre las ramas altas de los árboles. Bajo el techo de hojas que hacía las veces de refugio, una colmena de termitas servía como leña y el humo que despedía funcionaba como repelente contra los insectos. Junto al fuego un machete cromado relucía, en su reflejo platinado era posible ver la silueta deformada de una persona. Un trapo negro rodeaba su cabeza para detener el sudor que bajaba por su frente, masticaba un pedazo de la zarigüeya rostizada sin quitar la mirada de los tabloncillos con los que estaba construido el piso del refugio. Edward sintió miedo, quiso voltear, pero su cuerpo estaba paralizado. Pudo mover sus ojos y con la mirada periférica vio una sombra que se aproximaba, escuchó su respiración agitada y olfateó el pestilente e inconfundible olor de quien hace mucho no se ducha. Deseó escupir el bocado que su boca seguía masticando, pero apenas si podía concentrarse para respirar. Luchó dentro de sí para desembarazarse de su rigidez; logró zafarse de la parálisis justo a tiempo para evitar que el cuchillo atravesara su cuello. En su camino al suelo golpeó con las ramas y la materia

orgánica en descomposición que alfombraba la selva amortiguó la caída. Una lluvia de estática lo despertó de la visualización. Sangraba por la nariz y su mano derecha sufría convulsiones. No pudo moverse de lo adolorido que estaba, especialmente en su mano derecha. Maldijo a Urbain Beleño por todo el daño que le trajo a la población con sus mentiras vestidas con trajes elegantes. Estaba en el suelo, empapado por el agua que entraba por la ventana. La electricidad había regresado. Estaba abatido. Corrió a cerrar las ventanas y resbaló. Permaneció tendido en un charco de lluvia helada que se había colado por la ventana a medio abrir. Se giró y quedó sobre su espalda, el agua que le caía en la cara le supo a *Smog*. El teléfono sonó una docena de veces pero a pesar que lo intentó, no logró levantarse. Lloraba con los ojos cerrados. Intentó sentarse pero el dolor lumbar lo inmovilizaba. Imaginó que contestaba y un rayo lo electrocutaba, le dio risa pero el dolor se agudizó y dejó de ser gracioso. Se arrastró lejos del agua. Lloró más por su suerte que por el dolor físico, cuando se sintió mejor se levantó, cerró las ventanas y se fue a cambiar. ¿Cuántas horas más va a durar esto?, quiso saber. Por lo menos no tenía que atravesar arroyos mortales para llegar a casa, pensó. Se secó y se vistió con ropa abrigada. Unos relámpagos hicieron contacto con los pararrayos de los edificios vecinos. Estaba al borde del sueño cuando se preguntó si el chip no los atraería. Con su suerte era posible, pensó. En el apartamento del vecino de arriba la señal de Fenómeno TV se activó. No había nadie en la habitación. En la pantalla apareció un mensaje en letras verde que decía: Conexión remota exitosa. Las letras verdes desaparecieron y en cambio surgió una franja amarilla en la parte inferior de la pantalla. Unas letras negras desfilaron anunciando:

*Durante las tormentas eléctricas es preferible desconectar los sensores de Fenómeno TV, las consecuencias por no escuchar nuestra recomendación podrían ser la electrocución, episodios de esquizofrenia o incluso una lobotomía accidental.*

Edward no supo de ese mensaje. Lo despertaron sonidos cíclicos de baja y alta frecuencia. Fue a la ventana, sintió caliente el chip en la parte posterior del cráneo, imaginó que sólo metiendo la cabeza en la lluvia lograría calmar el ardor. Calavera, el caza fenómenos, apareció en el pasillo envuelto por las sombras, lo agarró por la pelusa que cubría su cabeza y lo llevó hasta

la cocina. Le hizo acostar sobre el desagüe, sacó su bayoneta y le pidió que se arrodillara. Edward obedeció. El desagüe recibió el tibio líquido vital. Lluvia de estática. Una centella impactó el pararrayos y todo el edificio quedó sin energía. Los ruidos de la calle ocuparon el silencio.



## IV

Jessica decía que su nombre no tenía fuerza. Victoria le resultaba más estimulante, le subía el ánimo, le aumentaba la confianza, por eso se lo cambió. Sus padres esperaban verla graduarse de médica, pero el segundo año se cansó y se fugó al Amazonas. Habían pasado veinte años desde aquel escape, ahora vivía en Porto Alegre y vino a carnavalear y a saludar a la familia.

La mañana del sábado despertó con una resaca que parecían tres. No había electricidad para refugiarse en su confinamiento con aire acondicionado, se arrastró hasta el baño, vio cómo amanecía con la cabeza apoyada en el retrete, luego de vomitar. Se alegró de estar viva, se sintió un poco mejor, por lo menos no era un día soleado. Se lavó la cara, hizo gárgaras y volvió a la cama. Al sentarse sobre la colcha sus manos comenzaron a percibir la tela de otra forma: su piel y la ropa de cama se comunicaban, eran viejos conocidos y querían amarse. Por eso a los humanos les gustaba tanto dormir, pensó. Se miró las manos, las cerró varias veces con lentitud, sentía la piel algodónada, tenía sed y la boca reseca. Pestañeó con la calma inducida por la sustancia, bostezó. En su estómago sintió que se formaba un vórtice de energía, como si en vez de tripas tuviese una dinamo. Comenzó a hiperventilar, las rodillas comenzaron a temblarle y le dieron ganas de cagar. Caminó apoyándose de la pared, arrastrando los pies, mirando el suelo por entre el cabello grasoso. Se metió a la cama temblando y se cubrió con el edredón. Miró la ventana cerrada, caía un diluvio. Los relámpagos se desplazaban por las nubes como dibujando ramas de un árbol de luz, lo que hacía que se proyectaran sombras de formas variantes en las paredes de la habitación. La batería del celular estaba muerta. Café y cigarrillos, eso ayudaría a soportar este encierro, pensó. Había dejado de fumar cuando le encontraron una mancha en el pulmón derecho, pero cada tanto se antojaba y tenía que luchar para no recaer. Pensó en sus hijos de siete y nueve años, se sentó

al borde de la cama. Un camino de hormigas negras subía por la pared y desaparecía por una grieta en la parte superior del muro. Tomó un poco de agua del vaso que estaba sobre la mesita de noche, se levantó para ver cuál ventana se podía abrir para dejar entrar algo de aire fresco, pero prefirió evitar el esfuerzo. Optó por ir a la cocina y se sirvió cereal con leche. Abrió la ventana del cuarto de servicio y se sentó en una silla plástica a masticar las hojuelas de maíz cubiertas de chocolate. El arrullo de unas palomas metidas en una saliente sobre la ventana comenzó a irritarla. ¿No venían los exterminadores hoy?, pensó. Un rayo caído en las proximidades le hizo tirar el desayuno al suelo. Jessica resbaló y se golpeó la rodilla derecha, se le hinchó, se le puso morada, verdosa en los bordes. Estuvo llorando quince minutos. Luego buscó el plato en el suelo, pero no encontró nada, ni leche, ni cereales, ni el plato roto. Desconcertada volvió a sentarse en la silla. Un agudo pitido la hizo hacer un ovillo con su cuerpo, con la manos intentó taparse los oídos. Tenía los ojos desorbitados. Gritó como un animal cuando vio que Calavera la miraba desde la puerta de su cuarto.

## V

Escondido en un armario un hombre luchaba contra el sueño. Un trueno lo había despertado un rato antes y sabía que repetiría el susto. El marido de Helena salió de entre las sábanas, fue al baño y luego a la cocina. Víctor miró por las rendijas del armario, esperando que el marido, un militar palenquero aficionado las películas de Wesley Snipes, no viniera a cambiarse el uniforme pixelado por ropa de civil. El esposo volvió de la cocina con unas mandarinas, las comieron románticamente y luego tuvieron sexo otra vez. Víctor venía trabajando a la mujer desde hacía unas semanas, cuando le trajo un pedido en su moto. La pareja cumplió su décimo aniversario, él en el monte, ella sola y desconsolada. El año anterior había sido porque estaba en una selva “peleando por la paz del país”, dos años atrás fue un seminario de Krav Maga en Israel. Estaba segura de que en un par de días recibiría la llamada en la que él se disculparía o un funcionario del gobierno le avisarían de su muerte por acciones heroicas. Apenas si tuvieron suerte de oírlo entrar a la casa mientras reposaban acurrucados y sudados tras el clímax. Ella alcanzó a quitar la ropa de cama y la metió en la ropa sucia, abrió las ventanas mientras el amante se encerraba en el armario. Ella fue al baño y se duchó. El agua tenía un sabor metálico, los ojos le ardieron. Sintió que su sangre transportaba electricidad, sus pezones se irguieron. Regresó a la habitación desnuda, con la cara mojada y sonriente. El esposo estaba pasmado con su belleza; no dijeron nada, se miraron, ella siguió su ritual de belleza mientras él se desnudaba. Se acostó en la cama con una toalla enrollada en la cabeza y se dejó poseer por su marido, que tenía cinco semanas sin verla.

El joven encerrado en el closet luchó contra el sueño todo lo que pudo, pero el sonido de un dispositivo eléctrico, parecido a una máquina afeitadora, junto con los gritos de placer, producían una somnifera melodía. Luego del segundo asalto llevó al esposo hasta el baño. Se besaban bajo la ducha cuando creyeron

oír un estruendo en la habitación. Se miraron y se vieron como sapos sin verrugas.

-Eres horriblemente hermosa.

-Tú también.

-Creo que hay algo en el agua.

-¿Crees?

Ambos oyeron golpes violentos en la puerta del baño. Imaginaban que un tipo greñudo de dos metros estaba al otro lado de la puerta.

-¡Es él!

-Sí. Creo que sí.

-¿Crees?

El militar arrancó el tubo de aluminio que servía de toallero y abrió la puerta para atacar a Calavera, por accidente dejó inconsciente a su esposa. El militar rodó sobre su espalda y chocó contra un mueble. Despertó pegado al endurecido charco de sangre, las ratas lo rodeaban, le habían mordisqueado las orejas y la nariz durante media hora.

Víctor salió sigilosamente cuando vio que la ducha seguía corriendo la puerta estaba abierta y reinaba un apacible silencio. Supuso que estarían haciendo alguna morbosidad y prefirió salir mientras pudo. La calle era un hervidero de anarquía.

## VI

Un anciano de barba blanca, con anteojos negros y vestido de blanco, bajó de su yate plateado de treinta metros de eslora. Lo acompañaban dos jóvenes caucásicas con apariencia de modelos cocainómanas y cuatro orientales albinos con lentes de paracaidista de cristales plateados. Los botones en pantalones cortos y camisas floreadas se aproximaron al muelle con celeridad, en unos vehículos todoterreno con apariencia de carros de golf. En el vestíbulo del hotel El Pulpo, en la cima del farallón de Puerto Serpiente, el administrador coordinaba el recibimiento de sus siempre inesperados pero bien conocidos clientes. Entre sus excentricidades estaban el gusto por la carne de caimán en vez de la de res, así como el uso de huevos de avestruz en vez de huevos de gallina. Llevaban consigo docenas, en un refrigerador instalado en el estómago del yate. Lo que más trabajo les daba era que parecían nunca necesitar dormir, permanecían activos día y noche. En las horas sin sol era cuando más productivos se hacían. Los que les servían los alimentos y bebidas los encontraban siempre concentrados en pantallas holográficas, estudiando, tecleando, hablando en idiomas que desconocían, aun siendo empleados familiarizados con los acentos.

Fueron transportados hacia la cabaña que siempre ocupaban. Los orientales se separaron y revisaron los alrededores, el viejo se descalzó bajo un árbol de hojas pequeñas pero abundantes -que ellos habían sembrado tres años atrás- y comenzó a hacer figuras de Tai Chi. Las mujeres se sirvieron vodka y salieron a beber a la terraza en silencio. Aunque Puerto Serpiente se veía distante, esporádicamente llegaban ecos de fandango y champeta traídos por las corrientes aéreas. Al amanecer del día siguiente, luego del baño matutino se sentaron junto a la piscina a esperar el desayuno de costumbre. A las siete de la mañana llamaron a preguntar qué sucedía con la comida. Nadie contestó. Cuando el efecto de la sustancia fue evidente, se encerraron en la cabaña a escuchar a Mozart.

## VII

Osnaider Solano amaneció jugando video juegos en línea. A las seis se fue a dormir luego de tomar un vaso de agua. Despertó a las cuatro de la tarde jurando que en sus tripas tenía un dragón de Komodo que le devoraba las entrañas. Lo sintió cuando iba hacia la cocina a prepararse el desayuno. Empujó la puerta y con ella se le fueron las fuerzas, se vio caer de frente contra el suelo. Estaba paralizado. Sintió el golpe en la cara y en las costillas. Vio la sangre salir de su boca, los ojos registraban cada detalle pero su cerebro no lograba ejecutar acción alguna. Pensó que quizás se había levantado muy deprisa y no le había llegado sangre al cerebro. Supo que era otra cosa cuando vio que su sangre se convertía en una maqueta del río Amazonas, supo que los minúsculos pájaros acuáticos de múltiples colores que volaban hacia el horizonte eran producto de su imaginación. Se durmió o desmayó, es difícil determinarlo.

Un par de horas después volvió en sí, se fumó un cigarrillo que le hizo toser con cada calada. Sintió la piel aterciopelada, imaginó que el dragón de Komodo mordisqueaba las tripas cada vez que entraba el humo a sus pulmones. Sin seguro médico no había forma de que lo examinaran, menos si llegaba gritando que tenía un lagarto dentro.

Sintió un retortijón en el estómago, como si el reptil hubiese frotado sus escamas contra las cavidades digestivas.

Esa noche, el mugroso apartamentico del centro de la ciudad fue invadido por las cucarachas y las ratas, lo olieron, saborearon, mordisquearon. Ardía en fiebre. En la madrugada se cortó el suministro eléctrico de la ciudad, el calor hacía irrespirable el aire. Al amanecer ya no respiraba.

## VIII

Javier Alacrón, presentador estrella del espacio publicitario *tele compras*, antes de morir aplastado por un reflector, grabó lo que luego se convertiría en un fragmento de historia apreciado por coleccionistas de gustos extravagantes. El encopetado y bien parecido presentador de piel bronceada, uñas esmaltadas y dientes blanqueados tomó el micrófono como lo hacía Elvis, con un bamboleo de la cadera.

*Hoy los visitamos en la intimidad de sus casas para ofrecerles los mejores inventos creados por nuestros científicos. Luego de una larga búsqueda a través de la selva amazónica y tras años de experimentación, polinización cruzada e hibridación, les traemos la **Vera Atrapamoscas**: Útil para eliminar esas incómodas moscas y los despreciables insectos rastreros. Compre media docena y se las dejamos a mil pesos –veinticinco centavos de dólar- cada una. Cada planta consume al mes unas cuatro mil moscas, en su defecto se alimentará de cualquier otra cosa que camine o repté. Permanezca tranquilo, si usted es propietario de mascotas pequeñas como chiguaguas o gatos siameses: Las plantas crecen máximo cuarenta centímetros. En cautiverio, como mucho, comerán ratones. Es ideal para acabar con las plagas dentro y fuera de la casa.*

*¡Ordene una Vera Atrapamoscas por el reducido precio de mil quinientos pesos; mil pesos si ordena media docena! Vera atrapamoscas, del Amazonas, pasando por nuestros laboratorios directamente hasta su casa. Llame ya.*

El presentador miró hacia arriba, alcanzó a decir “Mierda”.

Javier Alacrón dio todo en esa presentación. El traje brillante y su grasa de burgués endeudado hicieron que se prendiera como un fósforo. Cuando llegaron los extintores optaron por apagar el set primero, ya que el fuego se extendía.

El sábado de carnaval del año anterior ese comercial había sido un éxito de ventas, luego, cuando las cosas se salieron de control, esporas de Veras Atrapamoscas germinaron lejos de los ambientes controlados por los humanos. Con los años se extendieron y se volvieron parte habitual del paisaje.

# III.

Hambre de caza



## I

Dioscorides Agave, el alcalde de Puerto Serpiente pertenecía al Partido Independiente Ecosistema. En aquellos días Urbain Beleño era sólo un latifundista ambicioso que parecía no tener intereses en el Caribe colombiano, más allá de Montuna, ciudad de sus amores tropicales. Dioscorides y su equipo, de la misma forma que otros líderes y sus grupos de apoyo en otras ciudades de la costa norte colombiana, estaban haciendo una revolución verde con huertas comunitarias movidas con energías alternativas. Los vecinos podían cosechar lo que les hiciera falta. Entregaron mil paneles solares completamente gratuitos a las familias con más de tres hijos, los ancianos del pueblo nunca habían visto un político tan correcto y generoso. Las amenazas de muerte fueron más frecuentes a medida que el ritmo de trabajo aumentó y los progresos fueron visibles. Los chinos le subsidiaron mil paneles solares que entregaron a mujeres cabeza de hogar. Se establecieron las primeras calles peatonales con ciclo rutas y se hizo costumbre multar a los motociclistas que circularan por ellas. Dioscorides hizo desmontar los solares que eran propiedad del distrito, organizó cuadrillas de hombres y mujeres que colaban la tierra para sacarle las piedras, botellas y demás desperdicios que con los años se había acumulado en ellos. Por sus propiedades fertilizantes usaban hojas del árbol Nim, también llamado Lila India, Margosa, cuyo nombre científico es *Azadirachta Indica*. Las mezclaban con serrín y tierra negra, lo que les garantizaba productos saludables. Los vecinos pronto se interesaron, ofrecieron su ayuda y comenzaron a repetir lo visto -en principio a menor escala- en sus casas.

A Dioscorides no le quitaban el sueño las innumerables amenazas de muerte, o su fracaso matrimonial. Prefería despertar antes de la salida del sol y tomaba una siesta justo después del almuerzo. En la noche, luego de cenar, leía hasta que la media noche. Una mañana, a las siete, luego de dos horas de trabajo, se levantó del escritorio y se estiró plácidamente. Miró

a través de la puerta de cristal que lo separaba del balcón con vista al patio. Dos empleadas trabajaban, la más joven regaba las plantas, la señora barría bajo el limonero. Lucían uniformes impecables, zapatos limpios, estaban recién bañadas y peinadas con pulcritud. La menor de las dos tenía veinte años, era amante de las novelas de amor, creía en el horóscopo y en Jehová. Regaba con dedicación y cuidado los bonsáis de Dioscorides mientras tarareaba una canción que escuchaba en los audífonos de su teléfono, movía sus curvas tenuemente. Él contempló su baile, algo en su medida le gustaba. Realizaba cambios significativos para la región, pero su vida seguía estancada en el mismo lugar donde la dejó poco después de divorciarse: destinado al final flácido típico de quienes viven encerrados por razones de seguridad. La joven mulata recién bañada tenía unos ojos negros grandes y enternecedores. La otra señora, su tía, la dejó distraerse mientras ella barría el otro lado del patio. Dioscorides tenía cuarenta y cinco años, los últimos veinticinco los había dedicado a la política. Había sobrevivido a tres atentados a bala, un carro bomba, tres matrimonios, y a una quincena de amantes con la edad de sus hijas. Se sintió viejo, acabado. Ese cuerpo juvenil en armonía con el universo le hizo olvidar por un momento las nuevas amenazas de viejos enemigos y de nuevos contradictores. Recordó las demandas de sus ex esposas y las cuentas de gastos de sus hijos universitarios estudiando en otros países. Su rostro resplandeció en una sonrisa.

Dioscorides llamó al citófono de la cocina. La joven atondrada corrió para contestar.

-Buen día señor ¿en qué puedo servirle?

-Sólo un café, por favor. Muchas gracias. ¿Me recuerda su nombre?

-Julia Cimitarra, ¿con una de azúcar?

-Exacto, Julia, con una de azúcar. Por favor tráigame un jugo natural también, y si llegó el periódico me lo sube, por favor.

-Con mucho gusto.

Cuando entró en la habitación fue consciente de la leve erección que le provocó, no pudo dejar de verle a los ojos, los labios y la sonrisa sobre todo. Sintió que el cuerpo se aligeró y que un frío lo recorrió. Se despejó la garganta. El cuerpo pequeño, tonificado, y esos ojos tiernos, le devolvían la esperanza en el futuro de esta Tierra sobrepoblada de cínicos y especuladores. Le recibió el café y la invitó a sentarse en una silla, al otro lado del escritorio.

-El café está delicioso, me alegra que haya sido usted la que lo trajo. Sepa además que es la última vez que usted sirve un café a alguien más, exceptuando cuando lo haga con gusto y por iniciativa suya.

-¿Cómo así señor?

-Hoy descubrí que usted tiene un alma hermosa. Siéntese, hay algo que quiero decirle.

-Señor, me hace sonrojar.

-La vi regar los árboles y lo supe. Usted demuestra que como especie los humanos tenemos futuro.

-Su proyecto de los árboles es bonito, me gusta mucho, y espero poder participar en la siembra de los Bosques Lectores.

-De eso es que deseo hablarle. Espero contar con usted para que lidere ese proyecto desde hoy mismo, usted es la persona que necesito. Parece el tipo de *homo sapiens* que a futuro el planeta requiere.

-Señor Agave, ¿No me está molestando?

-Va muy en serio mi propuesta. Tendrá un sueldo como el que ganaría un profesional graduado.

-Pero yo no soy profesional.

-Se necesita llegar a adulto con buen corazón para hacer bien este trabajo, y usted ejemplifica eso.

-Entonces acepto.

-No se retire aún, me gustaría que siguiéramos conversando.

-Señor, pero este es su despacho, es su casa, mi tía me trajo de visita, ella debe estar pensando donde me habré metido ¿no cree que luego me van a decir algo?

-Así pudo haber sido, pero desde hoy no lo va a ser más. Desde mañana su único jefe soy yo. Julia, ¿ya desayunó?

-No señor, a eso me disponía después de regar.

-Entonces mejor veámonos a las nueve, por favor traiga dónde escribir y, si le parece, póngase fresca, ese uniforme no lo va a usar nunca más en su vida. Traiga ideas, y ayúdeme a cumplir ese sueño. ¿Cuáles eran sus materias preferidas en el colegio?

-Biología, química, filosofía, literatura y artes. Y deportes.

Los ojos negros de Julia chisporrotearon con un brillo blanco que tras un parpadeo se convirtió en lágrimas silenciosas. Dioscorides se puso de pie y del bolsillo sacó un fajo de billetes de alta denominación, quitó el clip de titanio que los sujetaba y le entregó cinco billetes de cincuenta mil pesos.

-Aquí tiene un adelanto, para que compre algo de ropa apropiada y cualquier otra cosa que necesite. En la tarde le entregaré su teléfono móvil y le diré qué computador podrá usar hasta cuando pueda comprar uno.

-Gracias señor, no sé cómo agradecerse.

-Comparta la alegría, siga tan hermosa y enfocada como hasta ahora. Usted es el ejemplo perfecto de que se puede ser consecuente, que no hay mucho trecho entre sentir, pensar y hacer lo correcto. Muy pronto, con el sueldo que ganará podrá mudarse a su propio apartamento. Eso sí, le recomiendo que aproveche la oportunidad de cambiar su vida, de cumplir sus sueños. Deje atrás todo aquello que la haga sentirse estancada, aléjese de todo el que la subestima. No se deje marginar por los que la

envidian. A veces nos toca caminar solos si nadie cree en nuestra visión. Recuerde: los que no ayudan, estorban.

Julia pensó en su novio, en la costumbre que tenía de beber los viernes, sábados y domingos. Luego, cuando estaba caliente llegaba donde ella y la sometía. Ella tomaba las pastillas anticonceptivas puntualmente para que no ocurriera lo predecible, y cada vez, después de que el novio se dormía, ella lloraba queda, rogando por un terrible milagro que se lo llevara. Sus padres le sugerían que soportara, que nadie era perfecto, y que los negocios de cría de conejos que él tenía le garantizarían un futuro sin demasiadas estrecheces. En medio de la contrariedad que sentía, por primera vez se vislumbraba un nuevo camino. Julia sonrió. La joven se retiró con la frente en alto, ignoró a los empleados envidiosos que murmuraban a sus espaldas. Por primera vez en cinco meses respiró sin ese dolor en el pecho que la venía asfixiando. Fue hasta su habitación, se encerró y lloró. Se propuso no volver a visitar a sus padres y su novio, los llamaría luego y les informaría de su nuevo trabajo. Luego de lavarse la cara fue en taxi hasta el restaurante *Ossobuco*, del que una amiga universitaria estudiante de teatro le había contado. Se sentó en una mesa del fondo del segundo piso, pidió una copa de vino de la casa y leyó la carta. *Risotto* en salsa de langosta, *ravioli* en salsa de tomates, alcachofas o hongos *porcini*, pasta *carbonara* con trozos de tocino a la brasa. Prefirió no gastar su buen ánimo leyendo la carta y en cuanto apareció el mesero le hizo su pedido. El sirviente se retiró luego de un “cómo no, con mucho gusto, señorita”. Disfrutó los sabores que se mezclaban en sus papilas gustativas, mientras las plantas de plátano del patio bailaban con el viento. Luego de los *gnocchi* de ahuyama en salsa de hongos con nueces, tomó -con la parsimonia triunfante del vencedor- un café oscuro con poca azúcar. Vió que los meseros miraban sus viejos zapatos deportivos, supuso que se preguntaban cómo pagaría la cuenta. Saldada la cuenta, salió, detuvo un taxi y pidió la llevaran al centro comercial La Floresta, en Bellaquería.

A las 10:15 entró al despacho de Dioscorides Agave. Él la miró de la cabeza a los pies, sonrió y dijo:

-A veces vale la pena esperar, está usted muy hermosa.

Gracias por venir. Pero que no se le vuelva costumbre llegar tarde.

Por el citófono pidió café y que no los interrumpieran. Julia tomó asiento tras alejar la silla de la corriente de aire acondicionado. Sacó del bolso una libreta de anotaciones cubierta con imitación de cuero rojo, la desplegó y comenzó a anotar ideas que se le venían a la mente. Las palabras de Dioscorides estimulaban la relación espontánea entre conceptos, algo que había aprendido de niña en el colegio de su pueblo. Dioscorides se extendió explicando porque bajar los impuestos a las microempresas que promovieran un estilo de vida saludable y la autosuficiencia sería a la larga una gran inversión. La nueva marina para veleros donada por inversores de los países bajos estaba casi terminada, en el farallón comenzaban a construir una cuadrícula de calles. Dioscorides creía que el turismo aportaría el dinero necesario para ayudar a reducir el problema de los precarios rompeolas; también creía que con esos recursos se podría crear un sistema efectivo para la limpieza en las playas. Pareció distraerse con algo, ella lo notó y dejó de garabatear. Él la miró.

- Son muchas las ideas, pero también muchos los opositores con intereses menos verdes. Esperamos que el Ministerio del Medio Ambiente nos permita construir arrecifes artificiales a partir de buses chatarrizados.

La tía de la joven trajo los cafés, cuando salía de la habitación se correspondieron una sonrisa, afuera de la oficina lloró unas lágrimas de felicidad.

-¿Te imaginas la reacción de los ancianos cuando les proponga crear cooperativas para cultivar hidropónicamente plantas medicinales para uso homeopático, usando hibernaderos y agua en vez de tierra, lo que permitiría cultivar en condiciones controladas todo el año? Tendrían sus yerbas para infusiones disponibles todo el año. Podríamos crear casas de té, donde la comunidad pueda cultivar y beber, donde puedan reunirse a conversar. Decir que pensamos en el futuro y no hablar de autosustentabilidad es incongruente, como lo veo yo. Casas de té y bibliotecas de barrio, dos en uno. Sería bueno averiguar los costos de invertir en libros hechos con materiales reciclados o fibra de cáñamo, que se sabe es mucho más barata que la pulpa de los árboles con la que hacen el papel.

Julia anotó la tarea en las primeras hojas de su cuaderno, luego discretamente volvió a la mitad y siguió con el dibujo de una iguana tomando el último sol de la tarde sobre las ramas superiores de un árbol. Sonrió a Dioscorides. Él creyó ver un brillo en los ojos de ella. Duró una milésima de segundo pero el brillo fue intenso, como si dentro de ella habitara una luz. Permaneció pensando en ello, sin poder concentrarse en los temas de vital importancia que venía comentando. Ella tomó el silencio como un momento para no interrumpir.

Dioscorides aprendió a tomarse apodos como “El hippie” o “El profeta” como gestos de apoyo por parte de los más reacios al cambio. Casi sin recursos hizo su campaña.

El pueblo votó por él porque entendían de lo que les hablaba, sobrevivían con la miseria que les daba el trabajo duro y los impuestos cada vez subían más. Los descendientes de los pueblos Mokaná nativos de la zona apoyaron sus propuestas, a través de las redes sociales extendieron propuestas de participación a los descendientes de otras etnias en rincones distantes del territorio colombiano. La oposición lo tildó de comunista, de anarquista, de afectado mental, de drogadicto y proxeneta. Lo odiaban sobre todo porque el eje de su campaña era la masificación -con aportes iniciales de su administración- del uso de paneles solares, lo que significaría una amenaza directa contra el negocio de la gasolina y contra el de las termoeléctricas del Estado. Desconéctate, produce tu propia energía, fue una de las frases repetidas durante la campaña. Las votaciones resultaron un éxito pese a que la noche anterior a las elecciones unos encapuchados vestidos de negro atacaron la casa de Dioscorides con lanzagranadas MK19 montados sobre dos camionetas Dodge Ram, negras, sin placas y de vidrios oscuros.

Las paredes recientemente reforzadas que protegían las habitaciones evitaron que hubiese más saldos en su contra, murieron cinco de su escolta personal y tres policías.

Siguieron conversando hasta que fue tiempo de ir a sembrar árboles a un evento público, donde Julia fue presentada como líder del proyecto. La actividad consistió en entregar árboles para que las personas interesadas los sembraran, mientras unos voluntarios cavaban las zanjias, otros los plantaban o

regaban los árboles. Luego del acto protocolario se retiraron siguiendo las órdenes de los escoltas. En la puerta del ascensor del piso del hotel que habían reservado, y que les serviría de hogar y oficina por los próximos meses, se estrecharon la mano y se sostuvieron la mirada por unos segundos.



## II

A orillas del Caribe, en Puerto Serpiente, Fernando Chong desembalaba un regalo dirigido a la fundación FreeGanja. Traía pegado un moño de seda negra y venía envuelto en papel periódico. Fernando arrancó el envoltorio, era una caja de cartón con algo adentro. Leyó la nota escrita con vinilo rojo sobre un trozo de papel periódico: Lo tenemos en la mira. Venía metida en media página de un diario amarillista, doblada en forma de avión. Desdobló el precario origami y encontró en la primera plana la foto de un muerto sentado en una silla plástica, con la cabeza descolgada hacia atrás, un tiro en la cabeza y un charco de sangre en el piso. Tomaba una cerveza y lo dejaron frío, era el titular. En el cuerpo del texto leyó un nombre conocido. Sintió que la sangre le subía a la cabeza, los ojos se le aguaron detrás de los lentes oscuros que llevaba puestos, miró a ambos lados de la playa y no vio a nadie, se reclinó en el asiento y dejó escapar unos lagrimes. Ramón Acicate, el amigo de infancia sobreviviente a los peores altibajos inducidos por las drogas, había encontrado su final en manos ajenas.

Cuando se recobró buscó con la mirada al mesero descalzo y con uniforme blanco. Pidió un trago doble de Ron Gonzales, un vaso con hielo y zumo de limón. Releyó la noticia. Se acercó la mano a la boca para limpiarse la espuma que sentía acumulada en las comisuras. La brisa fresca de la tarde hizo que levantara la vista en dirección al horizonte, sostuvo la mirada en la circunferencia anaranjada atravesada por el gris cada vez más oscuro del mar. Esta tierra es hermosa al amanecer y después de las 4 de la tarde, pensó. No había más nada en la caja. Plegó el recorte del periódico y lo metió entre las páginas de un libro que llevaba en su mochila, junto con la nota. Buscó miradas furtivas, pero no encontró ninguna. Sacó un bareto y lo encendió. El humo hipnótico se arremolinó bajo el techo de palma, dejó vagar sus pensamientos, notó cómo el viento sacaba el oxígeno de la cresta plateada de la ola. Una sensación de desamparo, de derrota, se apoderó de él. El teléfono sonó.

-Buen día, Leslie.

-Fernando, ¿cómo amaneces? Te llamo para darte una mala noticia. Sé que estás de vacaciones y no debería molestarte en tu segundo día libre...

-¿Que pasó Leslie?

-Mataron a Ramón Acicate.

-Ya me enteré, esta mañana me enviaron a la casa un regalo macabro: El recorte de la noticia y una nota amenazante.

-¿Cómo así? ¿Qué diario publicó eso?

-Uno de crónica roja.

-Lo lamento. Te llamo porque no hay quién pague por sus gastos funerarios, él vivía sólo en la casa que era de sus padres. Hasta que no se dé la orden seguirá metido en un congelador de la morgue.

-Págalo con la tarjeta de la fundación, encárgate de los detalles. Que tenga un funeral digno. Hazme saber la fecha del sepelio cuando la tengas y avisa por las redes sociales. Sería bueno que tú y yo habláramos personalmente, quiero que sepas lo que él venía diciendo desde hace unas semanas. Él sabía que lo iban a matar. Cuando te desocupes vente para mi casa en Puerto, aquí podemos hablar con calma. Avísale al cronista independiente que hace semanas anda buscando una entrevista. Lo que temía parece acecharnos; veo la sombra negra de las Fuerzas de Control sobre nosotros, y no sé cuánto tiempo tengamos. No te adelanto más, resuelve eso y más tarde hablamos.

-Te llamo en un rato para ponernos de acuerdo.

Dejó el teléfono sobre la mesa plástica y pensó: Loco de mierda, tenías que dejarte matar durante mis vacaciones.

El mesero le trajo su pedido, levantó el vaso y se lo empujó. Se quitó el sabor con zumo de limón, sal, y un trago de cerveza. Le dio una calada profunda al cigarro sin filtro y enterró la colilla en la arena. Una pareja de turistas extranjeros con la

piel enrojecida salió del mar, se ubicaron a unos pocos metros de Fernando. Las manillas verdes en sus muñecas los identificaban como usuarios del hotel Sierra Caribe. Contempló un rato la belleza exótica de la delgada rubia veinteañera.

Al anochecer se fue caminando por la carretera, los autobuses coloridos que pasaron veloces lo despeinaron. Llegó a su casa, una construcción restaurada de estilo colonial. Abrió la puerta y se disponía a entrar cuando lo abordó un hombre vestido de rojo, que tenía un iris verde y otro rojo. Fernando no pudo evitar exaltarse y le ordenó que retrocediera.

-¿Qué quieres?

-Señor, buenas tardes, no se asuste, soy vendedor de suplementos alimenticios, estamos dando muestras gratis de nuestros productos. Si no es mucha molestia le quito cinco minutos y le dejo unas pequeñas muestras.

-¿Qué clase de productos?

-Aminoácidos como L-carnitina y glutamina, creatina en polvo para preparar bebidas, complejo B en pastillas y ampollas, sulfato de vandio en polvo, aceite MCT, tenemos barras y bebidas energéticas. En fin, todo lo que necesita para que su cuerpo adquiera una nueva dimensión muscular.

Tras medir al posible adversario con algo más de cuidado, notó que a pesar de la delgadez había algo de rudeza en su composición muscular, se detuvo en los ojos de diferente color y le dijo:

-¿Son gratis las muestras? ¿O tendré que pagar algo?

El sujeto se agachó, abrió el maletín de boticario, se levantó y le entregó cuatro sobres en la mano.

-El sobre azul es creatina en polvo con sabor a uva, el sobre rojo son aminoácidos con sabor a frutas silvestres, los sobres verdes y amarillos son barras energéticas con sabor a manzana y kiwi uno, y a naranja y nueces el otro. Le dejo también mi tarjeta, para futuros posibles pedidos.

Fernando miró los sobres, miró al tipo. La expresión de sus ojos había cambiado. El vendedor se despidió con presteza y lentamente caminó por el andén hasta la casa vecina, donde tocó el timbre y esperó. Fernando entró en la casa, subió las escaleras, dejó la mochila y los sobres con los suplementos alimenticios sobre la mesa que servía de comedor y fue hasta la cocina. Estaba mirando dentro del refrigerador cuando oyó el teléfono dentro de la mochila. Abrió una cerveza, buscó el aparato y contestó.

-Agencia de viajes Hades, ¿su destino es nuestro compromiso?

-¿Fernando? Es Calabrese, hablé contigo hace unos días.

-¿Quién?

-Calabrese, soy cronista independiente. Pensé que Leslie había hablado contigo...

-Claro, el cronista.

-Acabé de hablar con Leslie, me dice que nos encontremos en Puerto, para ir a tu casa.

-Ella viene más tarde. Ponte de acuerdo con ella.

-Ella me acaba de decir que está resolviendo un asunto importante de último momento, que a eso de las siete podríamos estar en tu casa.

-En caso de que quieras venir antes que ella, te sugiero llegues a la plaza principal del pueblo, estoy en la vía segunda. Yo vivo en una de las casas coloniales frente a la plaza, la que tiene balcones de madera pintada de rojo. Toca el timbre y enseguida bajo.

-Listo, en media hora estoy ahí.

-Ok

Colgaron. Fernando fue hasta el balcón de madera con vista al mar donde había dos sillas junto a una mesa rústica cir-

cular. Bebió de su cerveza helada, tomó el cenicero lleno de colillas que estaba sobre la mesita, volvió a la cocina y tiró el contenido a la basura. Una vez lavado regresó el cenicero limpio al lugar del que lo había tomado y se sentó en una de las sillas a mirar lo que restaba de luz en el horizonte. Dio un largo trago a la cerveza, sintió caliente las orejas. Las delgadas líneas de luz que coloreaban el paisaje se perdieron en la oscuridad que parecía subir desde las profundidades marinas. Armó un cigarrillo y mientras fumaba sopesó las infinitas formas de la muerte. Terminando el cigarrillo un vehículo mal sincronizado se detuvo delante de la casa. Alguien bajó luego de apagarlo, escuchó la puerta que se cerraba y unos segundos después el timbre sonó. Fernando fue a abrir.

-Hola, soy Calabrese, el periodista, hablamos hace un rato.

- Sigue adelante, en el balcón corre brisa.

Fernando le ofreció una cerveza helada al invitado, le señaló el balcón.

-Si deseas fumar, en la mesita hay un cenicero.

En la playa, unos bañistas que llevaban los hombros cubiertos con toallas caminaban por la orilla, la brisa les revolvía el cabello, la arena les golpeaba la piel de las piernas. Calabrese se apoyó en la baranda del balcón, la madera crujió, permaneció inmóvil y luego retrocedió, prefirió sentarse en una de las sillas y encendió un cigarrillo sin filtro que sacó del bolsillo.

Fernando volvió con cervezas heladas, las bebieron en silencio, mirando cómo el viento les arrebatava las toallas a los bañistas y luego las tiraba al otro lado del rompeolas hecho con peñones de piedra caliza. La pareja semidesnuda, aquejada por las ráfagas de arena, se encerró en el automóvil que estaba parqueado no muy lejos de ahí. El teléfono de Fernando sonó.

-Fernando, decidí venir antes para que habláramos con calma, pero acabo de pasar por la puerta de tu casa y vi un tipo extraño vestido de rojo, con un maletín, sentado en el muro de la casa vecina ¿Qué hago?

- Dame un minuto y me asomé.

Fernando se dirigió hacia la habitación con vista a la calle. Se asomó a través de las cortinas de velo blanco y pudo distinguir al sujeto que le regaló los suplementos alimenticios.

-Llega, bajo enseguida. Acabé de hablar con ese tipo, estuvo aquí regalándome unos productos alimenticios.

Leslie Bracamonte dio una vuelta por el pueblo dándose tiempo para afrontar la situación. No va a pasar nada, seguro es uno de los locos fanáticos por el trabajo de la fundación, se repitió. Cuando llegó, Fernando hablaba amistosamente con el sujeto vestido de rojo, quien seguía sentado bajo el árbol de marañón de la casa vecina. Leslie llegó y permaneció dentro del vehículo con vidrios ahumados, con el aire acondicionado encendido. El sujeto de rojo descruzó las piernas. En su rostro se dibujó una mueca de desagrado. Se levantó del lugar donde estaba, caminó con paso resuelto hacia Fernando luciendo una inquietante y vaga sonrisa. Leslie, permaneció petrificada dentro del vehículo. A Fernando se le erizaron los vellos de la nuca. Se plantaron frente a frente, el tipo vestido de rojo se veía ahora más seguro de sí. El sujeto estiró la mano. Lo recordaba más bajo, pensó Fernando.

-Supongo que Ramón Acicate se refería a mí como El Sádico.

La expresión de Fernando perdió las arrugas de terror y le estrechó su mano. El Sádico mostró su sonrisa de tiburón y un brillo en sus ojos destelló un nanosegundo. Fernando notó que no era un pestañeo común, era como si sus ojos tuvieran una membrana nictitante como la que protege los ojos de algunos réptiles. Creyó haberlo imaginado y prefirió no mirarlo con detenimiento para evitar alargar ese momento incómodo.

-Me enteré que lo mataron. Le comprábamos al mismo distribuidor y quiero saber qué fue lo que pasó, veníamos sospechando que nos mezclaban la cocaína con otra cosa; la última vez que hablamos me dijo que le iba a reclamar.

- Siga adelante compañero, la información que puedas compartir será bien recibida.

Leslie bajó del vehículo y se acercó a los que la esperaban. El Sádico extendió la mano derecha con la intención de saludar a Leslie, ella dudó, pero accedió. Fue un saludo breve, con manos resbalosas.

-Mucho gusto, los que me tienen confianza me dicen El Sádico.

Tras la cara de miedo de Leslie finalizó el estrechón de manos. Unos minutos después le presentaron a Calabrese. Fernando terminó la cerveza y fué hasta la cocina, buscó un litro Old Parr y sirvió hielo en cuatro vasos y los entregó. Propuso un brindis en nombre del difunto:

-En nombre de todos los que se fueron materialmente, pero que siguen con nosotros en forma de energía cósmica.

El Sádico miró a cada uno de los presentes, levantó el vaso y dijo:

-Por nosotros, que necesitamos toda la ayuda posible.

Hubo un momento de silencio en el que solo se oyó el tintinear de los hielos quebrándose, disolviéndose con el whisky.

-Están en su casa, pónganse cómodos

Fernando hizo un gesto con la mano señalando el balcón.

El Sádico abrió su maletín sobre la mesa del comedor, sacó un frasco anaranjado, sirvió varias cápsulas rojas en la palma de la mano, ofreció a los presentes y luego de que todos las rechazaran ingirió una y se la bajó con un trago. Fernando miró con curiosidad al personaje vestido de rojo y siguió apurando el contenido del trago.

-Es un tratamiento experimental que he desarrollado para maximizar las fronteras de mi conciencia.

El fluido eléctrico se interrumpió, desde la plaza llegaron los lamentos de los que utilizaban electricidad para sus actividades cotidianas. Fernando y sus invitados siguieron bebiendo en

el balcón. La luz de los automóviles circulando por el malecón y la brisa fresca del mar les distrajeron, haciéndolos pensar en sus asuntos personales.



### III

Cruzando la plaza principal de Puerto serpiente, en una de las ventanas del segundo piso del estadero El Duende, Pedro Bolívar escribía frases en una libreta de bolsillo. Tomaba nota de cada movimiento visible frente a la casa de Fernando Chong. La mujer que servía las mesas era una obra de arte decadente y tropical: un par de piernas carnudas quemadas por el sol, una mini falda verde con vetas de escarcha azul, la camisilla morada, el mondongo coronado por el ombligo, el cigarrillo humeante pegado a los labios. Pedro le hizo la seña para que le trajera otra cerveza. La mujer dejó una botella de ron blanco en una mesa vecina y regresó por donde vino. Las canciones de Rubén Blades encendían la imaginación del aspirante a novelista, que con el estómago vacío -a excepción de las cuatro cervezas que se había tomado- creyó descubrir el giro argumental faltante en la historia que venía atormentándolo hace meses. Volvió a la libreta y anotó:

*¿Una crisis al interior de la fundación FreeGanja? ¿Estará relacionado con los caníbales intoxicados con sales de baño que han sido noticia durante las semanas recientes? ¿O con las desapariciones de indigentes de los últimos meses?*

Los que estaban dos mesas más allá, un par de compañeros ebrios, sudorosos, de panza inflamada, se rieron sin interrumpir su abrazo. Pedro se asqueó y regresó a su cerveza, los borrachos le tiraron besos y lo invitaron a sentarse con ellos. Pedro bebió apresurado, en un vago intento por no escuchar. Cuando no pudo soportarlo más huyó. Bajando las escaleras se encontró con la mesera.

-¿Pa' onde vas papi?

-Lejos de los pervertidos de allá arriba. ¿Cuánto te debo?

-Doce pesos. Pero tómate ésta tranquila, aquí en la terraza, voy a decirle a alguna de las niñas recién llegadas de Armenia para que venga y te acompañe.

Bebió el contenido de la botella el doble de rápido que la anterior. Para cuando la lozana joven de rasgos finos llegó a la mesa, Pedro iba cruzando la plaza tratando de quitarse la imagen del mutante disfrazado de puta que imaginaba iba a llegar para hacerle compañía. Cruzó la calle en dirección a la casa de Fernando; las tripas le rugieron, el fluido eléctrico se interrumpió y desvió el rumbo hacia su apartamento. Subió los cuatro niveles de escaleras como un cuadrúpedo, se comió un pan con mantequilla y dos lonjas de jamón viendo el mar desde el minúsculo balcón. Desde ahí pudo constatar que en la casa de Fernando seguía el aquelarre. Estiró las extremidades y bostezó. Apoyó los antebrazos en la baranda de metal, miró abajo y ante el vértigo prefirió regresar a la sala. Se sentó en el sofá, tomó la guitarra acústica y jugó con los sonidos. Sonrió e hizo una pausa para tararear *Texas Radio and the Big Beat*. Tocó unos acordes de blues para cantar:

*Los miedos te limitan, ellos marcan el camino que conduce a tus sueños y pesadillas. Los miedos te definen.*

*El miedo se perderá cuando superemos esta existencia limitada por nuestros cuerpos. Vivir no tiene ciencia, solo lo haces hasta que mueres.*

*Los miedos te definen, si los superas, o si te dejas gobernar por ellos.*

Dejó la guitarra, se levantó y fue a la cocina, se sirvió un vaso con hielo picado y agua y volvió al balcón con una colchoneta sobre la que acostarse. En el patio vecino las cañas de bambú chocaban movidas por el viento, lo que generaba una melancólica melodía. Sentado en posición de loto disfrutó del diálogo entre las cañas y el viento. Un vagabundo harapiento con una bolsa llena de cartones entró en el campo visual de Pedro. La presencia en la calle solitaria le pareció paranormal, sintió calosfrío. En la obscuridad absoluta de un apagón eléctrico aquel personaje le pareció un trol, un miserable anciano de barba blanca que debía trabajar de noche para sobrevivir al asfixiante día.

Una parte del recorrido que debía cumplir el indigente estaba bloqueado por un árbol que le bloqueaba la vista. Esperó unos segundos, pero nadie apareció al otro lado del tramo cubierto por las ramas. Pasó media hora; la única novedad fueron los dos vehículos modificados que llegaron a imponer su presencia con vallenatos que cantaban odas al machismo.

Pedro encendió el celular. Tenía tres llamadas perdidas y un mensaje de voz:

*Hola, soy Delfina. Quería saber si estabas solo y si podía visitarte.*

Le marcó de inmediato.

-Hola, ¿Cómo así que si puedes venir?, ¿Qué más podría pedir?

-Ay lindo, tenía que preguntar.

- ¿Y ese ruido?, ¿dónde estás?

-Voy en el tranvía. Dos policías jóvenes están mirando feo al *hippie* que va a dos puestos delante del mío. No me siento segura.

-No te imagines nada. Te sugiero saques tu agenda y anotes lo que veas, eso quizás les enseñe que no pueden cagarla, que hay testigos, y aléjate de la situación en cuanto puedas, que están a la cacería en los extrarradios de Puerto Serpiente.

-Estoy a media hora de camino.

-Aquí estaré. Quédate tranquila, según entiendo no pueden requisar o molestar a ningún pasajero en el vehículo, tienen que “invitarlo” a la plataforma de embarque.

-Tengo miedo, Pedro.

-Tranquila preciosa, cuando llegues te aliviaré de estrés. Te daré un trato personalizado.

-Eso espero. Un besito, nos vemos luego.

Colgó, se levantó y fue a la cocina. Oyó unas ráfagas breves de ametralladora y volvió corriendo al balcón. Del monte oscuro detrás de la casa de Fernando subía el humo gris de la pólvora quemada. El silencio reclamó su terreno. En algunas de las casas vecinas apagaron las velas y lámparas de gas que habían encendido. La música de los vehículos cesó; los rumores eran deglutidos por el viento que mecía los bambúes. Pedro temblaba, regresó a la oscuridad del habitáculo, se sentó en la cama, se arrojó con una manta de lana. Una llamada entrante lo sobresaltó.

-Estoy llegando, pero se subió una gente rara y están mirando maluco a los policías. Cuando te llame de nuevo será para que bajes a abrirme la puerta, imagino que habrá mucha gente extraña por ahí.

-Entendido. No olvides el bastón retraíble que llevas en el bolso.

-Lo llevo a la mano, tranquilo. Ahora baja, flaco.

Pedro bajó las escaleras y la vió venir por la calle húmeda, llevaba el bastón plegado en su puño. Caía un rocío. En la otra mano traía una botella de sidra Sagardoa envuelta en dos bolsas plásticas superpuestas. Se saludaron con un beso en los labios. Él tomó la botella, cerró la puerta, subieron las escaleras. En el apartamento se besaron unos segundos hasta que Mónica Rada se detuvo porque lo notó frío. Él le contó temblando, ella le hizo té de canela.

## IV

Dioscorides decidió pasar unos días en una casa de seguridad junto al mar, acompañado de Julia y sus escoltas de confianza. Se dividieron en dos lanchas rápidas. Mientras almorzaban delicias locales, Dioscorides y Julia conversaron.

- Este planeta en medio de la infinidad del cosmos, por alguna razón, nos contiene. No contamos con colmillos o garras, pero somos los depredadores máximos. Somos capaces de crear, pero como especie se nos ha hecho más fácil destruir.

-Tiene razón, una parte de la especie se niega a evolucionar.

-Exacto. Me pasas la mantequilla, por favor.

Él no pudo evitar tocarla con la yema del dedo anular. Ella sonrió y sostuvo la mirada.

-Anoche secuestraron a una gente reunida cerca de la plaza. Parece que un par eran miembros de la fundación Free-Ganja. La noticia aún no se ha difundido porque las autoridades no saben cómo explicar su ausencia frente a ese tipo de incursión, al parecer realizada por militares. Encontraron a un anciano sin cabeza en el monte contiguo a la casa; lo decapitaron con una ráfaga de metralleta. Y quemaron la casa.

-¡Dios!

-¿Dónde está?

-¿Qué?

-En momentos como estos es cuando me pregunto dónde está Dios.

-Señor, no diga eso.

-Esto es un asunto humano, tu Dios solo mirará sin intervenir, como todos los voyeristas gustan hacer.

Tras el almuerzo se levantaron y fueron a sus respectivas habitaciones. Él tomó una siesta, ella no pudo.

## V

-Hace un par de noches fuimos a una frutera cercana a su casa para tomarnos un jugo. Yo nunca dejo mi maletín, excepto cuando estoy en mi casa. Con el vaso lleno de jugo de naranja nos fuimos a sentar a un muro porque las sillas estaban ocupadas. Un minuto después aparecieron dos policías en moto, cuando el primero se apeó miró el maletín y como vivimos en un estado policivo, represivo y militarizado, me ordenaron que lo abriera. Yo me negué, pero el agente intentó arrebatármelo. Dejé caer el maletín en el momento justo para sujetarle la muñeca de la mano en la que llevaba el arma, le apliqué torsión a la mano buscando una luxación y el policía pidió clemencia y lo dejé libre. El de la moto nos apuntó, así que nos entregamos. Soy visitador médico, tengo acceso a medicinas recomendadas por fisiatras y psiquiatras. En la central les mostré la documentación, nos miraron raro, pero nos dejaron ir luego de que les surtí de relajantes musculares, antiinflamatorios, antigripales, analgésicos, vitamina B12 y aminoácidos. Lo último que recuerdo fue que íbamos por una calle oscura cuando una moto se aproximó por detrás, alguien nos gritó: ¡Agúzate, que te están velando!

Desperté tirado de cabeza en un monte con un terrible dolor en la nuca. En el cráneo, a la altura de los lóbulos posteriores encontré una costra de sangre negra, tenía picaduras de insectos en todo el cuerpo. Por lo menos no me violaron, fue lo que pensé camino a casa, a pié y descalzo, porque los zapatos me los robaron también. Llegué donde una amiga enfermera que me ayudó con la sutura de 30 puntos, me dio una mano para bañarme, un plato de sopa, pan y una cama segura donde poder descansar tranquilamente esa noche. Desde entonces he estado paranoico, de mal humor, con ganas de desaparecer antes que me desaparezcan. No he ido a la policía porque creo que ellos fueron. Esa noche di por muerto a Ramón. Hoy me enteré que seguía con vida.

Los demás lo miraron, sorbieron whisky de sus vasos, fumaron esperando a que continuara. El Sádico se levantó del asiento y fue hasta el balcón. Algo huele mal, dijo. Se escondió detrás de la pared y observó con su ojo verde, en el que llevaba un lente de contacto con visión nocturna. El lente rojo que llevaba en el otro le indicó la temperatura de los visitantes.

-¿Esperaba visitas? Son 20 humanos por lo menos.

-Cómo así que humanos, ¿qué más pueden ser? -Gritó Calebrese.

-Vienen también tres robots con apariencia humana.

El sonido de un cohete recién disparado en su dirección hizo que todos siguieran a El Sádico, que corrió hacia la puerta principal. Cayeron en equipo por la escalera. Estaban desorientados y se lamentaban. El Sádico llegó a la puerta por encima del nudo de brazos, piernas y cabezas. Una ráfaga salió de un solar vecino, tuvo tiempo de retroceder para evitar que le impactara. En el techo se escuchó un golpe seco, unas pisadas recorrieron el tejado, algunas tejas se quebraron. Leslie Bracamonte no podía controlar el llanto, había colocado sus manos sobre la boca y la nariz como último recurso para callarse, pero los mocos y lágrimas le dificultaban la respiración.

-Quietos los cuatro. Se mueven y los matamos -dijo una voz proveniente del piso superior-

Las luces volvieron a encenderse y pudieron ver a dos fisiculturistas que iban cubiertos de los pies a la cabeza con ropa militar negra. Les apuntaron con las miras laser montadas a los rieles de sus rifles de asalto. La puerta principal se sacudió, desde afuera alguien o algo arrancó con sus manos la perilla de la puerta. A los capturados los subieron a un vehículo 4x4 negro, con vidrios oscuros que partió con rumbo desconocido.

Esa noche Dioscorides recibió una llamada de su némesis político, Urbaín Beleño, quién en su función de presidente le ofrecía helicópteros militares para ayudar a encontrar a los culpables. Prefirió denegar la oferta y morir políticamente. Los bomberos locales y la turba iracunda lograron controlar la expansión del fuego cuando se acercaba a una estación de gasolina.

## VI

En el interior del camión blindado de las Fuerzas de Control, Fernando Chong, Leslie Bracamonte y Calabrese iban agitados. Leslie no paraba de hablar. Abrieron las puertas, pero nadie fue a sacarlos. El vehículo tenía las luces apagadas y el motor encendido, el conductor seguía detrás del volante. Estaban en un coliseo cerrado, sin ventilación o luz.

-Huele a zoológico -dijo Calabrese-.

-Huele a sarna -dijo Leslie-.

-Creo que nos llegó la hora -dijo Fernando-.

Los ecos de sus voces les helaron. Las luces del vehículo se encendieron, el conductor lo llevó despacio hasta una de las puertas del fondo del lugar. Se hicieron una idea con lo que vieron: puertas de acero corredizas y altas paredes

- Nos van a comer las fieras; oí hablar de este lugar, Monte Negro lo llaman, donde crean e instruyen a los soldados de Las Fuerzas de Control -dijo El Sádico-.

Unas luces rojas se encendieron en las paredes del lugar, vieron que estaban en una nave rectangular con paredes de cinco metros de alto, sobre ellas se emplazaban dos cabinas de policarbonato cubiertas con cristales templados. Una voz grave, deformada por algún dispositivo electrónico les informó:

-Señores, bienvenidos a Monte Negro. Les recomendamos se dirijan a la luz que encenderemos enseguida.

Una luz amarillenta apareció en el centro del recinto, sobre un círculo de hormigón que comenzó a elevarse del suelo con lentitud.

-Suban y traten de no caerse -dijo la voz deformada-.



El círculo de unos cuatro metros de diámetro se elevó a diez metros del suelo. Antes que se detuvieran ya se habían sentado. El Sádico se tendió de espaldas al suelo. El aire se tornó helado. La taquicardia de Leslie se disparó por su miedo a las alturas. La luz roja sobre una de las puertas cambió a verde y los rodamientos aceitados abrieron la persiana metálica. Cuatro indigentes harapientos entraron al recinto, divisaron a los de la plataforma y corrieron llorando hacia ellos. Los collares luminosos que llevaban alrededor del cuello les dieron choques eléctricos y los cuerpos se desplomaron. Permanecieron tendidos, sufriendo espasmos musculares, unos veinte minutos.

Las cabinas se iluminaron desde adentro; desde abajo pudieron ver medio centenar de personas sentadas en poltronas de cuero, separadas por tabiques de madera forrados de terciopelo negro. Algunos de los asistentes iban con prendas de uso militar, camuflados pixelados, uniformes azules y blancos. Mujeres elegantemente vestidas -algunas sostenían copas de champaña- iban acompañadas por hombres vestidos con traje entero y corbata, que bebían whisky en vasos de cristal.

-Parece que resolvimos el misterio de por qué los indigentes desaparecen, los usan de conejillos de indias -dijo Fernando Chong-.

-¿Nos pondrán a nosotros esos collares también? ¿Cómo puede estar pasando esto en un país democrático? -Preguntó Leslie-.

-Espero honestamente que sobrevivan, si lo hacen les prometemos liberarlos -dijo la voz deformada y amplificada-.

-No se vayan a mover, que ahí vienen las fieras -dijo El sádico con los ojos entrecerrados, sin mover los brazos que tenía cruzados detrás de su cabeza-.

Otra luz al extremo de la bodega cambió a verde, salieron dos gatos grandes, cabeza y cola negra y el cuerpo café. Dentro de la cabina V.I.P una voz andrógina dijo: Señoras y señores, Montenegro se complace en presentar los primeros ejemplares de nuestra colección: Pumeras. Nuestros científicos capacitados por genetistas alemanes, usando el método *In Vitro*, lograron

crear hace diez años los primeros híbridos, cruce entre pumas salvajes y jaguares negros criados en cautiverio.

Los Pumeras se adentraron en las sombras con parsimonia, haciendo lo posible por no ser detectados. Los conejillos de indias comenzaron a gritar. Leslie quiso levantarse, pero Fernando lo evitó. Los felinos atacaron al indigente que cayó primero al suelo. Los gritos desgarradores cesaron sólo cuando los animales mordieron su cuello. Lo masticaron hasta que el cuerpo dejó de moverse. Un pitido inaudible para los humanos, proveniente de la oscuridad circundante envió a los animales de vuelta a su encierro. Los aterrorizados objetos de estudio se agruparon cuando la luz roja más cercana a la plataforma, cambió a verde. Al recinto entró un lagarto de unos tres metros, lengua bífida con profusa baba venenosa, garras, cabeza y cola similar a las de un cocodrilo. La voz, que distorsionada dijo:

-Este es el Caimodo, híbrido entre un dragón de Komodo y un caimán. Todos los animales que verán hoy fueron creados en nuestros laboratorios, por nuestros científicos. En el caso de los pumeras se les crió como una misma manada. Les recordamos nuestra política: Pagas tres y te llevas cuatro. Siempre con entrega inmediata.

Los harapientos se separaron y el lagarto fue tras el que se encontraba más cerca. El hombre recibió una descarga eléctrica en el cuello que lo derribó; el réptil aprovechó la ventaja y se abalanzó contra el cuerpo aún tembloroso. Iba en dirección a los dos sobrevivientes pero se desvió súbitamente y regresó al confinamiento. La puerta metálica se aseguró detrás de él.

-Si piensan que lo vieron es fuerte, es porque es su primera vez en Monte Negro. Este par de animales son fruto de la hibridación por inseminación entre lobos siberianos y dingos australianos: Los Lobingos.

Dos rubias altas y hermosas con apariencia de modelos drogadictas llamaron por el intercomunicador pidiendo que les dejaran escuchar lo que ocurría abajo. El sonido ambiente entró en la cabina y las mujeres empezaron a ronronear.

Los caninos entraron olfateando, en cuanto detectaron sus presas corrieron tras ellas y los atacaron por la espalda, les mordieron los tobillos y luego buscaron sus rostros. Un pitido de baja frecuencia los envió a su guarida y una luz blanca se encendió sobre la plataforma. Una manguera oculta sobre el techo de la edificación, soltó un chorro de un líquido negro que cayó sobre El Sádico y los demás.

-Señores, esta es la sustancia experimental de acción rápida: XLSD. Hace mucho les hemos estado hablando del producto, ya han visto videos...sé que muchos de ustedes están ansiosos de usarlo. Como sabemos que a veces cuesta tomar una decisión, les hemos preparado este otro experimento sorpresa -dijo la voz gutural distorsionada-.

Una puerta cercana a la plataforma se abrió, una luz se encendió en su interior en el momento preciso en que una constrictora de 3 metros salió. La plataforma comenzó a descender lentamente. Otra puerta vecina se abrió para dejar ver dos cuadrúpedos parecidos a un perro.

-La Ananegra es una anaconda-mamba negra, uno de nuestras creaciones más solicitadas, una serpiente constrictora que además es venenosa. Y aquellos bien parecidos muchachos son nuestros Hienweilers, cruce entre gametos de hiena y Rob Weiler. Disfruten.

La voz soltó una carcajada macabra. Sobrevino el silencio. Los animales estaban excitados por los gritos de los secuestrados sobre la plataforma. Fernando, Leslie y Calabrese temblaban de miedo. El Sádico se incorporó, buscó en el bolsillo de su pantalón, sacó un silbato, y sopló. Los Hienweilers retrocedieron, intentaron tapar sus orejas con sus patas delanteras y ante la inutilidad del gesto huyeron chillando hasta su cubil. De otro de los bolsillos de su chaleco sacó una botella de ron en miniatura y se la tomó. Hizo unas muecas y tiró la botella vacía a la planta baja. Fernando y los demás lo miraron. El Sádico sacó una máscara de tela amarilla estampada con una cara de diablo rojo y se la colocó, de uno de los bolsillos sacó unas canicas negras que entregó a Fernando, Leslie y a Calabrese.

-Son bombas de cianuro, cada uno tendrá dos. La clave, tirarlo cerca de donde pueda respirarlo.

El Sádico le disparó un chorro de Napalm con una manguera oculta bajo la manga. La gelatina combustible hizo retroceder a la serpiente unos metros. Fernando lanzó la primera bomba unos metros delante del animal. El réptil logró regresar por donde había salido. En la cabina, los invitados se fueron molestos, discutían. Cuando los testigos oculares abandonaron la cabina V.I.P Calabrese, Leslie, Fernando y El Sádico entendieron que dentro de poco serían presa fácil a causa del alucinógeno.

## VII

Pedro despertó envuelto por el ruido cíclico de las olas rompiendo en la orilla. Las aves graznaban en el techo del edificio luego de alimentar a los polluelos en sus nidos. Los vendedores de periódicos, pescado, tamales y arroz de lisa recorrían las calles ofreciendo sus productos. Mónica dormía desnuda, envuelta en un edredón. Pedro se sentó en el borde del colchón, se masajeó la nariz. Luego de lavarse la cara y la boca fue a hacer café. El gas no funcionaba, sintió en cambio un olor a plástico quemado. Por debajo de la puerta alguien sostenía una manguerilla que expulsaba un gas nervioso que los durmió profundamente, antes de estar consciente de ello. Los platos que se estaba secando en el escurridor se rompieron cuando Pedro intentó sostenerse de algo antes de perder la razón.

Cuando pudieron levantarse estaban desnudos sobre unas hojas sueltas de palmera.

-¿Cómo llegamos hasta aquí?

-Nos trajeron, sin duda.

-¿Para qué?

-Estamos desnudos, supongo que para placer de alguien que nos observa.

-¿A través de cámaras?

-Es lo más probable.

Pedro miró alrededor, sobre unas palmeras resplandecían unos objetos metálicos.

-Mira allá arriba.

Mónica se cubrió los senos con las manos. Se internó

en la vegetación renegando. Pedro capturó unos crustáceos azules y los preparó directamente sobre la brasa. Luego caminaron hasta la playa de arenas blancas y agua color esmeralda. A la sombra de los mangles se bañaron, e intentaron amarse pero les fue imposible. Tuvieron que ir hasta la orilla para concluir exitosamente. Volvieron a la sombra donde habían adecuado un campamento provisional. Comieron mangos, se los untaron y lamieron sus mieles hasta la saciedad. Un perro flaco los interrumpió sin previo aviso y se le montó en la pierna a Mónica. Primero le olfateó los pies. Era un lujurioso inofensivo hasta que Pedro intentó separarlos. La aruñó, comenzó a bravear y ella a temer una mordida. Pedro logró separarlos, con un palo en ristre hizo retroceder al animal hasta su lugar en la jauría de perros que los rodeaba y que hasta ese momento no habían visto. Pedro los amenazó, estuvo a punto de golpear un par de hocicos. Mónica lo imitó. Pedro le gritó que se subiera al árbol que tenían detrás. Ella miró el árbol de caucho de unos cincuenta años y acató su sugerencia. Pedro caminó hacia el árbol sin quitar la vista de los perros. Mónica se resbaló, dejó salir un grito contenido. Pedro corrió y la ayudó a subir, empujándola hacia arriba por la planta de los pies. Los perros atacaron y él se defendió amenazándolos de nuevo; los animales retrocedieron mostrando los dientes. Las ramas bajas le permitieron subir con facilidad, pronto los dos sonreían abrazados. Los perros rodearon el árbol y se echaron en la arena. Los novios se amaron como si fuese una despedida. El perro lujurioso chilló de frustración en medio de sus sueños.

Unas horas después, el motor de una lancha rápida se detuvo en una de las playas, eso atrajo la atención de los perros, que se fueron trotando. Los enamorados desnudos, debilitados y hambrientos volvieron furtivamente a su escondite. Pescaron un caracol marino, lo cocinaron y lo comieron en silencio, sin despegar la mirada de los extremos del paisaje, atentos al menor ruido. Arrancaron unos arbustos espinosos y los unieron para formar una puerta en una cavidad rocosa donde vivirían por los próximos meses, sólo entonces se permitieron dormir sobre las hojas verdes arrancadas a las palmeras. Unas horas después, cuando la noche era clara y el mar negro, oyeron que algo parecido a un kayak se deslizaba por el agua. Casi de inmediato hubo tiros con armas semiautomáticas, seguido de gritos. Oyeron que encendían los motores de una lancha que despegababa hacia la oscuridad, sin luces. El resto de la noche pasó sin sobresaltos.

Al amanecer, tres delfines que jugueteaban cerca de la playa despertaron a la pareja. El delfín macho se sumergió y volvió a la superficie con un crustáceo azul en la boca. Dejó salir aire por el espiráculo. El hijo vocalizó unos sonidos y luego imitó al padre, excepto que al final hizo una pirueta en el aire con el cangrejo azul en la boca. El hijo corrió donde su madre, la encontró pescando sardinas. Le pareció divertido y jugó con la comida hasta quedar satisfecho.